Please
handle this volume
with care.

The University of Connecticut
Libraries, Storrs

3 9153 00233732 9

THIS VOLUME DOES NOT
CIRCULATE

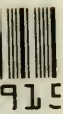
This book paper is highly acidic due to the methods and ingredients used in its manufacture. As a result it has become brittle with age. Please handle with care so that information will not be lost to future readers.

A long-range goal of the Library is to purchase an acid-free reprint or microform copy to replace this volume, or to reproduce it in-house on acid-free paper.

Thank you for helping to preserve the University's research collections.

Please
ndle this volume
with care.

Jniversity of Connecticut
Libraries, Storrs



OBRAS

DE

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

NOVELAS CORTAS

TERCERA SERIE

PQ
6541
.A15
1885
c.2

NOVELAS CORTAS

DE

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON

TERCERA SERIE

NARRACIONES INVEROSÍMILES

EL AMIGO DE LA MUERTE.—LA MUJER ALTA.
LOS SEIS VELOS.—MOROS Y CRISTIANOS.—EL AÑO EN SPITZBERG.
SOY, TENGO Y QUIERO.—LOS OJOS NEGROS.
LO QUE SE OYE DESDE UNA SILLA DEL PRADO.

NUEVA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, 22
1885

THIS VOLUME DOES NOT CIRCULATE

863.5
A612
t.3

Es propiedad del Autor.—Quedan hechos los depósitos que marca la Ley.

Á DIÓSCORO PUEBLA

A ti, mi querido artista; al noble pintor de El Descubrimiento de América; *á mi bondadoso* cicerone *en Roma; á mi paciente compañero de viaje en Nápoles y Pompeya; al más asiduo y taciturno tertuliano de mi casa; á ti, digo, van dedicadas, al volver á salir á luz, estas* Narraciones inverosímiles, *fantásticas unas, románticas otras, y humorísticas las demás; escritas casi todas en mi niñez ó en mi primera juventud; pertenecientes varias de ellas á una moda ó gusto literario hoy abolido; pero que entonces hacía relamerse á los admiradores de Alfonso Karr, y sólo una* (El Amigo de la Muerte) *digna de que más experimentado y sabio escritor hubiese desenvuelto el profundo y generoso pensamiento que, al decir de respetables críticos, le sirve de tema,*

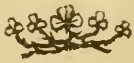
y que yo no sé por qué rara casualidad buscó albergue en mi pobre cerebro....[1]

De un modo ó de otro, acepta la dedicatoria de estas obrillas, que en su mayor parte tienen casi tanta fecha como nuestra amistad, y sirvante para recordar alguna vez, si me sobrevives, el verdadero cariño que te profesa tu camarada

PEDRO.

MADRID, 1882.

[1] Véase lo que acerca del *Amigo de la Muerte,* digo en la HISTORIA DE MIS LIBROS, publicada en otro tomo de esta Colección.



EL AMIGO DE LA MUERTE

EL AMIGO DE LA MUERTE

CUENTO FANTÁSTICO

I.

MÉRITOS Y SERVICIOS.

Este era un pobre muchacho, alto, flaco, amarillo, con buenos ojos negros, la frente despejada y las manos más hermosas del mundo; muy mal vestido, de altanero porte y humor inaguantable....—Tenía diez y nueve años, y llamábase Gil Gil.

Gil Gil era hijo, nieto, biznieto, chozno, y Dios sabe qué más, de los mejores zapateros de viejo de la Corte, y, al salir al mundo, causó la muerte á su madre Crispina López, cuyos padres, abuelos, bisabuelos y tatarabuelos honraron también la misma profesión.

Juan Gil, padre legal de nuestro melancólico héroe, no principió á amarlo desde que supo que llamaba con los talones á las puertas de la vida, sino meramente desde que le dijeron que había salido del claustro materno, por más que

esta salida le dejase á él sin esposa; de donde yo me atrevo á inferir que el pobre maestro de obra prima y Crispina López fueron un modelo de matrimonios *cortos*, *pero malos*.

Tan corto fué el suyo, que no pudo serlo más, si tenemos en cuenta que dejó fruto de bendición...., hasta cierto punto.—Quiero significar con esto que Gil Gil era sietemesino, ó, por mejor decir, que nació á los siete meses del casamiento de sus padres, lo cual no prueba siempre una misma cosa.... Sin embargo, y juzgando sólo por las apariencias, Crispina López merecía ser más llorada de lo que la lloró su marido; pues al pasar á la suya desde la zapatería paterna, llevóle en dote, amén de una hermosura casi excesiva y de mucha ropa de cama y de vestir, un riquísimo parroquiano, —¡nada menos que un conde, y conde de Rionuevo!—quien tuvo, durante algunos meses (creemos que siete), el extraño capricho de calzar sus menudos y delicados pies en la tosca obra del buen Juan, representante el más indigno de los santos mártires Crispín y Crispiniano, que de Dios gozan....

Pero nada de esto tiene que ver ahora con mi cuento, llamado *El Amigo de la Muerte*.

Lo que sí nos importa saber es que Gil Gil se quedó sin padre, ó sea sin el honrado zapatero, á la edad de catorce años, cuando ya iba él siendo también un buen remendón, y que el

noble conde de Rionuevo, compadecido del huerfanito, ó prendado de sus clarísimas luces, que lo cierto nadie lo supo, se lo llevó á su propio Palacio en calidad de paje, no empero sin gran repugnancia de la señora Condesa, quien ya *tenía noticias* del *niño parido* por Crispina López.

Nuestro héroe había recibido alguna educación,—leer, escribir, contar y doctrina cristiana;—de manera que pudo emprenderla desde luego con el latín, bajo la dirección de un fraile jerónimo que entraba mucho en casa del Conde....; y, en verdad sea dicho, fueron estos años los más dichosos de la vida de Gil Gil; dichosos, no porque careciese el pobre de disgustos (que se los daba y muy grandes la Condesa, recordándole á todas horas la lezna y el tirapié), sino porque acompañaba de noche á su protector á casa del duque de Monteclaro, y el duque de Monteclaro tenía una hija, presunta universal y única heredera de todos sus bienes y rentas habidos y por haber, y hermosísima por añadidura...., aunque el tal padre era bastante feo y desgarbado.

Rayaba Elena en los doce Febreros cuando la conoció Gil Gil; y, como en aquella casa pasaba el joven paje por hijo de una muy noble familia arruinada, — piadoso embuste del conde de Rionuevo, —la aristocrática niña no se desdeñó

de jugar con él á las cosas que juegan los muchachos, llegando hasta darle, por supuesto en broma, el dictado de *novio*, y aun á cobrarle algún cariño, cuando los doce años de ella se convirtieron en catorce, y los catorce de él en diez y seis.

Así transcurrieron tres años más.

El hijo del zapatero vivió todo este tiempo en una atmósfera de lujo y de placeres; entró en la Corte; trató con la Grandeza; adquirió sus modales; tartamudeó el francés (entonces muy de moda), y aprendió, en fin, equitación, baile, esgrima, algo de ajedrez y un poco de nigromancia.

Pero he aquí que la *Muerte* vino por tercera vez, y ésta más desapiadada que las anteriores, á echar por tierra el porvenir de nuestro héroe. El conde de Rionuevo falleció abintestato, y la Condesa viuda, que odiaba cordialmente al protegido de su difunto, le participó, con lágrimas en los ojos y veneno en la sonrisa, que abandonase aquella casa sin pérdida de tiempo, pues su presencia le *recordaba* la de su marido, y esto no podía menos de entristecerla.

Gil Gil creyó que despertaba de un hermoso sueño, ó que era presa de cruel pesadilla.—Ello es que cogió debajo del brazo los vestidos que quisieron dejarle, y abandonó, llorando á lágrima viva, aquel que ya no era hospitalario techo.

Pobre, y sin familia ni hogar á que acogerse, recordó el desgraciado que en cierta calleja del barrio de las Vistillas poseía un humilde portal y algunas herramientas de zapatero encerradas en un arca; todo lo cual corría á cargo de la vieja más vieja de la vecindad, en cuya casa había encontrado el mísero caricias y hasta confitura en vida del virtuoso Juan Gil....—Fué, pues, allá: la vieja duraba todavía; las herramientas se hallaban en buen estado, y el alquiler del portal le había producido en aquellos años unos siete doblones, que la buena mujer le entregó, no sin regarlos antes con lágrimas de alegría.

Gil decidió vivir con la vieja; dedicarse á la obra prima, y olvidar completamente la equitación, las armas, el baile y el ajedrez.... ¡Pero de ningún modo á Elena de Monteclaro!

Esto último le hubiera sido imposible.—Comprendió, sin embargo, que había muerto para ella, ó que ella había muerto para él; y, antes de colocar la fúnebre losa de la desesperación sobre aquel amor inextinguible, quiso dar un adiós supremo á la que era hacía mucho tiempo alma de su alma.

Vistióse, pues, una noche con su mejor ropa de caballero, y tomó el camino de la casa del Duque.

Á la puerta había un coche de camino con cuatro mulas ya enganchadas.

Elena subía á él, seguida de su padre.

— ¡ Gil ! — exclamó dulcemente, al ver al joven.

—¡ Vamos ! — gritó el Duque al cochero, sin oir la voz de ella ni ver al antiguo paje de Rionuevo.

Las mulas partieron á escape.

El infeliz tendió los brazos hacia su adorada, sin tener tiempo ni aun para decirle ¡ adiós !

—¡ Á ver ! (gruñó el portero); ¡ hay que cerrar !

Gil volvió de su atolondramiento.

—¡ Se van ! — dijo.

— Sí, señor: ¡ á Francia ! — respondió el portero secamente, dándole con la puerta en los hocicos.

El ex-paje volvió á su casa más desesperado que nunca; desnudóse, y guardó la ropa; se vistió lo peor que pudo; cortóse los cabellos; se afeitó un ligero bozo que ya le apuntaba, y al día siguiente tomó posesión de la desvencijada silla que Juan Gil ocupó durante cuarenta años entre hormas, cuchillas, leznas y cerote.

Así lo encontramos al empezar este cuento, que, como ya queda dicho, se titula El Amigo de la Muerte.

II.

MÁS SERVICIOS Y MÉRITOS.

Acababa el mes de Junio de 1724.

Gil Gil llevaba dos años de zapatero; mas no por esto creáis que se había resignado con su suerte.

Tenía que trabajar día y noche para ganarse el preciso sustento, y lamentaba á todas horas el deterioro consiguiente de sus hermosas manos; leía, cuando le faltaba parroquia, y ni por casualidad pisaba en toda la semana el dintel de su escondido albergue.—¡Allí vivía solo, taciturno, hipocondríaco, sin otra distracción que oir de labios de la vieja alguna que otra descripción de la hermosura de Crispina López ó de la generosidad del conde de Rionuevo!

Ahora: los domingos, la cosa variaba completamente.—Gil Gil se ponía sus antiguos vestidos de paje, muy conservados el resto de la semana, y se iba á las gradas de la iglesia de San Millán, la más próxima al palacio de Monteclaro y donde su inolvidable Elena oía misa en mejores tiempos.

Allí la esperó un año y otro, sin verla parecer. En cambio solía encontrar estudiantes y pajes que trató cuando niño, y que le ponían ahora

al corriente de cuanto sucedía en las altas esferas que ya no frecuentaba....; y por ellos precisamente estaba enterado de que su adorada seguía en Francia.... —¡Por supuesto, nadie sospechaba en aquellos barrios que nuestro joven fuese en otros un pobre remendón; sino que todos lo creían poseedor de algún legado del conde de Rionuevo, quien manifestó en vida demasiada predilección al joven paje para que se pudiera creer que no había pensado en asegurar su porvenir!

Así las cosas, y por la época que hemos citado al empezar este capítulo, hallándose Gil Gil un día de fiesta á la puerta del susodicho templo, vió llegar dos damas lujosamente vestidas y con gran séquito, las cuales pasaron lo bastante cerca de él para que reconociese en una de ellas á su fatal enemiga la condesa de Rionuevo.

Iba nuestro joven á esconderse entre la multitud, cuando la otra dama se levantó el velo, y.... ¡oh ventura!.... Gil Gil vió que era su adorada Elena, la dulce causa de sus acerbos pesares.

El pobre mozo dió un grito de frenética alegría, y se adelantó hacia la beldad.

Elena lo reconoció al momento, y exclamó con igual ternura que dos años antes:

—¡Gil!

La condesa de Rionuevo apretó el brazo á la

heredera de Monteclaro, y murmuró, volviéndose á Gil Gil:

—Te he dicho que estoy contenta con mi zapatero.... ¡Yo no calzo de viejo!....—Déjame en paz.

Gil Gil palideció como un difunto, y cayó contra las losas del atrio.

Elena y la Condesa penetraron en el templo.

Dos ó tres estudiantes que presenciaron la escena se rieron á todo trapo, aunque no la entendieron completamente.

Gil Gil fué conducido á su casa.

Allí le esperaba otro golpe.

La vieja que constituía toda su familia había muerto de lo que se llama *muerte* senil.

Él cayó en cama con una fiebre cerebral muy intensa, y estuvo, como quien dice, á las puertas de la *muerte*.

Cuando volvió en sí, se encontró con que un vecino de aquella calle, más pobre aún que él, lo había cuidado durante su larga enfermedad, no sin verse obligado, para costear médico y botica, á vender los muebles, las herramientas, el portal, los libros y hasta el traje de caballero de nuestro joven.

Al cabo de dos meses, Gil Gil, cubierto de harapos, hambriento, debilitado por la enfermedad, sin un maravedí, sin familia, sin amigos, sin aquella vieja á quien amaba ya como á una madre, y, lo que era peor que todo, sin

esperanzas de volver á acercarse á su amiga de los primeros años de la juventud, á su soñada y bendecida Elena, abandonó el portal (asilo de sus ascendientes, y ya propiedad de otro zapatero), y tomó á la ventura por la primera calle que encontró, sin saber adónde iba, ni qué hacer, ni á quién dirigirse, ni cómo trabajar, ni para qué vivir....

Llovía. Era una de esas tristísimas tardes en que parece que hasta los relojes tocan á muerto; en que el cielo está cubierto de nubes y la tierra de lodo; en que el aire, húmedo y macilento, ahoga los suspiros dentro del corazón del hombre; en que todos los pobres sienten hambre, todos los huérfanos frío, y todos los desdichados envidia á los que ya murieron.

Anocheció, y Gil Gil, que tenía calentura, acurrucóse en el hueco de una puerta, y se echó á llorar con infinito desconsuelo....

La idea de la *muerte* ofrecióse entonces á su imaginación, no entre las sombras del miedo y las convulsiones de la agonía, sino afable, bella y luminosa, como la describe Espronceda.

El desgraciado cruzó los brazos contra su corazón, como para retener aquella dulce imagen que tanto descanso, tanta gloria y tanta dicha le ofrecía; y, al hacer este movimiento, sintió que sus manos se posaban sobre una cosa dura que tenía en el bolsillo.

La reacción fué súbita; la idea de la vida, ó de la conservación, que corría atribulada por el cerebro de Gil Gil, huyendo de la otra idea que hemos enunciado, asióse con toda su fuerza á aquel inesperado accidente que se le presentaba en el borde mismo del sepulcro.

La esperanza murmuró en su oído mil seductoras promesas que le indujeron á sospechar si aquella cosa dura que había tocado sería dinero, ó una enorme piedra preciosa, ó un talismán....; algo, en fin, que encerrase la vida, la fortuna, la dicha y la gloria (que para él se reducían al amor de Elena de Monteclaro); y, diciendo á la muerte: *Aguarda*...., se llevó la mano al bolsillo.

Pero ¡ay! la cosa dura era el barrilillo de ácido sulfúrico ó, por decirlo más claramente, de *aceite vitriolo* que le servía para hacer betún, y que, último resto de sus útiles de zapatero, se hallaba en su faltriquera por una casualidad inexplicable.

De consiguiente, allí donde el desgraciado creyó ver una áncora de salvación, encontraron sus manos un veneno, y de los más activos.

—¡Muramos, pues!—se dijo entonces.

Y se llevó el bote á los labios.....

.....

Y una mano fría como el granizo se posó sobre sus hombros, y una voz dulce, tierna,

divina, murmuró sobre su cabeza estas palabras:

—¡HOLA, AMIGO!

III.

DE CÓMO GIL GIL APRENDIÓ MEDICINA EN UNA HORA.

Ninguna frase pudiera haber sorprendido tanto á Gil Gil como la que acababa de escuchar:

—*¡Hola, amigo!*

Él no tenía amigos.

Pero mucho más le sorprendió la horrible impresión de frío que le comunicó la mano de aquella sombra, y aun el tono de su voz, que penetraba, como el viento del polo, hasta la médula de los huesos.

Hemos dicho que la noche estaba muy obscura....

El pobre huérfano no podía, por consiguiente, distinguir las facciones del ser recién llegado, aunque sí su negro traje talar, que no correspondía precisamente á ninguno de los dos sexos.

Lleno de dudas, de misteriosos temores, y hasta de una curiosidad vivísima, levantóse Gil del tranco de la puerta en que seguía acurrucado, y murmuró con voz desfallecida, entrecortada por el castañeteo de sus dientes:

—¿Qué me queréis?

—¡Eso te pregunto yo! — respondió el ser desconocido, enlazando su brazo al de Gil Gil, con familiaridad afectuosa.

—¿Quién sois? — replicó el pobre zapatero, que se sintió morir al frío contacto de aquel brazo.

— Soy la persona que buscas.

—¡Quién!.... ¿Yo?.... ¡Yo no busco á nadie! —replicó Gil, queriendo desasirse.

—Pues, ¿por qué me has llamado? — repuso aquella *persona*, estrechándole el brazo con mayor fuerza.

—¡Ah!.... Dejadme....

— Tranquilízate, Gil; que no pienso hacerte daño alguno.... (añadió el ser misterioso). — ¡Ven! Tú tiemblas de hambre y frío..... Allí veo una hostería abierta, en la que cabalmente tengo *que hacer* esta noche.... Entremos, y tomarás algo.

—Bien....: pero ¿quién sois? — preguntó de nuevo Gil Gil, cuya curiosidad empezaba á sobreponerse á los demás sentimientos.

—Ya te lo dije al llegar: *somos amigos*.... ¡Y cuenta que tú eres el único á quien doy este nombre sobre la tierra! — ¡Úneme á ti el remordimiento!.... Yo he sido la causa de todos tus infortunios.

— No os conozco.... — replicó el zapatero.

—¡Sin embargo, he entrado en tu casa muchas veces! Por mí quedaste sin madre al tiempo de nacer: yo fuí causa de la apoplejía que mató á Juan Gil; yo te arrojé del palacio de Rionuevo; yo asesiné un domingo á tu vieja compañera de casa; yo, en fin, te puse en el bolsillo ese bote de ácido sulfúrico....

Gil Gil tembló como un azogado: sintió que la raíz del cabello se le clavaba en el cráneo, y creyó que sus músculos crispados se rompían.

—¡Eres el demonio!—exclamó con indecible miedo.

—¡Niño! (contestó la enlutada persona en son de amable censura.) ¿De dónde sacas eso?—¡Yo soy algo más y mejor que el triste ser que nombras!

—¿Quién eres, pues?

—Entremos en la hostería y lo sabrás.

Gil entró apresuradamente; puso al desconocido ser delante del humilde farol que alumbraba el aposento, y lo miró con avidez inmensa....

Érase una persona como de treinta y tres años, alta, hermosa, pálida, vestida con una larga túnica y una capa negra, y cuyos luengos cabellos cubría un gorro frigio, también de luto.

No tenía ni asomos de barba, y sin embargo no parecía mujer. Tampoco parecía hombre, á pesar de lo viril y enérgico de su semblante.

Lo que realmente parecía era un ser humano

sin sexo, un cuerpo sin alma, ó, más bien, un alma sin cuerpo mortal determinado. Dijérase que era una negación de personalidad.

Sus ojos no tenían resplandor alguno. Recordaban la negrura de las tinieblas. Eran, sí, unos ojos de sombra, unos ojos de luto, unos ojos muertos.... Pero tan apacibles, tan inofensivos, tan profundos en su mudez, que no se podía apartar la vista de ellos. Atraían como el mar; fascinaban como un abismo sin fondo; consolaban como el olvido.

Así fué que Gil Gil, á poco que fijó los suyos en aquellos ojos inanimados, sintió que un velo negro lo envolvía, que el orbe tornaba al caos, y que el ruído del mundo era como el de una tempestad que se lleva el aire....

Entonces aquel ser misterioso dijo estas tremendas palabras:

—Yo soy la *Muerte*, amigo mío.... Yo soy la *Muerte*, y Dios es quien me envía.... ¡Dios, que te tiene reservado un glorioso lugar en el cielo! —Cinco veces he causado tu desventura, y yo, la deidad implacable, te he tenido compasión. Cuando Dios me ordenó esta noche llevar ante su tribunal tu alma impía, le rogué que me confiase tu existencia y me dejase vivir á tu lado algún tiempo, ofreciéndole entregarle al cabo tu espíritu, limpio de culpa y digno de su gloria. —El cielo no ha sido sordo á mi súplica.—¡Tú

eres, pues, el primer mortal á quien me he acercado sin que su cuerpo se torne fría ceniza! ¡Tú eres mi único amigo! —Oye ahora, y aprende el camino de tu dicha y de tu salvación eterna.

Al llegar aquí la *Muerte,* Gil Gil murmuró una palabra casi ininteligible.

—Te he comprendido.... (replicó la *Muerte.)* Me hablas de Elena de Monteclaro.

—¡Sí! —respondió el joven.

—¡Te juro que no la estrecharán otros brazos que los tuyos ó los míos! ¡Y, además, te repito que he de darte la felicidad de este mundo y la del otro! —Para ello bastará con lo siguiente: —Yo, amigo mío, no soy la Omnipotencia.... ¡Mi poder es muy limitado, muy triste! Yo no tengo la facultad de crear. Mi ciencia se reduce á destruir.—Sin embargo, está en mis manos darte una fuerza, un poder, una riqueza mayor que la de los príncipes y emperadores.... ¡Voy á hacerte médico; pero *médico-amigo mío,* médico que me conozca, que me vea, que me hable! —Adivina lo demás.

Gil Gil estaba absorto.

—¿Será verdad?—exclamó, cual si luchara con una pesadilla.

—Todo es verdad, y algo más que te iré diciendo.... —Por ahora sólo debo advertirte que tú no eres hijo de Juan Gil.—Yo oigo la confesión de todos los moribundos, y sé que eres

hijo natural del conde de Rionuevo, tu difunto protector, y de Crispina López, que te concibió dos meses antes de casarse con el infortunado Juan Gil.

—¡Ah, calla!—exclamó el pobre niño, tapándose el rostro con las manos.

Luego, herido de una súbita idea, exclamó con indescriptible horror:

—¡Conque tú matarás á Elena algún día?

—Tranquilízate.... (respondió la divinidad): ¡Elena no morirá nunca para ti!—Así, pues: ¡responde!.... ¿Quieres ó no quieres ser mi amigo?

Gil contestó con esta otra pregunta:

—¿Me darás en cambio á Elena?

—Te he dicho que sí.

—¡Pues esta es mi mano!—añadió el joven, alargándosela á la *Muerte*.

Pero otra idea, más horrible que la anterior, le asaltó en aquel momento.

—¡Con estas manos que estrechan la mía (dijo) mataste á mi pobre madre!

—¡Sí! ¡tu madre murió!.... (respondió la *Muerte)*. Entiende, sin embargo, que yo no le causé dolor alguno.... ¡Yo no hago sufrir á nadie! Quien os atormenta hasta que dais el último suspiro es mi rival la *Vida*, ¡esa vida que tanto amáis!

Gil se arrojó en brazos de la *Muerte* por toda contestación.

—Vamos, pues,—dijo el ser enlutado.

—¿Adónde?

—Á la Granja, á comenzar tus funciones de médico.

—Pero, ¿á quién vamos á ver?

—Al ex-rey Felipe V.

—¡Cómo! ¿Felipe V. va á morir?

—Todavía no: antes ha de volver á reinar, y tú vas á regalarle la corona.

Gil inclinó la frente, abrumado bajo el peso de tantas nuevas ideas.

La *Muerte* lo cogió del brazo y lo sacó de la hostería.

No habían llegado á la puerta, cuando oyeron á su espalda gritos y lamentaciones.

El dueño de la hostería acababa de morir.

VI.

DIGRESIÓN, QUE NO HACE AL CASO.

Desde que Gil Gil salió de la hostería, empezó á observar tal cambio en sí mismo y en la naturaleza toda, que, á no ir asido á un brazo tan robusto como el de la *Muerte*, indudablemente hubiera caído anonadado contra el suelo.

Y era que nuestro héroe sentía lo que no ha sentido ningún otro hombre: ¡el doble movimiento de la tierra alrededor del sol y en torno de su propio eje!

En cambio, no percibía el de su propio corazón.

Por lo demás, cualquiera que hubiese examinado á la esplendorosa luz de la luna el rostro del ex-zapatero, habría echado de ver que la melancólica hermosura que siempre lo hizo admirable había subido de punto de una manera extraordinaria.... Sus ojos, de un negro aterciopelado, reflejaban ya aquella paz misteriosa que reinaba en los de la personificación de la *Muerte*. Sus largos y sedosos cabellos, oscuros como las alas del cuervo, adornaban una fisonomía pálida como el alabastro de las tumbas, radiosa y opaca á un mismo tiempo, cual si dentro de aquel alabastro ardiese una luz funeral que se filtrara tenuemente por sus poros. Su gesto, su actitud, su ademán, todo en él se había transfigurado, adquiriendo cierto aire monumental, eterno, extraño á toda relación con la naturaleza, y que, indudablemente, donde quiera que Gil se presentase, lo haría superior á las mujeres más insensibles, á los poderosos más soberbios, á los guerreros más esforzados.

Andaban y andaban los dos amigos hacia la Sierra, unas veces por el camino y otras fuera de él.

Siempre que pasaban por algún pueblo ó caserío, lentas campanadas, vibrando en el espacio en son de agonía, anunciaban á nuestro

joven que la *Muerte* no perdía su tiempo; que su brazo alcanzaba á todas partes, y que, no por sentirlo él sobre su corazón como una montaña de hielo, dejaba de cubrir de luto y de ruínas todo el haz de la dilatada tierra.

Grandes y peregrinas cosas iba contándole la *Muerte* á su protegido.

Enemiga de la Historia, complacíase en hablar pestes acerca de su pretendida utilidad, y, para demostrarlo, presentaba los hechos tales como acontecieron y no como los guardan monumentos y cronicones.

Los abismos de lo pasado se entreabrían ante la absorta imaginación de Gil Gil, ofreciéndole revelaciones importantísimas sobre el destino de los imperios y de la humanidad entera, descubriéndole el gran misterio del origen de la vida y el no menos temeroso y grande del fin á que caminamos los mal llamados mortales, y haciéndole, por último, comprender, á la luz de tan alta filosofía, las leyes que presiden al desenvolvimiento de la materia cósmica y á sus múltiples manifestaciones en esas formas efímeras y pasajeras que se llaman minerales, plantas, animales, astros, constelaciones, nebulosas y mundos.

La fisiología, la geología, la química, la botánica, todo se esclarecía á los ojos del ex-zapatero, dándole á conocer los misteriosos resortes

de la vida, del movimiento, de la reproducción, de la pasión, del sentimiento, de la idea, de la conciencia, de la reflexión, de la memoria y de la voluntad ó el deseo.

¡Dios, sólo Dios, permanecía velado en el fondo de aquellos mares de luz!

¡Dios, sólo Dios, era ajeno á la vida y á la muerte; extraño á la solidaridad universal; único y superior en esencia; solo, como sustancia; independiente, libre y todopoderoso como acción!—La *Muerte* no alcanzaba á envolver al Criador en su infinita sombra.—¡Sólo ÉL *era*! Su eternidad, su inmutabilidad, su impenetrabilidad, deslumbraron la vista de Gil Gil; el cual, inclinó la cabeza, y adoró, y creyó, quedando sumido *en mayor ignorancia* que antes de bajar á los abismos de la Muerte....

V.

LO CIERTO POR LO DUDOSO.

Eran las diez de la mañana del 30 de Agosto de 1724 cuando Gil Gil, perfectamente aleccionado por aquella potestad negativa, penetraba en el palacio de San Ildefonso y pedía audiencia á Felipe V.

Recordemos al lector la situación de este

monarca en el día y hora que acabamos de citar.

El primer Borbón de España, nieto de Luís XIV de Francia, aceptó el trono español cuando no podía soñar con sentarse en el trono francés. Pero fueron muriendo otros príncipes, tíos y primos suyos, que le separaban del solio de su tierra nativa, y, entonces, á fin de habilitarse para ocuparlo, si moría también su sobrino Luís XV (que estaba muy enfermo y sólo contaba catorce años de edad), abdicó la corona de Castilla en su hijo Luís I, y se retiró á San Ildefonso.

En tal situación, no sólo mejoró algo de salud Luís XV, sino que Luís I cayó en cama, gravísimamente atacado de viruelas, hasta el extremo de temerse ya por su vida!.... Diez correos, escalonados entre la Granja y Madrid, llevaban cada hora á Felipe noticias del estado de su hijo, y el padre ambicioso, excitado además por su célebre segunda esposa Isabel Farnesio (mucho más ambiciosa que él), no sabía qué partido tomar en tan inesperado y grave conflicto.

¿Iba á vacar el trono de España antes que el de Francia? ¿Debía manifestar su intención de reinar de nuevo en Madrid, disponiéndose á recoger la herencia de su hijo?

Pero ¿y si no moría éste?—¿No sería insigne torpeza haber descubierto á toda Europa el oscuro fondo de su alma? ¿No era esterilizar el sa-

crificio de haber vivido siete meses en la soledad? ¿No fuera renunciar para siempre á la dulce esperanza de sentarse en el ansiado trono de San Luís? ¿Qué hacer, pues?—¡Esperar, equivalía á perder un tiempo precioso!.... La Junta de Gobierno lo aborrecía y le disputaba toda influencia en las cosas del Estado....—Dar un solo paso, podía comprometer la ambición de toda su vida y su nombre en la posteridad....

¡Falso Carlos V, las tentaciones del mundo lo asaltaban en el desierto, y pagaba harto cara en aquellas horas de incertidumbre la hipocresía de su abdicación!

Tal era la circunstancia en que nuestro amigo Gil Gil se anunciaba al meditabundo Felipe, diciéndose portador de importantísimas noticias.

—¿Qué me quieres?—preguntó el Rey sin mirarlo, cuando lo sintió dentro de la cámara.

—Señor, míreme V. M. (respondió Gil Gil con desenfado.) No tema que lea sus pensamientos, pues no son un misterio para mí.

Felipe V se volvió bruscamente hacia aquel hombre, cuya voz, seca y fría como la verdad que revelaba, había helado la sangre en su corazón.

Pero su enojo se estrelló en la fúnebre sonrisa del Amigo de la *Muerte*.

Sintióse, pues, poseído de supersticioso terror al fijar sus ojos en los de Gil Gil; y llevando

una mano trémula á la campanilla de la escribanía que adornaba la mesa, repitió su primera pregunta:

—¿Qué me quieres?

—Señor, yo soy médico.... (respondió el joven tranquilamente), y tengo tal fe en mi ciencia, que me atrevo á decir á V. M. el día, la hora y el instante en que ha de morir Luís I.

Felipe V miró con más atención á aquel niño cubierto de harapos, cuyo rostro tenía tanto de hermoso como de sobrenatural.

—Habla....—dijo por toda contestación.

—¡No tan así, señor Rey! (replicó Gil con cierto sarcasmo).—¡Antes hemos de convenir en el precio!

El francés sacudió la cabeza al oir estas palabras, como si despertase de un sueño: vió aquella escena de otro modo, y casi se avergonzó de haberla tolerado.

—¡Hola! (dijo, tocando la campanilla).—Prended á este hombre.

Un capitán apareció, y puso su mano sobre el hombro de Gil Gil.

Éste permaneció impasible.

El Rey, volviendo á su anterior superstición, miró de reojo al extraño médico.... Levantóse luego trabajosamente, pues la languidez que sufría hacía algunos años se había agravado aquellos días, y dijo al Capitán de guardias:

—Déjanos solos.

Plantóse, por último, enfrente de Gil Gil, cual si quisiera perderle el miedo, y le preguntó con fingida calma:

—¿Quién diablos eres, cara de buho?

—¡Soy el *Amigo de la Muerte!*—respondió nuestro joven sin pestañear.

—Muy señora mía y de todos los pecadores.... (dijo el Rey con aire de broma, á fin de disfrazar su pueril espanto).—¿Y qué decías de nuestro hijo?

—Digo, señor (exclamó Gil Gil, dando un paso hacia el Rey, quien retrocedió á su pesar): que vengo á traeros una corona....; no os diré si la de España ó la de Francia, pues este es el secreto que habéis de pagarme. Digo que estamos perdiendo un tiempo precioso, y que, por consiguiente, necesito hablaros pronto y claro. —Oidme, por tanto, con atención.—Luís I está agonizando.... Su enfermedad es, sin embargo, de las que tienen cura....—V. M. es el perro de la fábula....

Felipe V interrumpió á Gil Gil.

—¡Di!....¡di lo que gustes! Deseo oirlo todo.... —¡De todas maneras voy á tener que ahorcarte!....

El *Amigo de la Muerte* se encogió de hombros, y continuó:

—Decía que V. M. es el perro de la fábula.

Teníais en la cabeza la corona de España: os bajasteis para coger la de Francia; se os cayó la vuestra sobre la cuna de vuestro hijo; Luís XV se ciñó la suya, y vos os quedasteis sin la una y sin la otra....

—¡Es verdad!—exclamó Felipe V, si no con la voz, con la mirada.

—Hoy.... (continuó Gil Gil, recogiendo la mirada del Rey): hoy, que estáis más cerca de la corona de Francia que de la de España, vais á exponeros al mismo azar.... Luís XV y Luís I, los dos reyes niños, están enfermos. Podéis heredar á ambos; pero necesitáis saber con algunas horas de anticipación cuál de los dos va á morir antes.—Luís I está de más peligro; pero la corona de Francia es más hermosa.—De aquí vuestra perplejidad....—¡Bien se conoce que estáis escarmentado! ¡Ya no os atrevéis á tender la mano al cetro de San Fernando, temeroso de que vuestro hijo se salve, la historia os escarnezca y vuestros partidarios de Francia os abandonen!....—Más claro: ¡ya no os atrevéis á soltar la presa que tenéis entre los dientes, temeroso de que la otra que veis sea una nueva ilusión ó mero espejismo!

—¡Habla.... habla! (dijo Felipe con ansiedad, creyendo que Gil había terminado.) ¡Habla! ¡De todos modos, has de ir de aquí á una mazmorra, donde sólo te oigan las paredes!....

¡Habla!.... ¡Quiero saber qué dice el mundo acerca de mis pensamientos!

El ex-zapatero sonrió con desdén.

—¡Cárcel! ¡Horca!.... (exclamó.) ¡He aquí todo lo que los reyes sabéis!—Pero yo no me asusto.—Escuchadme otro poco; que voy á concluir.—Yo, señor, necesito ser Médico de Cámara, obtener un título de Duque, y ganar hoy mismo treinta mil pesos....—¿Se ríe V. M.? —¡Pues los necesito tanto como V. M. saber si Luís I morirá de las viruelas!

—¿Y qué? ¿lo sabes tú?—preguntó el Rey en voz baja, sin poder sobreponerse al terror que le causaba aquel muchacho.

—Puedo saberlo esta noche.

—¿Cómo?

—Ya os he dicho que soy *Amigo de la Muerte*.

—Y ¿qué es eso?—¡Explícamelo!

—Eso.... ¡yo mismo lo ignoro! Llevadme al Palacio de Madrid.... Hacedme ver al Rey reinante, y yo os diré la sentencia que el Eterno haya escrito sobre su frente.

—¿Y si te equivocas?—dijo el de Anjou, acercándose más á Gil Gil.

—¡Me ahorcáis!....; para lo cual me retendréis preso todo el tiempo que os plazca.

—¡Conque eres hechicero!—exclamó Felipe, por justificar de algún modo la fe que daba á las palabras de Gil Gil.

—¡Señor, ya no hay hechizos! (respondió éste.)—El último hechicero se llamó Luís XIV, y el último hechizado Carlos II.—La corona de España, que os mandamos á París hace veinticinco años envuelta en el testamento de un idiota, nos rescató de la cautividad del demonio en que vivíamos desde la abdicación de Carlos V.—Vos lo sabeis mejor que nadie.

—Médico de cámara...., duque...., y treinta mil pesos....—murmuró el Rey.

—¡Por una corona que vale más de lo que pensáis!—respondió Gil Gil.

—¡Tienes mi real palabra!—añadió con solemnidad Felipe V, dominado por aquella voz, por aquella fisonomía, por aquella actitud llena de misterio.

—¿Lo jura V. M.?

—¡Lo prometo! (respondió el francés.) ¡Lo prometo, si antes me pruebas que eres algo más que un hombre!

—¡Elena...., serás mía!—balbuceó Gil.

El Rey llamó al Capitán y le dió algunas órdenes.

—Ahora.... (dijo): mientras se dispone tu marcha á Madrid, cuéntame tu historia y explícame tu ciencia.

—Voy á complaceros, señor; pero temo que no comprendáis ni la una ni la otra.

.....

Una hora después el Capitán corría la posta hacia Madrid al lado de nuestro héroe, quien, por de pronto, ya había soltado sus harapos y vestía un magnífico traje de terciopelo negro, adornado con encajes vistosísimos; ceñía espadín, y llevaba sombrero galoneado.

Felipe V le había regalado aquella vestimenta y mucho dinero, después que se hubo enterado de su milagrosa amistad con la *Muerte.*

Sigamos nosotros al buen Gil Gil por mucho que corra; pues podría acontecer que se encontrara en la cámara de la Reina con su idolatrada Elena de Monteclaro, ó con la odiosa condesa de Rionuevo, y no es cosa de que ignoremos los pormenores de unas entrevistas tan interesantes.

VI.

CONFERENCIA PRELIMINAR.

Serían las seis de la tarde cuando Gil Gil y el Capitán se apeaban á las puertas de Palacio.

Un gentío inmenso inundaba aquellos lugares, sabedor del peligro en que se encontraba la vida del joven Rey.

Al poner nuestro amigo el pie en el umbral del alcázar, dió de manos á boca con la *Muerte,* que salía con paso precipitado.

—¿Ya?—preguntó Gil Gil lleno de susto.

—¡Todavía no!—respondió la siniestra deidad, El médico respiró con satisfacción.

—Pues ¿cuándo? — replicó al cabo de un momento.

— No puedo decírtelo.

— ¡ Oh ! Habla.... — ¡Si supieras lo que me ha prometido Felipe V!

— Me lo figuro.

— Pues bien: necesito saber cuándo muere Luís I.

— Lo sabrás á su debido tiempo. — Entra.... El Capitán ha penetrado ya en la regia estancia. Trae instrucciones del Rey padre.... En este momento te anuncian como el primer médico del mundo.... La gente se agolpa á la escalera para verte llegar.... ¡Vas á encontrarte con Elena y con la condesa de Rionuevo!....

— ¡ Oh dicha ! — exclamó Gil Gil.

— Las seis y cuarto.... (continuó la *Muerte*, tomándose el pulso, que era su único é infalible reloj). — Te esperan.... — Hasta luego.

— Pero dime....

— Es verdad.... ¡Se me olvidaba!—Escucha: Si cuando veas al rey Luís estoy en la cámara, su enfermedad no tiene cura.

—¿Y estarás?—¿No dices que vas á otro lado?

—No sé todavía si estaré....—Yo soy ubicua; y, si recibo órdenes *superiores*, allí me verás, como donde quiera que me halle....

— ¿Qué hacías ahora aquí?

— Vengo de matar un caballo.

Gil Gil retrocedió lleno de asombro.

— ¿Cómo? (exclamó.) — ¡También tienes que ver con los irracionales!....

— ¿Qué es eso de irracionales? — ¿Acaso los hombres tenéis verdadera Razón? — ¡La *razón* es una sola, y esa no se ve desde la tierra!

— Pero, dime (replicó Gil): los animales...., los brutos...., los que aquí llamamos irracionales, ¿tienen alma?

— Sí, y no. — Tienen un espíritu sin libertad é irresponsable.... — Pero ¡vete al diablo! ¡Qué preguntón estás hoy! — Conque, adiós....—Me encamino á cierta noble casa...., donde voy á hacerte otro favor.

— ¡Un favor á mí! — ¡Dímelo claramente! — ¿De qué se trata?

— De frustrar cierta boda.

— ¡Ah!.... (exclamó Gil Gil, concibiendo una horrible sospecha.) ¿Será acaso?....

— Nada más te puedo decir.... (contestó la *Muerte*). Ve adentro, que se hace tarde.

— ¡Me vuelves loco!

— ¡Déjate llevar, y lo pasarás mejor! — Tienes mi promesa de que llegarás á ser completamente dichoso.

— ¡Ah! ¡Conque somos amigos! ¿No piensas matarnos ni á mí ni á Elena?

—¡*Descuida!*—replicó la *Muerte* con una tristeza y una solemnidad, con una ternura y una alegría, con tantos y tan distintos afectos en la voz, que Gil renunció desde luego á la esperanza de comprender aquella palabra.

—¡Espera! (dijo por último, viendo que el ser enlutado se alejaba.) Repíteme aquello de las horas, pues no quiero equivocarme....—Si estás en la habitación de un enfermo, pero no lo miras, significa que el paciente muere de aquella enfermedad....

—¡Cierto! Mas si estoy de cara á él, fenece dentro del día.... Si yazgo en su mismo lecho, le quedan tres horas de existencia.... Si lo encuentras entre mis brazos, no respondas sino de una hora.... Y si me ves besarle la frente, reza un credo por su alma.

—¿Y no me hablarás ni una palabra?

—¡Ni una!—Carezco de permiso para revelarte de esa manera los propósitos del Eterno.—Tu ventaja sobre los demás hombres consiste solamente en que soy visible para ti.—Conque adiós, ¡y no me olvides!

Dijo, y se desvaneció en el espacio.

VII.

LA CÁMARA REAL.

Gil Gil penetró en la regia morada, ni arrepentido ni contento de haber entablado relaciones con la personificación de la *Muerte*.

Mas no bien pisó las escaleras del Palacio, y recordó que iba á ver á su idolatrada Elena, todas sus ideas lúgubres desaparecieron, como huyen las aves nocturnas al despuntar el día.

Con lucido acompañamiento de palaciegos y de otros personajes de la nobleza, atravesó Gil Gil galerías y salones, dirigiéndose á la Cámara real; y por cierto que todos admiraban la extraña hermosura y tierna juventud del famoso médico que Felipe V enviaba desde la Granja como última apelación del humano poder para salvar la vida de Luís I.

Allí estaban las dos Cortes, la de Luís y la de Felipe.

Eran éstas, por decirlo así, dos poderes rivales, que hacía una semana vivían en constante guerra: eran los antiguos servidores de la primera rama de Borbón y los nuevos que el Regente de Francia, Felipe de Orleans el *Generoso*, había agrupado alrededor del trono de España para evitar que el ambicioso ex-duque de Anjou

saltase desde él al trono de su abuelo: eran, en fin, los cortesanos del dócil niño que yacía moribundo, y los de su bella esposa, la indomable hija del Regente, la renombrada duquesa de Montpensier.

Los allegados á Isabel de Farnesio, madrastra de Luís I, deseaban que éste muriese, para que los hijos del segundo matrimonio de Felipe V se hallasen más cerca de la corona de San Fernando.

Los partidarios de la joven Orleans, de la Reina hija, deseaban que el enfermo se salvase, no por amor á los malavenidos esposos, sino en odio á Felipe V, á quien no querían ver reinar nuevamente.

Los amigos del desgraciado Luís temblaban á la idea de que muriese; porque, habiéndole inducido ellos á sacudir la tutela en que lo tenía el solitario de la Granja, sabían muy bien que, al volver éste al trono, lo primero que haría sería desterrarlos ó prenderlos.

El palacio era, pues, un laberinto de encontrados deseos, de opuestas ambiciones, de intrigas y recelos, de temores y esperanzas.

Gil Gil penetró en la Cámara, buscando con la vista á una sola persona; á su inolvidable Elena.

Cerca del lecho del Rey vió al padre de ésta, al grande amigo del difunto conde de Rionuevo,

al duque de Monteclaro, en fin; el cual hablaba con los Arzobispos de Santiago y de Toledo, con el marqués de Mirabal y con D. Miguel de Guerra, los cuatro más encarnizados enemigos de Felipe V.

El duque de Monteclaro no reconoció al antiguo paje, compañero de infancia de su encantadora hija.

En otro lado, y no sin cierta impresión de miedo, el Amigo de la *Muerte* vió, entre las damas que rodeaban á la joven y hermosa Luísa Isabel de Orleans, á su implacable y eterna enemiga la condesa de Rionuevo.

Gil Gil pasó casi rozando con su vestido al ir á besar la mano á la Reina.

La Condesa no reconoció tampoco al hijo natural de su marido.

En esto se levantó un tapiz detrás del grupo que formaban las damas, y apareció, entre otras dos ó tres que Gil Gil no conocía, una mujer alta, pálida, hermosísima....

Era Elena de Monteclaro.

Gil Gil la miró intensamente, y la joven se estremeció al ver aquella fúnebre y bella fisonomía, cual si contemplara el espectro de un difunto adorado; cual si tuviese ante sus ojos, no á Gil, sino su sombra envuelta en la mortaja; cual si viese, en fin, un ser del otro mundo.

¡Gil en la Corte! ¡Gil consolando á la Reina,

á aquella princesa altiva y burlona que todo lo desdeñaba! ¡Gil, con aquel lujoso traje, mirado y considerado de toda la nobleza!....

— ¡Ah! ¡Sin duda es un sueño! — pensó la encantadora Elena.

— Venid, doctor.... (dijo en esto el marqués de Mirabal): — S. M. ha despertado.

Gil hizo un penoso esfuerzo para sacudir el éxtasis que embargaba todo su ser al verse enfrente de su adorada, y se acercó á la cama del virolento.

El segundo Borbón de España era un mancebo de diez y siete años, flaco, largo y raquítico como planta que crece á la sombra.

Su rostro (que no había carecido de cierta finura de expresión, á pesar de la irregularidad de sus facciones) estaba ahora espantosamente hinchado y cubierto de cenicientas pústulas. — Parecía un tosco boceto de escultura modelado en barro.

Tendió el Rey niño una angustiosa mirada á aquel otro adolescente que se acercaba á su lecho, y, al encontrarse con sus mudos y sombríos ojos, insondables como el misterio de la eternidad, dió un ligero grito, y ocultó el semblante bajo las sábanas.

Gil Gil, en tanto, miraba á los cuatro ángulos de la habitación, buscando á la *Muerte*.

Pero la *Muerte* no estaba allí.

—¿Vivirá?—le preguntaron en voz baja algunos cortesanos, que habían creído leer una esperanza en el rostro de Gil Gil.

Iba á decir *que sí*, olvidando que su opinión debía darla solamente á Felipe V, cuando sintió que le tiraban de la ropa.

Volvióse, y vió cerca de sí á una persona vestida toda de negro, que se hallaba de espaldas al lecho del Rey....

Era la *Muerte*.

—Morirá de esta enfermedad; pero no hoy,—pensó Gil Gil.

—¿Qué os parece?—le preguntó el Arzobispo de Toledo, sintiendo, como todos, aquel invencible respeto que infundía el rostro sobrehumano de nuestro joven.

—Dispensadme.... (respondió el ex-zapatero). Mi opinión queda reservada para el que me envía...

—Pero vos.... (añadió el marqués de Mirabal): vos, que sois tan joven, no podéis haber aprendido tanta ciencia.... — Indudablemente, Dios ó el diablo os lo ha infundido.... — Seréis un Santo, que hace milagros, ó un mago, amigo de las brujas....

—Como gustéis.... (respondió Gil Gil). De un modo ó de otro, yo leo en el porvenir del Príncipe que yace en ese lecho; secreto por el cual dierais alguna cosa; pues resuelve la duda de si

mañana seréis el privado de Luís I ó el prisionero de Felipe V.

—¡Y qué!—balbuceó el de Mirabal, pálido de ira, pero sonriendo levemente.

En esto reparó Gil Gil en que la *Muerte,* no contenta con acechar al monarca, aprovechaba su permanencia en la cámara real para sentarse al lado de una dama...., casi en su misma silla...., y mirarla con fijeza.

La *sentenciada* era la Condesa de Rionuevo.

—¡Tres horas!—pensó Gil Gil.

—Necesito hablaros....—seguía diciéndole entre tanto el marqués de Mirabal, á quien se le había ocurrido nada menos que comprar su secreto al extraño médico.

Pero una mirada y una sonrisa de Gil, que adivinó los pensamientos del Marqués, desconcertaron á éste de tal modo, que retrocedió un paso.

Aquella mirada y aquella sonrisa eran las mismas que habían dominado por la mañana á Felipe V.

Gil aprovechó aquel momento de turbación de Mirabal para dar un gran paso en su carrera y fijar su reputación en la corte.

—Señor.... (dijo al Arzobispo de Toledo).—La condesa de Rionuevo, á quien veis tranquila y sola en aquel rincón.... (Ya sabemos que la *Muerte* sólo era visible á los ojos de Gil Gil),

morirá antes de tres horas.—Aconsejadle que disponga su espíritu para el supremo trance.

El Arzobispo retrocedió espantado.

—¿Qué es eso?—preguntó D. Miguel de Guerra.

El Prelado contó á varias personas la profecía de Gil Gil, y todos los ojos se fijaron en la Condesa, que, efectivamente, empezaba á palidecer horriblemente.

Gil Gil, entre tanto, se acercaba á Elena.

Elena estaba en medio de la cámara, de pie sobre el mármol del pavimento, inmóvil y silenciosa como una noble escultura.

Desde allí, fanatizada, subyugada, poseída de un terror y de una felicidad que no podían definirse, seguía todos los movimientos del amigo de su infancia.

—Elena....—murmuró el joven al pasar á su lado.

—Gil.... (contestó ella maquinalmente).—¿Eres tú?

—¡Sí; yo soy! (replicó él con idolatría.) Nada temas....

Y salió de la habitación.

El Capitán lo esperaba en la antecámara.

Gil Gil escribió algunas palabras en un papel, y dijo al fiel servidor de Felipe V:

—Tomad.... y no perdáis un momento.—¡Á la Granja!

—Pero.... ¿y vos? (replicó el Capitán).—Yo no puedo dejaros. Estáis preso bajo mi custodia....

—Lo estaré bajo mi palabra.... (respondió Gil con nobleza.)—No puedo seguiros.

—Mas.... el Rey....

—El Rey aprobará vuestra conducta.

—¡Imposible!

—Escuchad, y veréis cómo tengo razón.

En este momento se oyó en la Cámara real un fuerte murmullo.

—¡El médico! ¡Ese médico!....—salieron gritando algunas personas.

—¿Qué ocurre?—preguntó Gil Gil.

—La condesa de Rionuevo se muere.... (dijo D. Miguel de Guerra). ¡Venid! Por aquí.... Ya estará en la Cámara de la Reina....

—Id, Capitán.... (murmuró Gil Gil).—Yo os lo digo.

Y apoyó estas palabras con una mirada y un gesto tales, que el soldado partió sin replicar palabra.

Gil siguió á Guerra, y penetró en la Cámara de la esposa de Luís I.

VII.

REVELACIONES.

—¡Oye!—dijo una voz á Gil Gil cuando caminaba hacia el lecho en que yacía la Condesa de Rionuevo.

—¡Ah! ¿Eres tú? (exclamó nuestro joven, reconociendo á la *Muerte*).—¿Ha espirado ya?

—¿Quién?

—La Condesa....

—No.

—Pues ¿cómo la abandonas?

—No la he abandonado, amigo mío; sino que, como ya te he dicho, yo estoy á un mismo tiempo en todas partes y bajo diversas formas.

—Bien.... ¿qué me quieres?—preguntó Gil con cierto disgusto, al oir aquella sentencia.

—Vengo á hacerte otro favor.

—¡Así será él!—Habla.

—¿Sabes que vas faltándome al respeto?—exclamó la *Muerte* con mucha sorna.

—Es natural.... (respondió Gil). La confianza.... la complicidad....

—¿Qué es eso de complicidad?

—¡Nada!.... Aludo á una pintura que vi cuando niño.—Representaba á la *Medicina*. En una cama yacían dos personas, ó, por mejor decir,

un hombre y su enfermedad. El médico había entrado en la habitación con los ojos vendados y armado de un garrote, y, una vez cerca de la cama, había empezado á dar palos de ciego sobre el enfermo y sobre la enfermedad....—No recuerdo precisamente quién fué antes víctima de los golpes....—Creo que fué el enfermo.

—¡Donosa alegoría!—Pero vamos á cuentas....

—Sí.... vamos....: que todos se extrañan de verme así, tan solo, parado en medio de la Cámara.

—¡Déjalos! Creerán que meditas ó que aguardas la inspiración.—Óyeme un momento.—Tú sabes que lo pasado me pertenece de derecho, y que puedo referírtelo.... No así lo porvenir....

—¡Adelante!

—¡Un poco de paciencia!—Vas á hablar por última vez con la condesa de Rionuevo, y es de mi deber contarte cierta historia.

—Es inútil.—Yo perdono á esa mujer.

—¡Se trata de Elena, majadero!—exclamó la *Muerte*.

—¿Cómo?

—Digo, se trata de que seas noble y puedas casarte con ella.

—¡Noble lo soy ya!....—El Rey Felipe V me hace Duque.

—Monteclaro no se contentará con un advenedizo....—Necesitas ascendientes.

—¿Y qué?

—Ya te tengo dicho que eres el último vástago de los Rionuevo.

—¡Sí!....; pero.... adulterino.

—¡Te equivocas! ¡Natural...., y muy natural!

—Sea....; pero ¿quién prueba eso?

—Es precisamente lo que voy á decirte.

—Habla....

—Oye, y no me interrumpas. —La Condesa es la tremenda esfinge de tu vida....

—Ya lo sé....

—¡Ella tiene en su mano toda tu felicidad!

—¡Lo sé también!

—Pues ha llegado la ocasión de arrancársela.

—¿De qué manera?

—Verás.—Como tu padre te amaba tanto....

—¡Ah! ¿me amaba mucho?—exclamó Gil Gil.

—¡Te he dicho que no me interrumpas!—Como tu padre te amaba tanto, no se fué de este mundo sin pensar muy seriamente en tu porvenir.

—¡Pues qué! ¿no murió abintestato el Conde?

—¿De dónde sacas eso?

—Así consta en todas partes.

—¡Pura invención de la Condesa, para apoderarse de todo el dinero del Conde y dejar luego por heredero á cierto sobrino!....

— ¡Oh!

— ¡Calma; que todo puede arreglarse! — Tu padre poseía una declaración de Crispina López, otra de Juan Gil, y además una justificación facultativa en toda forma, que acreditaban perfectamente que tú eres hijo natural del conde de Rionuevo y de Crispina López, concebido cuando los dos eran solteros.—Esto mismo confesó tu padre á la hora de la muerte ante un cura y un escribano que yo vi allí, y que conozco perfectamente.... — Por cierto que el cura.... Pero esto no puedo decírtelo. — En fin, el caso es que el Conde te nombró su único y universal heredero; cosa que podía hacer con tanta mayor facilidad, cuanto que no tenía ningún pariente próximo ni lejano.—Ni paró aquí la solicitud con que aquel buen padre echaba los cimientos de tu felicidad futura desde el borde mismo del sepulcro....

— ¡Oh, padre mío! — murmuró Gil Gil.

— Escucha. — Tú sabes la grande y buena amistad que unía de muy antiguo al honrado Conde con el duque de Monteclaro, compañero suyo de armas durante la guerra de Sucesión....

— Sí, la sé.

— Pues bien (continuó la *Muerte*): tu padre, adivinando el amor que profesabas á la encantadora Elena, dirigió al Duque, pocos momentos antes de espirar, una larga y sentida carta en

que se lo declaraba todo, le pedía para ti la mano de su hija, y le recordaba tantas y tan señaladas pruebas de amistad como se habían dado en todo tiempo....

—¿Y esa carta? —preguntó Gil Gil con extraordinaria vehemencia.

—Esa carta sola hubiera convencido al Duque, y ya serías su yerno.... hace muchos años....

—¿Qué ha sido de esa carta? —volvió á preguntar el joven, trémulo de amor y de ira.

—Esa carta te hubiera ahorrado el entrar en relaciones conmigo.... —continuó la *Muerte.*

—¡Oh!.... ¡no seas cruel!.... ¡Dime que la carta existe!

—Esa es la verdad.

—¿Conque existe?

—Sí.

—¿Quién la tiene?

—La misma persona que la interceptó.

—¡La Condesa!

—La Condesa.

—¡Oh!.... —exclamó el joven, dando un paso hacia el lecho de agonía.

—Espera (dijo la *Muerte*). No he concluído aún. —La Condesa conserva también el testamento de su marido, que casi me arrebató de las manos....

—¿Á ti?

—Digo á mí, porque el Conde estaba ya me-

dio muerto.—En cuanto al cura y al escribano, yo te diré dónde viven, y creo que declararán la verdad.

Gil Gil meditó un momento.

Luego, mirando fijamente al fúnebre personaje:

—Es decir.... (exclamó) que si logro apoderarme de esos documentos....

—Mañana puedes casarte con Elena.

—¡Oh, Dios!—murmuró el joven, dando otro paso hacia el lecho.

Allí se volvió de nuevo hacia la *Muerte*.

Los cortesanos no comprendían lo que pasaba en el corazón de Gil Gil. Creíanle sólo, ó luchando con la visión milagrosa á que debía su peregrina ciencia; pero era tal el terror que ya les inspiraba, que ninguno se atrevía á interrumpirlo.

—Dime (añadió el ex-zapatero, dirigiéndose á su tremenda compaña); y ¿cómo es que la Condesa no ha quemado esos papeles?

—Porque la Condesa, como todos los criminales, es supersticiosa; porque *temía arrepentirse* algún día; porque adivinaba que esos papeles podrían ser en tal situación su pasaporte para la Eternidad.... En fin: porque es un hecho constante que ningún pecador borra las huellas de sus crímenes, temeroso de olvidarlos á la hora de la muerte y de no poder retroceder

por sus mismos pasos hasta encontrar la senda de la virtud.—Te repito, pues, que esos papeles existen.

—De modo que, en consiguiéndolos, Elena será mía....—insistió Gil Gil, dudando siempre de que la *Muerte* pudiera procurarle la felicidad.

—Aún *habría* que vencer otro obstáculo....—respondió la *Muerte*.

—¿Cuál?

—Que Elena está prometida por su padre á un sobrino de la Condesa, al vizconde de Daimiel.

—¡Cómo! ¿Ella le ama?

—No; pero es lo mismo, puesto que hace dos meses contrajeron esponsales....

—¡Oh!.... ¡Conque todo es inútil!—exclamó Gil con desesperación.

—¡Lo hubiera sido sin mí! (replicó la *Muerte.)* Pero ya te dije á las puertas de este Palacio que trataba de frustrar una boda....

—¿Cómo? ¿Has matado al Vizconde?

—¡Yo!.... (exclamó la *Muerte* con cierto terror sarcástico.)—¡Dios me libre!....—Yo no lo he matado.... Él se ha muerto.

—¡Ah!

—¡Chito!.... Nadie lo sabe todavía.... Su familia cree en este instante que el pobre joven está durmiendo la siesta.—Conque.... ¡á ver cómo te portas! Elena, la Condesa y el Duque

se hallan á dos pasos de ti....—¡Ahora, ó nunca!

Y, así diciendo, la *Muerte* se acercó al lecho de la enferma.

Gil Gil siguió sus pasos.

Muchas de las personas que se hallaban en el aposento, entre ellas el duque de Monteclaro, sabían ya el vaticinio de Gil respecto á que antes de tres horas moriría la condesa de Rionuevo; así es que, al verlo casi cumplido, pues de buena y alegre que se hallaba la dama pocos momentos antes, habíase convertido de pronto en un tronco inerte, que agitaban por intervalos violentas convulsiones, empezaron todos á mirar á nuestro amigo con supersticioso terror y fanática idolatría.

La Condesa, por su parte, no bien distinguió á Gil, tendió hacia él una mano trémula y suplicante, mientras con la otra hacía seña de que los dejasen solos.

Alejáronse todos del lecho, y Gil se sentó al lado de la moribunda.

VIII.

EL ALMA.

Aunque la condesa de Rionuevo, la terrible enemiga de Gil Gil, hace tan odioso papel en nuestra historia, no era, como muchos habrán

quizás imaginado, una mujer vieja ó fea, ó fea y vieja á un mismo tiempo.... La naturaleza física es también hipócrita algunas veces.

La ilustre moribunda, que á la sazón tendría treinta y cinco años, se hallaba en toda la plenitud de una magnífica hermosura. Era alta, recia y muy bien formada. Sus ojos, azules como la mar, pérfidos como ella, encubrían hondos abismos bajo su apariencia lánguida y suave. La frescura de su boca, la morbidez de sus carnes, la apacible serenidad de sus facciones, revelaban que ni el dolor ni la pasión habían trabajado nunca aquella insensible belleza. Así es que, al verla ahora caída y paciente, dominada por el terror y vencida por el sufrimiento, el alma menos compasiva hubiera experimentado cierta rara piedad muy parecida al susto ó al espanto.

Gil Gil, que tanto odiaba á aquella mujer, no dejó de sentir esta complicada impresión de lástima y asombro, y, cogiendo maquinalmente la hermosa mano que le tendía la enferma, murmuró con más tristeza que resentimiento:

—¿Me conocéis?

—¡Salvadme!—respondió la moribunda, sin escuchar la pregunta de Gil Gil.

En esto se deslizó por detrás de las cortinas un nuevo personaje, y vino á colocarse entre los dos interlocutores, apoyando un codo en la almohada y la cabeza sobre una mano.

Era la *Muerte*.

—¡Salvadme! (repitió la Condesa, á quien la intuición del miedo le había ya revelado que nuestro héroe la aborrecía.) Vos sois hechicero.... Dicen que habláis con la *Muerte*.... ¡Salvadme!

—¡Mucho teméis el morir, señora!—respondió el joven con despego, soltando la mano de la enferma.

Aquella estúpida cobardía, aquel terror animal que no dejaba paso á ninguna otra idea, á ningún otro afecto, disgustó profundamente á Gil Gil, por cuanto le dió la medida del espíritu egoista de la autora de todos sus males.

—¡Condesa! (exclamó entonces.)—¡Pensad en vuestro pasado y en vuestro porvenir! ¡Pensad en Dios y en vuestro prójimo!.... ¡Salvad el alma, supuesto que el cuerpo ya no os pertenece!

—¡Ah, voy á morir!—exclamó la Condesa.

—¡No.... Condesa.... no vais á morir!

—¡No voy á morir!—gritó la pobre mujer con una alegría salvaje.

El joven continuó con la misma severidad.

—¡No vais á morir, porque nunca habéis vivido!.... Al contrario: ¡vais á nacer á la vida del alma, que para vos será un sufrimiento eterno, como para los justos es una eterna bienaventuranza!

—¡Ah! ¡conque voy á morir!—murmuró la

enferma nuevamente, derramando lágrimas por la primera vez de su vida.

— No , Condesa ; no vais á morir, — replicó otra vez el médico con indecible majestad.

— ¡Ah! ¡tenedme compasión! — exclamó la pobre mujer, recobrando la esperanza.

— No vais á morir (prosiguió el joven), supuesto que lloráis. El alma nunca muere, y el arrepentimiento puede abriros las puertas de una eterna vida....

— ¡Ah, Dios mío! — exclamó la Condesa, rendida por aquella cruel incertidumbre.

— ¡Hacéis bien en llamar á Dios! ¡Salvad el alma!, os repito.... ¡salvad el alma! Vuestro cuerpo hermoso, vuestro ídolo de tierra, vuestro sacrílego existir, han concluído para siempre. Esta vida temporal; estos goces del mundo; aquella salud y aquella belleza, y aquel regalo y aquella fortuna que tanto procurasteis conservar; los bienes que usurpasteis; el aire; el sol; el mundo que hasta aquí habéis conocido; todo lo vais á perder; todo ha desaparecido ya; todo será mañana para vos polvo y tinieblas , vanidad y podredumbre, soledad y olvido : sólo os queda el alma, Condesa.... ¡Pensad en vuestra alma!

— ¿Quién sois? (preguntó sordamente la moribunda, fijando en Gil Gil una atónita mirada.) Yo os he conocido antes de ahora.... Vos

me aborrecéis.... Vos sois quien me matáis... ¡Ah!....

En este instante, la *Muerte* colocó su mano pálida sobre la cabeza de la enferma, y dijo:

—Concluye, Gil, concluye....; que la hora eterna se aproxima.

—¡Ah! ¡yo no quiero que muera! (respondió Gil.) ¡Aún puede enmendarse; aún puede remediar todo el mal que ha hecho!.... ¡Salva su cuerpo, y yo te respondo de salvar su alma!

—Concluye, Gil, concluye (repitió la *Muerte);* que la hora eterna va á sonar.

—¡Pobre mujer!—murmuró el joven, mirando con piedad á la Condesa.

—¡Me compadecéis! (dijo la agonizante con inefable ternura.) Nunca he agradecido....; nunca he amado....; nunca he sentido lo que por vos siento.... ¡Compadecedme!.... ¡decídmelo!.... ¡Mi corazón se ablanda al escuchar vuestra voz entristecida!

Y era verdad.

La Condesa, exaltada por el terror en aquel supremo trance, atribulada por los remordimientos, temerosa del castigo, desposeída de cuanto había constituído su orgullo y sus aficiones sobre la tierra, empezaba á sentir los primeros suspiros de un alma que hasta entonces había permanecido escondida y silenciosa allá en los últimos ámbitos de su mente; alma siempre

insultada, pero rica de paciencia y heroismo; alma, en fin, comparable á la triste hija de padres criminales ó viciosos, que piensa, calla, se oculta de su vista y llora en rincones de la casa, hasta que un día, al primer síntoma de arrepentimiento que nota en ellos, recobra el valor, corre á sus brazos, y les deja oir su voz pura y divina, cántico de alondra, música del cielo, que parece saluda el amanecer de la virtud después de las tinieblas del pecado....

—¡Me preguntáis quién soy! (respondió Gil Gil, comprendiendo todo esto.)—¡Ya no lo sé yo!—Era vuestro mortal enemigo; pero ahora ya no os odio.—¡Habéis oído la voz de la verdad....; la voz de la muerte...., y vuestro corazón ha respondido! ¡Dios sea loado!—¡Yo venía á este lecho de dolor á pediros la felicidad de mi vida...., y ya me iría gustoso sin ella, porque creo haber labrado vuestra felicidad....; porque he salvado vuestra alma!—¡Jesús divino! ¡He aquí que he perdonado las injurias y hecho el bien á mi enemigo!....—Estoy satisfecho....; soy feliz....; no pido más.

—¿Quién eres, misterioso y sublime niño? ¿Quién eres tú, tan bueno y tan hermoso, que vienes como un ángel á la cabecera de mi lecho de agonía, y me haces tan dulces mis últimos momentos?—preguntó la Condesa, cogiendo con ansia las manos de Gil Gil.

—¡Yo soy el amigo de la *Muerte!*.... (respondió el joven.) No extrañéis, pues, que serene vuestro corazón.—Yo os hablo en nombre de la *Muerte*, y por eso me habéis creído. Yo he venido á vos delegado por aquella divinidad piadosa que es la paz de la tierra, que es la verdad de los mundos, que es la redentora del espíritu, que es la mensajera de Dios, que lo es todo menos el olvido.—El olvido está en la vida, Condesa; no en la muerte.—Recordad.... y me conoceréis.

—¡Gil Gil!—exclamó la Condesa, perdiendo el sentido.

—¿Se ha muerto?—preguntó el médico á la *Muerte*.

—No. Aún le queda media hora.

—Pero.... ¿hablará todavía?

—¡Gil!....—suspiró la moribunda.

—Acaba....—añadió la *Muerte*.

El joven se inclinó sobre la Condesa, cuyo hermoso semblante resplandecía con una belleza nueva, inmortal, divina; y de aquellos ojos donde el fuego de la vida se quebraba en lánguidas y melancólicas luces, de aquella boca anhelante y entreabierta que la fiebre coloreaba, de aquellas manos suaves y ardorosas, de aquel blanco cuello que se extendía hacia él con infinita angustia, recibió tan elocuente expresión de arrepentimiento y ternura, tan íntima caricia y

frenético ruego, tan infinita y solemne promesa, que, sin vacilar un instante, apartóse del lecho, llamó al duque de Monteclaro, al Arzobispo y á otros tres nobles de los muchos que había en la Cámara, y les dijo:

—Escuchad la confesión pública de un alma que vuelve á Dios.

Los personajes susodichos se acercaron á la moribunda, arrastrados más por el inspirado rostro que por las palabras de Gil Gil.

—Duque (murmuró la Condesa al ver á Monteclaro); mi confesor tiene una llave.....—Señor.... (continuó volviéndose al Arzobispo); pedídsela....—Este niño, este médico, este ángel, es hijo *natural* y *reconocido* del Conde de Rionuevo, mi difunto esposo, quien al morir os escribió una carta, Duque, pidiéndoos para él la mano de Elena.—Con esa llave.... en mi alcoba.... todos los papeles....—¡Yo lo ruego!.... ¡yo lo mando!....

Dijo, y cayó sobre la almohada, sin luz en los ojos, sin aliento en los labios, sin color en el semblante.

—Va á espirar.... (exclamó Gil Gil). Quedad con ella, señor.... (añadió, dirigiéndose al Arzobispo). Y vos, señor Duque, escuchadme.

—Aguarda....—dijo la *Muerte* al oído de nuestro joven.

—¿Qué más?—replicó éste.

—¡No la has perdonado!....

—¡Gil Gil!.... ¡tu perdón!....— tartamudeó la moribunda.

—¡Gil Gil! (exclamó el duque de Monteclaro.) —¿Eres tú?

—Condesa, ¡que Dios os perdone como yo os perdono!.... —¡Morid en paz! —dijo con religioso acento el hijo de Crispina López.

En esto se inclinó la *Muerte* sobre la Condesa, y puso los labios en su frente....

Aquel beso resonó en el pecho de un cadáver.

Una lágrima fría y turbia corrió por el rostro de la muerta.

Gil enjugó las suyas, y respondió al de Monteclaro:

—Sí, señor Duque; yo soy.

El Arzobispo rezaba fúnebres oraciones á la cabecera del lecho.

Entre tanto la *Muerte* había desaparecido.

Eran las doce de la noche.

IX.

HASTA MAÑANA.

—Buscad esos papeles, señor Duque.... (dijo Gil Gil), y hacedme la merced de hablar con Elena.

—¡Venid, señor Doctor, venid! El Rey se muere....— exclamó D. Miguel de Guerra, interrumpiendo al amigo de la *Muerte*.

—Seguidme, señor Duque.... (dijo el joven con gran respeto). Han dado las doce, y puedo comunicaros una noticia muy importante, no sé si buena, ó mala. Esto es: puedo deciros si Luís I morirá ó no morirá durante el día que principia en este momento.

En efecto: ya había empezado el día 31 de Agosto, en que Luís I debía entregar su espíritu al Criador.

Gil Gil tuvo la certeza de ello al ver que la *Muerte* se hallaba de pie, en medio de la cámara, con los ojos fijos en el regio enfermo.

—Hoy muere el Rey.... (dijo Gil Gil al oído de Monteclaro). Esta noticia es el regalo de boda que hago á Elena. — Si conocéis el valor de tal regalo, guardadlo en secreto, y sírvaos de regla de conducta con Felipe V.

—Elena está prometida á otro.... —replicó el Duque.

— El sobrino de la condesa de Rionuevo ha muerto esta tarde, — interrumpió Gil Gil.

— ¡Oh! ¿Qué es esto que nos pasa? (exclamó el Duque.) ¿Quién eres tú, á quien yo conocí niño, y que ahora me espantas con tu poder y tu ciencia?

— La Reina os llama.... — dijo en este momento una dama al duque de Monteclaro, el cual permanecía absorto.

Aquella dama era Elena.

El Duque se acercó á la Reina, dejando solos en medio de la cámara á los dos amantes.

No solos; pues á tres pasos de ellos estaba la *Muerte.*

Elena y Gil Gil quedaron de pie, mirándose, sin acertar á decirse una palabra, como asustados de verse, como si temieran que su mutua presencia fuese un sueño del que despertarían al tenderse la mano ó al lanzar el más leve suspiro.

Ya otra vez, aquella tarde, al encontrarse en aquel mismo sitio, ambos experimentaron, en medio de su inefable alegría, cierta secreta angustia, semejante á la que sentirían dos amigos que, al cabo de mucho tiempo de total ausencia, se reconociesen en una cárcel, al clarear el día del suplicio, cómplices sin saberlo de un delito fatal, ó víctimas ambos de idéntica persecución....

También pudiera decirse que el doloroso júbilo con que se reconocieron Gil y Elena fué semejante al amargo placer con que el cadáver de un marido celoso (si los cadáveres sintiesen) sonreiría dentro de la tumba al oir abrir una noche la puerta del cementerio, y comprender que era el cadáver de su esposa el que llevaban á enterrar....

—«¡Ya estás aqui! (diría el pobre muerto): ¡ya estás aquí!.... Hace cuatro años que cuento solo las noches y los días, pensando en lo que harías en el mundo, tú, tan hermosa y tan in-

grata, que te quitarías el luto al año de mi muerte.—¡Mucho has tardado!.... Pero ya estás aquí. Si entre nosotros no es ya posible el amor, en cambio tampoco son posibles las infidelidades, y muchísimo menos el olvido.... ¡Nos pertenecemos negativamente! Aunque nada nos une, estamos unidos, puesto que nada nos separa. Á los celos, á la incertidumbre, á las zozobras de la vida, ha sustituído una eternidad de amor ó de recuerdos! — ¡Todo te lo perdono!»

Estas ideas, si bien dulcificadas un tanto por la suavidad de los caracteres de Gil y Elena, por la inocencia de ella, por la alta inteligencia de él, y por la elevada virtud de ambos, lucían en el alma de los dos amantes como fúnebres antorchas, á cuya luz veían un porvenir ilimitado de pacífico amor, que nadie podría turbar ni destruir, á menos que todo lo que les pasaba fuese un fugitivo sueño.

Miráronse, pues, mucho tiempo con fanática idolatría.

Los ojos azules de Elena se abismaban en los oscuros ojos de Gil Gil, como el alto cielo envía inútilmente sus claridades á las tinieblas de nuestras noches, mientras que los ojos negros de Gil Gil se perdían en la insondable diafanidad de los celestes purísimos ojos de Elena, como la vista y la idea y hasta el sentimiento se fatigan in-

útilmente cuando miden la inmensidad de los espacios infinitos.

Así hubieran permanecido no sabemos cuánto tiempo, creemos que toda la eternidad, si la *Muerte* no hubiera llamado la atención á Gil Gil.

—¿Qué me quieres?—murmuró el joven.

—¿Qué he de querer? (respondió la *Muerte.*) ¡Que no la mires más!

—¡Ah! ¡tú la amas!—exclamó Gil con indecible angustia.

—Sí....—contestó la *Muerte* con dulzura.

—¡Piensas arrebatármela!

—¡No!—Pienso unirte é ella.

—Un día me dijiste que no la estrecharían otros brazos que los tuyos ó los míos....(murmuró Gil Gil con desesperación).—¿De quién va á ser antes? ¿Mía ó tuya?—¡Dímelo!

—¡Tienes celos de mí!

—¡Horrorosos!

—Haces mal....—replicó la *Muerte.*

—¿De quién va á ser antes?—repitió el joven, cogiendo las heladas manos de su amigo.

—No te puedo responder.—Dios, tú y yo nos la disputamos.... Pero no somos incompatibles.

—¡Dime que no piensas matarla!....¡Dime que me unirás á ella en este mundo!....

—*¡En este mundo!* (repitió la *Muerte* con ironía.)—Será *en este mundo*.... Yo te lo prometo.

—¿Y después?

—Después.... será de Dios.

—¿Y tuya? ¿Cuándo?

—Mía.... ¡lo ha sido ya!

—Me vuelves loco. —¿Elena vive?

—¡Lo mismo que tú!—replicó la *Muerte.*

—Pero.... ¿vivo yo?

—Más que nunca.

—¡Habla por piedad!

—Nada tengo que decirte....—Todavía no podrías comprenderme.—¿Qué es el morir? ¿Lo sabes tú acaso?—¿Qué es la vida?—¿Te la has explicado alguna vez?—Pues si ignoras el valor de esas palabras, ¿á qué me preguntas si estás muerto ó vivo?

—Pero ¿las entenderé alguna vez?—exclamó Gil Gil desesperado.

—Sí.... ¡Mañana!....—respondió la *Muerte.*

—¡Mañana!—No te comprendo.

—Mañana serás esposo de Elena.

—¡Ah!

—Y yo seré quien os apadrine....—continuó la *Muerte.*

—¡Tú!—¿Piensas acaso matarnos?

—Nada de eso.—Mañana serás rico, noble, poderoso, feliz.... ¡Mañana también lo sabrás todo!

—¿Conque me amas?—exclamó Gil Gil.

—¿Si te amo? (replicó la *Muerte.)*—¡Ingrato! ¿Cómo lo dudas?

—Pues hasta mañana....—dijo Gil Gil, dando la mano á la terrible divinidad.

Elena seguía de pie delante de Gil Gil.

—*Hasta mañana*....—respondió ella, como si hubiese oído aquella frase, como si respondiese á otra secreta voz, como si adivinase los pensamientos del joven.

Y se volvió lentamente, y salió de la Cámara real.

Gil se acercó al lecho del Rey.

El duque de Monteclaro colocóse al lado de nuestro amigo, y le dijo á media voz:

—Hasta mañana....—Si muere el Rey, mañana se verificará vuestro enlace con mi hija. La Reina acaba de participarme la muerte del vizconde de Rionuevo.... Yo le he anunciado vuestras bodas con Elena, y las aplaude con todo su corazón.—Mañana seréis el primer personaje de la corte, si efectivamente baja hoy al sepulcro Luís I.

—¡Pues no lo dudéis, señor Duque!—respondió Gil Gil con acento sepulcral.

—Entonces, ¡hasta mañana!—repitió solemnemente Monteclaro.

X.

GIL VUELVE Á SER DICHOSO, Y ACABA LA PRIMERA PARTE DE ESTE CUENTO.

Al día siguiente, el 1.º de Setiembre de 1724, á las nueve de la mañana, paseábase Gil Gil por una sala del palacio de Rionuevo.

Aquel palacio le pertenecía, puesto que ya era Conde y estaba legitimado, en virtud del testamento y demás papeles de su padre, que el duque de Monteclaro y el arzobispo de Toledo encontraron en el lugar que dijo la Condesa.

Además, la noche antes, un mensajero le había entregado de parte de Felipe V, quien al fin se decidía á volver al trono de San Fernando, un título de Médico de Cámara, el nombramiento de Duque de la Verdad y treinta mil pesos en oro.

En fin: al otro día debía verificarse su matrimonio con Elena de Monteclaro.

Por lo que respecta á la *Muerte*, Gil Gil la había perdido completamente de vista desde la mañana anterior, que salió de Palacio, llevándose el alma de Luís I.

Sin embargo, nuestro joven recordaba que la implacable deidad le había ofrecido apadrinarlo

en su casamiento con Elena; y ved la razón de que se paseara tan pensativo.

—¡He aquí (decía) que ya soy noble, rico y poderoso! ¡Heme aquí dueño de la mujer que idolatro!.... —Y, sin embargo, no soy feliz.— Anoche, al mirar á Elena, y luego en mi última plática con la *Muerte*, he creído entrever no sé qué pavorosos misterios.—¡Yo necesito romper mis relaciones con el siniestro numen que me ha protegido!....— Será una ingratitud.... — ¡Que lo sea! ¡Ya tendrá con el tiempo ocasión de vengarse!—No.... ¡no quiero ver más á la *Muerte!*.... ¡Soy tan feliz!....

El nuevo Duque púsose á excogitar la manera de no tener amistad con la *Muerte* sino en la última hora de su vida.

— Es un hecho (continuaba), que yo no me moriré hasta que Dios quiera. ¡La *Muerte*, por sí y ante sí, no puede hacerme ningún daño, dado que no está en sus facultades acelerar mi fallecimiento ni el de Elena! — La cuestión, por tanto, es no verla, no oirla á todas horas.—Su voz me espanta, sus revelaciones me desconsuelan, sus discursos me inspiran desprecio á la vida y á las cosas. ¿Cómo haré yo para que no siga siendo mi pesadilla? — ¡Ah, qué idea!.... La *Muerte* no se presenta sino donde tiene algo que matar.... ¡Viviendo en el campo...., sin ver gente...., solo con Elena...., mi enemiga me dejaría en paz

hasta que, por decreto del Altísimo, fuese directamente á buscarnos á uno de los dos!—Y, entre tanto, para no verla tampoco en Madrid, viviré con los ojos vendados....

Entusiasmado con este último pensamiento, nuestro joven radió de alegría, como si acabara de salir de una larga enfermedad y se creyese asegurado sobre la tierra hasta la consumación de los siglos.

.....

Á la tarde siguiente, á las seis, Gil Gil y Elena de Monteclaro contrajeron matrimonio en una hermosa quinta, situada al pie del Guadarrama y perteneciente al nuevo Conde y Duque.

Á las seis y media regresó á Madrid la comitiva, y quedaron solos nuestros desposados en un frondosísimo jardín.

El antiguo Gil Gil no había vuelto á ver á la *Muerte*.

Y aquí pudiera terminar la presente historia, y, sin embargo, aquí es donde verdaderamente principiará á ser interesante y clara.

XI.

EL SOL EN EL OCASO.

> Amaba y era amada; adoraba y era adorada. Siguiendo la ley de la naturaleza, las almas de los dos amantes, al confundirse la una con la otra, hubieran dejado de existir en la embriaguez de la pasión, si las almas pudieran morir.
>
> (Lord Byron.)

Gil y Elena se amaban, se pertenecían, eran libres, estaban solos.

Los recuerdos de su infancia, los latidos de su corazón, la voluntad de sus padres, la fortuna, el nacimiento, la bendición de Dios, todo los unía, todo los enlazaba.

Los que se vieron con placer desde muy niños, los que se prendaron recíprocamente de su belleza cuando adolescentes, los que habían llorado á unas mismas horas los tormentos de la ausencia; Gil y Elena, Elena y Gil; aquellas dos almas inseparables por predestinación, perdían al fin, en hora tan mística y solemne, su individualidad mísera y solitaria para confundirse en un porvenir inmenso de ventura, como dos ríos, nacidos en una misma montaña y alejados uno de otro en su tortuoso curso, se reunen y se identifican en la soledad infinita del Océano.

Era por la tarde: pero no parecía la tarde de un solo día, sino la tarde de la existencia del mundo, la tarde de todo el tiempo transcurrido desde la Creación.

El sol declinaba melancólicamente hacia el ocaso. Las esplendorosas luces de Poniente doraban la fachada de la quinta, filtrándose al través de los lujosos y verdes pámpanos de una extensa parra, especie de dosel que cobijaba á los dos nuevos esposos. El aire sosegado y tibio, las últimas flores del año, las aves inmóviles en las ramas de los árboles, toda la naturaleza, en fin, asistía muda y asombrada á la muerte de aquel día, á aquella puesta del sol, como si debiera ser la última que presenciasen los humanos; cual si el astro-rey no hubiera de volver al día siguiente tan generoso y alegre, tan pródigo de vida y juventud como se había presentado tantas mañanas consecutivas durante tantos miles de siglos....

Diríase que en aquel punto el tiempo se había parado; que las horas, rendidas de su continua danza, se habían sentado á descansar sobre la hierba y se contaban las patéticas historias del amor y de la muerte, como jóvenes pensionistas que, fatigadas de jugar, hacen corro en el jardín de un convento y se refieren las aventuras de su niñez y los delirios de su adolescencia.

Diríase también que en aquel momento ter-

minaba un período de la historia del mundo; que todo lo criado se daba una despedida eterna, el pájaro á su nido, el céfiro á las flores, los árboles á los ríos, el sol á las montañas; que la íntima unión en que todos habían vivido, prestándose mutuamente color ó fragancia, música ó movimiento, y confundiéndose en una misma palpitación de la existencia universal, habíase interrumpido para siempre, y que en adelante cada uno de aquellos elementos quedaría sometido á nuevas leyes é influencias.

Diríase, en fin, que en aquella tarde iba á disolverse la asociación misteriosa que constituye la unidad y la armonía de los orbes; asociación que hace imposible la muerte de la más fútil de las cosas creadas; que transforma y resucita continuamente la materia, que de nada prescinde; que todo se lo identifica; que todo lo renueva y embellece.

Más que nada y más que nadie poseídos de esta suprema intuición y de esta alucinación extraña, Gil y Elena, inmóviles también, también silenciosos, cogidos de la mano, atentos á la augusta tragedia de la muerte de aquel día, último de sus desventuras, mirábanse con hondo afán y ciega idolatría, sin saber en qué pensaban, olvidados del universo entero, extáticos y suspendidos, como dos retratos, como dos estatuas, como dos cadáveres.

Quizás creían estar solos sobre la tierra; quizás creían haberla abandonado....

Desde que desaparecieron los testigos de su casamiento; desde que espiró el rumor de sus pasos á lo lejos del camino; desde que el mundo los abandonó completamente, nada se habían dicho, ¡nada!, absortos en la delicia de mirarse.

¡Allí estaban; sentados en un banco de césped; rodeados de flores y verdura; con un cielo infinito ante los ojos; libres y solitarios como dos gaviotas paradas en medio de los desiertos del Océano sobre un alga mecida por las olas!

Allí estaban; embebidos en su mutua contemplación; avaros de su misma dicha; con la copa de la felicidad en la mano; sin atreverse á llevar los labios á ella, temerosos de que todo fuera un sueño, ó no codiciando mayor ventura, por miedo de perder la que ya sentían....

¡Allí estaban, en fin, ignorantes, vírgenes, hermosos, inmortales, como Adán y Eva en el Paraíso antes del pecado!

Elena, la doncella de diez y nueve años, se hallaba en toda la plenitud de su peregrina hermosura, ó, por mejor decir, hallábase en aquel fugitivo momento de la juventud de la mujer, en que, poseedora ya de todos sus hechizos, conocedora de su propia naturaleza, colmada de bendiciones del cielo y de promesas de felicidad, puede sentirlo todo y aún no ha sentido nada,

es mujer y niña á un mismo tiempo.... Rosa entreabierta al generoso influjo del sol, que ha desplegado ya todas sus hojas, muestra todos sus encantos, y recibe los halagos del céfiro; pero que aún conserva aquella forma, aquel color y aquel perfume que sólo guardan los púdicos pimpollos.

Elena era alta, de formas esbeltas y esculturales, toda bella, artística y seductora. Su redonda cabeza, coronada de cabellos rubios, dorados hacia las sienes y castaños en lo más recio de sus ondas, se adelantaba valientemente sobre un cuello blanco y torneado como el de Juno. Sus ojos azules parecían reflejar lo infinito del pensamiento increado. De aquellos ojos podía decirse que, por mucho que se los miraba, nunca se acababa de verlos. Tenían algo del cielo, además del color y de la pureza.

Y era así: en la mirada de Elena había una luz de eternidad, de espíritu puro, de pasión inmortal, que no pertenecía á la tierra. Su tez, blanca y pálida como el agua al anochecer, ofrecía la transparencia del nácar, pero no reflejaba el rubor de la sangre: sólo alguna delgada vena, de color celeste, interrumpía tan serena y apacible blancura. —Dijérase que Elena era de mármol.

Su rostro de ángel tenía, empero, boca de mujer. Aquella boca, bermeja como la flor del

granado, húmeda y brillante como la cuna de las perlas, estaba, si puede decirse así, anegada en un vapor tibio y voluptuoso, como el suspiro que la mantenía entreabierta.—Hubiérase, pues, podido comparar también á Elena á la estatua labrada por Pigmalión, cuando, por primera vez y para besar al artista, movió los hechiceros labios....

Elena, en fin, vestía de blanco, lo cual aumentaba la deslumbradora magnificencia de su hermosura. Sin embargo, era una de esas mujeres que los atavíos nunca logran disfrazar. Acontecía con ella lo que con las nobles Minervas paganas, que dejan adivinar, á través de sus vestiduras, las purísimas formas de la belleza olímpica.—La acabada y suprema beldad de la nueva esposa se revelaba también en todo su esplendor, aun bajo la seda y los encajes. Parecía como que su cuerpo radiaba entre los pliegues del vestido blanco, al modo que las náyades y las nereidas iluminan con sus bruñidos miembros el fondo de las olas.

Tal era Elena la tarde de sus bodas con Gil Gil....

Y tal la miraba Gil Gil: ¡tal era suya!

XII.

ECLIPSE DE LUNA.

Nunca pusieran fin al triste lloro
los pastores, ni fueran acabadas
las canciones que sólo el monte oía,
si mirando las nubes coloradas
al trasmontar del sol bordadas de oro,
no vieran que era ya pasado el día.
La sombra se veía
venir corriendo apriesa,
ya por la falda espesa
del altísimo monte....

(GARCILASO.)

¡Oh! Sí: el joven la miraba.... como el ciego mira al sol; que no ve el astro, pero siente el calor en las muertas pupilas.

Después de tantos años de soledad y pena, después de tantas horas de fúnebres visiones, él, EL AMIGO DE LA MUERTE, contemplábase engolfado en un océano de vida, en un mundo de luz, de esperanza, de felicidad!

¿Qué había de decir, que había de pensar el desventurado, si todavía no acertaba á creer que existía, que aquella mujer era Elena, que él era su esposo, que ambos habían escapado á las garras de la *Muerte?*

—¡Habla, Elena mía!.... ¡dímelo todo! (exclamó al cabo Gil Gil, cuando ya se hubo puesto el sol y los pájaros interrumpieron el silencio.) ¡Habla, bien mío!....

Entonces le contó Elena todo lo que había pensado y sentido durante aquellos tres últimos años; su pena cuando dejó de ver á Gil Gil; su desesperación al marchar á Francia; cómo lo divisó al partir, á la puerta de su palacio; cómo el duque de Monteclaro se había opuesto á este amor de que le enteró la condesa de Rionuevo; cómo gozó al encontrarlo en el atrio de San Millán hacía tres días; cuánto sufrió al verlo caer herido por la terrible frase de la Condesa.... ¡Todo.... todo se lo contó!....; — porque todo había aumentado su cariño, lejos de entibiarlo.

Caía la noche...., y, á medida que se espesaban sus tinieblas, calmábase la secreta angustia que turbaba la dicha de Gil Gil.

—¡Oh! (pensaba el joven, atrayendo á Elena sobre su corazón.) La *Muerte* ha perdido mi rastro, y no sabe dónde me encuentro.—¡No vendrá aquí, no!.... ¡Nuestro amor inmortal la ahuyentaría!—¿Qué había de hacer la *Muerte* á nuestro lado?—¡Ven, ven, noche tenebrosa, y envuélvenos en tu negro velo!.... ¡Ven, aunque hayas de durar siempre!.... ¡Ven, aunque el día de mañana no amanezca nunca!

—¡Tiemblas.... Gil!.... (balbuceó Elena.)—¡Lloras!....

—¡Esposa mía! (murmuró el joven): ¡mi bien!...: ¡mi cielo! ¡lloro de felicidad!

Dijo, y, cogiendo en sus manos la hechicera

cabeza de la desposada, fijó en sus ojos una mirada intensa, delirante, loca.

Un hondo y abrasador suspiro, un grito de embriagadora pasión se confundió entre los labios de Gil y de Elena.

—¡Amor mío!—tartamudearon los dos en el delirio de aquel primer beso, á cuyo regalado son se estremecieron los espíritus invisibles de la soledad.

En esto salió súbitamente la luna, plena, magnífica, esplendorosa.

Su fantástica luz, no esperada, asustó á los dos esposos, que volvieron la cabeza á un mismo tiempo hacia el Oriente, alejándose el uno del otro, no sabemos por qué misterioso instinto, pero sin desenlazar sus manos trémulas y crispadas, frías en aquel instante como el alabastro de un sepulcro.

—¡Es la luna!—murmuraron los dos con enronquecido acento.

Y tornaron á mirarse extáticamente, y Gil extendió los brazos hacia Elena con un afán indefinible, con tanto amor como desesperación....

Pero Elena estaba pálida como una muerta.

Gil se estremeció.

—Elena....¿qué tienes?—dijo.

—¡Oh! Gil.... (respondió la niña).—¡Estás muy pálido!

En este momento se eclipsó la luna, como si una nube se hubiese interpuesto entre ella y los dos jóvenes....

Pero ¡ay! ¡no era una nube!....

Era una larga sombra negra, que, vista por Gil Gil desde el césped en que se reclinaba, tocaba en los cielos y en la tierra, enlutando casi todo el horizonte....

Era una colosal figura, que acaso agrandaba su imaginación....

Era un terrible ser, envuelto en larguísima capa obscura; el cual se hallaba de pie, á su lado, inmóvil, silencioso, cubriéndolos con su sombra....

¡Gil Gil adivinó *quién era!*

Elena no veía al lúgubre personaje....—Elena seguía viendo á la luna.

XIII.

¡AL FIN...., MÉDICO!

Gil Gil estaba entre su amor y la *Muerte*, ó sea entre la muerte y la vida.

Sí; porque aquella lúgubre sombra que se había interpuesto entre él y la luna, nublando en el semblante de Elena los resplandores de la pasión, era la divinidad de las tinieblas, la fiel compaña de nuestro héroe desde la triste no-

che en que el entonces infortunado pensó suicidarse.

—*¡Hola, amigo!*—le dijo como aquella noche.

—¡Ah, calla!....—murmuró Gil Gil, tapándose el rostro con las manos.

—¿Qué tienes, amor mío?—preguntó Elena, reparando en la angustia de su esposo.

—¡Elena!.... ¡Elena!.... ¡no te apartes de mí! —exclamó el joven desesperadamente, rodeando con el brazo izquierdo el cuello de la desposada.

—Tengo que hablarte....—añadió la *Muerte*, cogiendo la mano derecha de Gil Gil y atrayéndolo con dulzura.

—¡Ah! ¡ven!.... ¡entremos!....—decía la joven, tirando de él hacia la quinta.

—¡No! ¡ven! ¡salgamos!....—murmuraba la *Muerte*, señalándole la puerta del jardín.

Elena no veía á la *Muerte* ni la oía.

Este triste privilegio era sólo del duque de la *Verdad*.

—Gil.... ¡te estoy esperando!....—añadió el siniestro personaje.

El desgraciado se estremeció hasta la médula de los huesos. Copiosas lágrimas cayeron de sus ojos, que Elena enjugó con su mano. Desprendióse luego de los brazos de ésta, y corrió desatentado por el jardín, gritando entre desgarradores sollozos:

—¡Morir, morir ahora!

Elena quiso seguirle; pero, á causa sin duda del terror que le causó el estado de su esposo, al dar el primer paso, cayó sobre la hierba sin sentido.

—¡Morir, morir!—seguía exclamando el joven con desesperación.

—No temas.... (replicó la *Muerte*, acercándosele con afabilidad).—Por lo demás, es inútil que huyas de mí: la casualidad ha hecho que nos encontremos, y no pienso abandonarte así como quiera.

—¿Pero á qué has venido aquí? (exclamó el joven con acento de furor, enjugándose las lágrimas, como quien renuncia á la súplica y quizás á la prudencia, y encarándose con la *Muerte,* no sin cierto aire de desafío.)—¿Á qué has venido aquí? ¡Responde!

Y giró en torno la irritada vista, como buscando un arma.

Cerca de él había un azadón perteneciente al jardinero; cogiólo con mano convulsiva, lo levantó en el aire como si fuera débil caña (que la desesperación había duplicado su fuerza), y repitió por tercera vez y con más ira que nunca:

—¿Á qué has venido aquí?

La *Muerte* lanzó una carcajada que debiéramos llamar *filosófica*.

El eco de aquella risa se prolongó por mucho

rato, repercutiendo en las cuatro tapias del jardín y remedando con su estridente son el chasquido de los huesos de muerto cuando dan unos contra otros.

—¡Quieres matarme! (exclamó por fin el ser enlutado.)—¿Conque la Vida se atreve con la *Muerte?*—Esto es curioso.... ¡Luchemos!

Dijo, y, echando atrás su larga capa negra, mostró un brazo, armado de otra especie de azadón (que más parecía una hoz ó guadaña), y se puso en guardia enfrente de Gil Gil.

Tomó la luna el color amarillento de la cera que alumbra los templos el Viernes Santo; alzóse un viento tan frío, que hizo gemir de dolor á los árboles cargados de frutos; sintióse el lejano ladrido de muchos perros, ó, más bien, largos aullidos de funeral augurio, y hasta pareció oirse allá, muy alto, en la región de las nubes, el destemplado son de innumerables campanas que tocaban á muerto....

Gil Gil percibió todas estas cosas, y cayó de hinojos delante de su antagonista.

—¡Piedad! ¡Perdón!—le dijo con indescriptible angustia.

—Estás perdonado....—respondió la *Muerte*, ocultando su guadaña.

Y, como si todo aquel fúnebre aparato de la Naturaleza hubiera provenido del furor de la negra divinidad, no bien lució una sonrisa en los

labios de ésta, calmóse el frío de la atmósfera, callaron las campanas, dejaron de aullar los perros y brilló la luna tan dulcemente como al principio de la noche.

—¡Has pretendido luchar conmigo! (exclamó la *Muerte* con buen humor.)—*¡Al fin, médico!* —Levántate, infeliz; levántate, y dame la mano.—Te he dicho ya que no temas nada *por esta noche.*

—¿Pero á qué has venido aquí? (repitió el joven con creciente zozobra.)—¿Á qué has venido aquí? ¿Cómo te hallo en mi casa?—¡Tú sólo entras donde tienes que matar á alguien!....—¿Á quién buscas?

—Todo te lo diré....—Sentémonos un momento....—respondió la *Muerte*, acariciando las heladas manos de Gil Gil.

—Pero Elena....—murmuró el joven.

—Déjala: en este momento está *dormida:* yo velo por ella.—Conque vamos á cuentas.—Gil Gil.... ¡eres un ingrato! ¡Eres como *todos!* ¡Una vez en la cumbre, das un puntapié á la escalera por donde has subido!.... ¡Oh! ¡tu conducta conmigo no tiene perdón de Dios! ¡Cuánto me has hecho padecer en estos últimos días! ¡Cuánto! ¡cuánto!

—¡Ay!.... ¡yo la adoro!—balbuceó Gil Gil.

—¡Tú la adoras!—¡Eso es!.... La habías perdido para siempre: eras un miserable zapatero,

y ella se iba á casar con un magnate: me interpongo entre vosotros, y te hago rico, noble, afamado; te libro de tu rival; te reconcilio con tu enemiga y me la llevo al otro mundo; te doy, en fin, la mano de Elena; y ¡he aquí que en este momento me vuelves la espalda, te olvidas de mí, y te pones una venda en los ojos para no verme!....—¡Insensato! ¡Tan insensato como los demás hombres! ¡Ellos, que deberían estar viéndome siempre con la imaginación, se ponen la venda de las vanidades del mundo, y viven sin dedicarme un recuerdo, hasta que llego á buscarlos!—¡Mi suerte es bien desgraciada! ¡No guardo memoria de haberme acercado á un *mortal*, sin que se haya asustado y sorprendido, como si no me esperase nunca! ¡Hasta los viejos de cien años creen que pueden pasar sin mí! —Tú, por tu parte, que tienes el privilegio de verme con los sentidos físicos, y que no podrías olvidarte de mí así como quiera, te pusiste el otro día ante los ojos un olvido material, una venda de trapo, y hoy te encierras en un jardín solitario y te crees libre de mí para siempre!—¡Imbécil! ¡Ingrato! ¡Mal amigo! ¡HOMBRE...., y esto lo dice todo!

—Y bien.... (tartamudeó Gil Gil, á quien la confusión y la vergüenza no habían hecho desistir de su recelosa curiosidad): ¿á qué vienes á mi casa?

—Vengo á continuar la misión que el Eterno me ha encomendado cerca de ti.

—¿Pero no vienes á *matarnos?*

—De ninguna manera.

—¡Ah!.... entonces....

—Sin embargo; ya que logro verte, ó, por mejor decir, que *tú me veas,* necesito tomar ciertas precauciones, á fin de que no vuelvas á olvidarme.

—¿Y qué precauciones son esas?—preguntó Gil, temblando más que nunca.

—Necesito también hacerte ciertas revelaciones importantísimas....

—¡Ah! ¡Vuelve mañana!

—¡Oh!.... No. ¡Imposible! Nuestro encuentro de esta noche es providencial.

—¡Amigo mío!—exclamó el pobre joven.

—¡Y tan amigo! (respondió la *Muerte.*)—Porque lo soy, necesito que me sigas.

—¿Á dónde?

—Á mi casa.

—¡Á tu casa!—¿Conque vienes á matarme?—¡Ah cruel? ¡Y esa es tu amistad!—¡Espantoso sarcasmo! ¡Me haces conocer la ventura, y me la arrebatas en seguida!....—¿Por qué no me dejaste morir aquella noche?

—¡Calla, desgraciado! (replicó la *Muerte* con solemne tristeza.) ¡Dices que conoces la felicidad!....—¡Cómo te engañas!—¡Á eso propendo yo! ¡Á que la conozcas!

—¡Mi felicidad es Elena!—¡Renuncio á todo lo demás!

—Mañana verás más claro.

—¡Mátame, pues!—gritó Gil con desesperación.

—Sería inútil.

—¡Mátala á ella entonces! ¡Mátanos á los dos!

—¡Cómo deliras!

—¡Ir á su casa, Dios mío!

—Tranquilízate....

—Pero ¡déjame siquiera despedirme de mi adorada!.... ¡Déjame decirle adiós!....

—Accedo á ello....—¡Despierta, Elena! ¡Ven! ¡Yo te lo mando!—Mírala.... Allí viene....

—Y bien: ¿qué le digo? ¿Á qué hora podré volver esta noche?

—Dile.... que al amanecer os veréis.

—¡Oh! ¡no!.... ¡Yo no quiero estar contigo tantas horas!....—¡Hoy te tengo más miedo que nunca!

—¡Cuidado conmigo!

—¡No te enojes! (exclamó el desconsolado esposo.) ¡No te enojes, y dime la verdad!.... ¿Nos veremos en efecto al amanecer Elena y yo?

La *Muerte* levantó solemnemente la mano derecha y miró al cielo, mientras que su triste voz respondía:

—Te lo juro.

—¡Oh! Gil.... ¿Qué es esto?—exclamó Elena, avanzando por entre los árboles, pálida, gentil y resplandeciente como una personificación mitológica de la luna.

Gil, pálido también como un desenterrado, descompuesto el cabello, torva la mirada, anheloso el corazón, besó en la frente á Elena, y dijo con acento sepulcral:

—Hasta mañana. —¡Espérame, vida mía!

—¡Su vida!—murmuró la *Muerte* con honda compasión.

Elena levantó al cielo los ojos bañados en dulces lágrimas: cruzó las manos poseída de misteriosa angustia, y repitió con voz que no era de este mundo:

—Hasta mañana.

Y Gil y la *Muerte* se marcharon, y ella se quedó allí entre los árboles, de pie, con las manos cruzadas y los brazos caídos, inmóvil, magnífica, intensamente alumbrada por la luna.

Parecía una noble estatua sin pedestal olvidada en medio del jardín.

XIV.

EL TIEMPO AL REVÉS.

—Mucho tenemos que andar....—(dijo la *Muerte* á nuestro amigo Gil luego que salieron de la quinta.)—Voy á pedir mi carro.

É hirió con el pie el suelo.

Un sordo ruído, como el que precede al terremoto, resonó debajo de tierra. Alzóse luego alrededor de los dos amigos un vapor ceniciento, entre cuya niebla apareció una especie de carro de marfil, por el estilo de los que vemos en los bajo-relieves de la antigüedad pagana.

Á poco que reparase cualquiera (no lo ocultaremos al lector), habría echado de ver que aquel carro no era de marfil, sino pura y simplemente de huesos humanos, pulidos y enlazados con exquisito primor, pero que no habían perdido su forma natural.

Dió la *Muerte* la mano á Gil y montaron en el carro, el cual se alzó por el aire como los globos que conocemos hoy, con la única diferencia de que lo dirigía la voluntad de los que iban dentro.

—Aunque tenemos mucho que andar (continuó la *Muerte*), ya nos sobra tiempo; pues este carro volará tanto como á mí se me antoje.... ¡tanto como la imaginación!—Quiere decir, que iremos alternativamente de prisa y despacio, procurando dar una vuelta á toda la Tierra en las tres horas de que podemos disponer.—Ahora son las nueve de la noche en Madrid.... Caminaremos hacia el Nordeste, y así evitaremos el encontrarnos desde luego con la luz del sol....

Gil permaneció silencioso.

—¡Magnífico! ¡Te empeñas en callar! (prosiguió la *Muerte.*)—Pues hablaré yo solo. ¡Verás qué pronto te distraen y te hacen romper el silencio los espectáculos que vas á contemplar!—¡En marcha!

El carro, que oscilaba en el aire sin dirección desde que nuestros viajeros subieron á él, púsose en movimiento, casi rozando con la tierra, pero con una velocidad indescriptible.

Gil vió á sus plantas montes, árboles, ríos, despeñaderos, llanuras....; todo en revuelta confusión.

De vez en cuando, alguna hoguera le revelaba el albergue de sencillos pastores; pero, más frecuentemente, el carro pasaba algo despacio por encima de grandes masas pétreas, hacinadas en formas rectangulares, por entre las que cruzaba alguna sombra precedida de una luz...., y al mismo tiempo se oían tañidos de campanas que doblaban á muerto ó daban la hora, lo cual es casi lo mismo, y el canto del sereno que la repetía.... — Reíase entonces la *Muerte*, y el carro volaba otra vez sumamente de prisa.

Á medida que avanzaban hacia el Oriente, la obscuridad era más densa, el reposo de las ciudades más profundo, mayor el silencio de la naturaleza.

La luna huía hacia el ocaso como una paloma asustada, mientras que las estrellas cambiaban de

lugar en el cielo como un ejército en dispersión.

—¿Dónde estamos?— preguntó Gil Gil.

—En Francia.... (respondió la *Muerte*).—Hemos atravesado ya mucha parte de las dos belicosas naciones, que tan encarnizadamente han luchado al principio de este siglo. Hemos visto todo el teatro de la Guerra de Sucesión....—Vencidos y vencedores duermen en este instante.... Mi aprendiz, el sueño, reina sobre los héroes que no murieron entonces en las batallas, ni después, de enfermedad ó de viejos....—¡Yo no sé cómo abajo no sois amigos todos los hombres! La identidad de vuestras desgracias y debilidades, la necesidad que tenéis los unos de los otros, la brevedad de vuestra vida, el espectáculo de la grandeza infinita de los orbes y la comparación de éstos con vuestra pequeñez, todo debía uniros fraternalmente, como se unen los pasajeros de un buque amenazado de naufragar.—En él no hay amores, ni odios, ni ambiciones; nadie es acreedor ni deudor; nadie grande ni pequeño; nadie feo ni hermoso; nadie feliz ni desgraciado. Un mismo peligro los rodea.... y *mi presencia* los iguala á todos. — Pues bien: ¿qué es la Tierra, vista desde esta altura, sino un buque que se va á pique, una ciudad presa de la peste ó del incendio?

—¿Qué luces fatuas son esas que desde que se

ocultó la luna veo brillar en algunos puntos del Globo terrestre?—preguntó el joven.

—Son cementerios.... Estamos encima de París. —Al lado de cada ciudad, de cada villa, de cada aldea viva, hay siempre una ciudad, una villa ó una aldea muerta, como la sombra está siempre al lado del cuerpo. La geografía es doble, por consiguiente, aunque vosotros jamás habléis sino de la mitad que os parece más agradable. Con hacer un mapa de todos los cementerios que hay sobre la tierra, os bastaría para explicar la geografía política de vuestro mundo.—Sin embargo, os equivocaríais en la cuantía ó número de la población: las ciudades muertas están mucho más habitadas que las vivas: en éstas hay apenas tres generaciones, y en aquéllas se hallan hacinadas á veces por centenares.—En cuanto á esas luces que ves brillar, son fosforescencias de los cadáveres, ó, por mejor decir, son los últimos fulgores de mil existencias desvanecidas; son crepúsculos de amor, de ambición, de ira, de genio, de caridad; son, en fin, las últimas llamaradas de la luz que se extingue, de la individualidad que desaparece, del ser que devuelve sus substancias á la madre tierra.... Son,—y ahora es cuando acierto con la verdadera frase,—lo que la espuma que forma el río al fenecer en el Océano.

La *Muerte* hizo una pausa.

Gil Gil sintió al mismo tiempo un estruendo espantoso bajo sus pies, como el trote de mil carros sobre largo puente de madera.—Miró hacia la tierra, y no la encontró, sino que vió en su lugar una especie de cielo movible en que se abismaban....

—¿Qué es eso?—preguntó asombrado.

—Es el Mar.... (dijo la *Muerte*).—Acabamos de cruzar la Alemania, y entramos en el Mar del Norte.

—¡Ah!.... ¡no!.... (murmuró Gil, poseído de un terror instintivo.)—Llévame hacia otro lado.... —¡Quisiera ver el sol!

—Te llevaré á ver el sol, aunque retrocedamos para ello.—Así verás el curiosísimo espectáculo del *tiempo al revés*.

Giró el carro en el espacio, y empezaron á correr hacia el Sudoeste.

Un momento después volvió á escuchar Gil Gil el ruído de las olas.

—Estamos en el Mediterráneo.... (dijo la *Muerte*). Ahora cruzamos el Estrecho de Gibraltar....—¡He aquí el Océano Atlántico!

—¡El Atlántico!—murmuró Gil con respeto.

Y ya no vió sino cielo y agua, ó, por mejor decir, cielo solamente.

El carro parecía vagar en el vacío, fuera de la atmósfera terrestre.

Las estrellas brillaban en todas partes: bajo

sus pies, sobre su cabeza, en derredor suyo...., donde quiera que fijaba la vista.

Así transcurrió otro minuto.

Al cabo de él, percibió á lo lejos una línea purpúrea que separaba aquellos dos cielos, inmóvil el uno y flotante el otro.

Esta línea purpúrea convirtióse en roja, y luego en anaranjada: después se dilató brillante como el oro, iluminando la inmensidad de los mares.

Las estrellas desaparecieron poco á poco....

Dijérase que iba á amanecer.

Pero entonces volvió á salir la luna....

Sin embargo, apenas brilló un momento, cuando la luz del horizonte eclipsó su claridad....

—Está amaneciendo....—dijo Gil Gil.

—Al contrario.... (respondió la *Muerte.*)—Está anocheciendo; sólo que, como caminamos detrás del sol, y mucho más de prisa que él, el ocaso va á servirnos de aurora y la aurora de poniente....—Aquí tienes las lindas Azores.

En efecto: un gracioso grupo de islas apareció en medio del Océano.

La luz melancólica de la tarde, quebrándose entre nubes y filtrándose por la niebla de los ríos, daba al archipiélago un aspecto encantador.

Gil y la *Muerte* pasaron sobre aquellos oasis de los desiertos marinos sin detenerse un momento.

Á los diez minutos salió el sol del seno de las olas, y levantóse un poco en el horizonte.

Pero la *Muerte* paró el carro, y el sol volvió á ponerse.

Echaron á andar de nuevo, y el sol tornó á salir.

Eran dos crepúsculos en uno.

Todo esto asombró mucho á nuestro héroe.

Anduvieron más y más, engolfándose en el día y en el Océano.

El reloj de Gil señalaba, sin embargo, las nueve y cuarto.... de la noche,—si así podemos decirlo.

Pocos minutos después, la América del Norte surgió en los mares.

Gil vió al paso los afanes de los hombres, que, ya labraban los campos, ya se deslizaban en buques por las costas, ya bullían por las calles de la ciudades.

En no sé qué parte distinguió una gran polvareda....—Se daba una batalla.

En otro lado, le hizo reparar la *Muerte* en una gran solemnidad religiosa.... consagrada á un árbol, ídolo de aquel pueblo....

Más allá le designó á dos jóvenes salvajes, solos en un bosque, que se miraban con amor....

Luego desapareció la tierra otra vez, y penetraron en el Mar Pacífico.

En la Isla de los Pájaros era mediodía.

Mil otras islas aparecieron á sus ojos por todos lados.

En cada una de ellas había costumbres, religión, ocupaciones diferentes. ¡Y qué variedad de trajes y de ceremonias!

Así llegaron á la China, donde estaba amaneciendo.

Este amanecer fué un anochecer para nuestros viajeros.

Otras estrellas, distintas de las que habían visto con anterioridad, decoraron la bóveda celeste.

La luna volvió á brillar hacia Levante, y se ocultó en seguida.

Ellos continuaban volando con más rapidez que gira la Tierra sobre su eje.

Cruzaron, en fin, el Asia, donde era de noche; dejáronse á la izquierda las cordilleras del Himalaya, cuyas eternas nieves brillaban á la luz de los luceros; pasaron por las orillas del Mar Caspio; viraron un poco hacia la izquierda, é hicieron alto en una colina al lado de cierta ciudad, donde era media noche en aquel momento.

—¿Qué ciudad es esa?—preguntó Gil Gil.

—Estamos en Jerusalén,—respondió la *Muerte*.

—¿Ya?

—Sí.... Poco nos falta para haber dado la vuelta á la Tierra.—Me detengo aquí, porque oigo las doce de la noche, y yo no dejo de arrodillarme nunca á esta hora.

—¿Por qué?

—Para adorar al Criador del Universo.

Y, así diciendo, descendió del carro.

—Yo también quiero contemplar la ciudad de Dios y meditar sobre sus ruínas,—repuso Gil, arrodillándose al lado de la *Muerte* y cruzando las manos con fervorosa piedad.

Cuando ambos hubieron terminado aquella oración, la *Muerte* recobró su locuacidad y su alegría, y, entrando otra vez en el carro, precedida de Gil Gil, dijo de esta manera:

—Aquella aldea que ves sobre un monte es *Getsemaní*.—En ella estuvo el Huerto de las Olivas.—Á este otro lado distinguirás una eminencia coronada por un templo, que se destaca sobre un campo de estrellas....—¡Es el Gólgota!—¡Ahí pasé el gran día de mi vida!.... Creí haber vencido al mismo Dios...., y vencido lo tuve durante muchas horas....—Pero ¡ay!, que también fué en ese monte donde, tres días después, me vi desarmada y anulada al amanecer de un domingo.... ¡Jesús había resucitado!—También presenciaron estos sitios, en la misma ocasión, mis grandes combates personales con la Naturaleza.... Aquí fué mi duelo con ella; aquel terrible duelo.... (á las tres de la tarde; me acuerdo perfectamente) en que, no bien me vió blandir la lanza de Longinos contra el pecho del Redentor, empezó á tirarme piedras, á desarreglarme los

cementerios, á resucitarme los muertos.... ¡Qué sé yo! ¡Creí que la pobre Natura había perdido el juicio!

La *Muerte* reflexionó un momento; y, alzando luego la cabeza, con más seriedad en el semblante, añadió:

— ¡Es la hora!.... — Ha pasado la media noche. — Vamos á mi casa, y despachemos lo que tenemos que hablar.

— ¿Dónde vives? — preguntó tímidamente Gil Gil.

—En el Polo Boreal (respondió la *Muerte*). ¡Allí donde nunca ha pisado ni pisará pie humano!.... ¡Entre nieves y hielos tan viejos como el mundo!

Dicho esto, la *Muerte* puso el rumbo hacia el Norte, y el carro voló con más celeridad que nunca.

El Asia Menor, el Mar Negro, la Rusia y el Spitzberg desaparecieron bajo sus ruedas como fantásticas visiones.

Iluminóse luego el horizonte de vistosísimas llamas, reflejadas por un paisaje de cristal de roca.

Todo era silencio y blancura sobre la tierra....

El resto del cielo estaba cárdeno, salpicado de casi imperceptibles astros.

¡La *aurora boreal* y el hielo!.... He aquí toda la vida de aquella pavorosa región.

— Estamos en el Polo.... (dijo la *Muerte*). Hemos llegado.

XV.

LA MUERTE RECOBRA SU SERIEDAD.

Si Gil Gil no hubiera visto ya tantas cosas extraordinarias durante su viaje aéreo ; si el recuerdo de Elena no ocupase completamente su imaginación; si el deseo de saber adónde le llevaba la *Muerte* no conturbase su contristado espíritu, ocasión muy envidiable era la en que se veía para estudiar y resolver el mayor de los problemas geográficos: la forma y la disposición de los polos de la tierra.

Los límites misteriosos de los Continentes y del Mar polar , confundidos por eternos hielos; la prominencia ó el abismo que, según opuestas opiniones, ha de señalar el paso del eje racional sobre que gira nuestro globo; el aspecto de la bóveda estrellada, en la cual distinguiría entonces á un mismo tiempo todos los astros que esmaltan los cielos de la América del Norte, de la Europa entera, del Asia, desde Troya hasta el Japón, y de la parte septentrional de los dos Océanos; el ardiente foco de la aurora boreal, y, en fin, tantos otros fenómenos como persigue la ciencia inútilmente hace muchos siglos á costa de mil ilustres navegantes que han perecido en aquellas pavorosas regiones, hubieran sido para

nuestro héroe cosas tan claras y manifiestas como la luz del día, y nosotros podríamos hoy comunicarlas á nuestros lectores....

Pero, pues Gil no estaba para semejantes observaciones, ni nosotros podemos hacernos cargo de cosa alguna que no tenga relación con nuestro cuento, quédese el género humano en su ignorancia respecto al Polo, y continuemos esta relación.

Por lo demás, con recordar nuestros lectores que á la sazón eran los primeros días de un mes de Setiembre, comprenderán que el sol brillaba todavía en aquel cielo, donde no había sido de noche ni un sólo instante durante más de cinco meses.

Á su pálida y oblicua luz, descendieron del carro nuestros dos viajeros; y, cogiendo la *Muerte* la mano de Gil Gil, le dijo con afable cortesía:

—Estás en tu casa: entremos.

Un colosal témpano de hielo se elevaba ante sus ojos.

En medio de aquel témpano, especie de muro de cristal, clavado en una nieve tan antigua como el mundo, había cierta prolongada grieta que apenas permitía pasar á un hombre.

—Te enseñaré el camino....— dijo la *Muerte*, pasando delante.

El *Duque de la Verdad* se paró, no atreviéndose á seguir á su compañero.

Pero ¿qué hacer? ¿Adónde huir por aquel páramo infinito? ¿Qué camino tomar en aquellas blancas é interminables llanuras de hielo?

—¡ Gil ! ¿no entras ?—exclamó la *Muerte*.

Gil dirigió al pálido sol una última y suprema mirada , y penetró en el hielo.

Una escalera de caracol, tallada en la misma congelada materia, condújole por retorcida espiral hasta un vasto salón cuadrado, sin muebles ni adorno alguno, todo de hielo también, que recordaba las grandes minas de sal de Polonia ó las estancias de mármol de los baños de Ispahán y de Medina.

La *Muerte* se había acurrucado en un rincón, sentándose sobre las piernas como los orientales.

—Ven acá: siéntate á mi lado y hablaremos, —le dijo á Gil.

El joven obedeció maquinalmente.

Reinó un silencio tan profundo, que se hubiera oído la respiración de un insecto microscópico, si en aquella región pudiese existir ser alguno que no contase con la protección de la *Muerte*.

Del frío que hacía, cuanto dijéramos sería poco.

Imaginaos una total ausencia de calor; una negación completa de vida; la cesación absoluta de todo movimiento; la muerte como forma del ser, y aún no habréis formado idea exacta de aquel mundo cadáver....; ó más que cadáver, puesto que no se corrompía ni se transfiguraba,

y no daba, por consiguiente, pasto á los gusanos, ni abono á las plantas, ni elementos á los minerales, ni gases á la atmósfera.

Era el caos sin el embrión del universo; era la nada bajo la apariencia de hielos seculares.

Sin embargo, Gil Gil soportaba aquel frío, gracias á la protección de la *Muerte*.

—Gil Gil.... (exclamó ésta con reposado y majestuoso acento): ha llegado la hora de que brille ante tus ojos la verdad en toda su magnífica desnudez: voy á resumir en pocas palabras la historia de nuestras relaciones, y á revelarte el misterio de tu destino.

—Habla....—respondió Gil Gil denodadamente.

—Es indudable, amigo mío (continuó la *Muerte*), que quieres vivir; que todos mis esfuerzos, que todas mis reflexiones, que las revelaciones que te hago á cada momento, son ineficaces para apagar en tu corazón el amor á la vida....

—¡El amor á Elena, querrás decir!—interrumpió el joven.

—El amor al amor.... (replicó la *Muerte*).—El amor es la vida, la vida es el amor....: no desconozcas esto....—Y si no, piensa en una cosa que habrás comprendido perfectamente en tu gloriosa carrera de médico y durante el viaje que acabamos de hacer.—¿Qué es el hombre?

¿Qué significa su existencia?—Tú lo has visto dormir de sol á sol y soñar durmiendo.—En los intervalos de este sueño, tenía delante de sí doce ó catorce horas diarias de vigilia, que no sabía en qué emplear. — En una parte, lo has hallado con las armas en la mano matando semejantes suyos; en otra lo has visto cruzar los mares á fin de cambiar de alimentos. Quiénes se afanaban por vestirse de este ó de aquel color; quiénes agujereaban la tierra y extraían metales con que adornarse. Aquí ajusticiaban á uno; allí obedecían ciegamente á otro. En un lado la virtud y el derecho consistían en tal ó cuál cosa; en otro lado consistían en lo adverso. Estos tenían por verdad lo que aquellos juzgaban error. La misma belleza te habrá parecido convencional é imaginaria, á medida que hayas pasado por Circasia, por la China, por el Congo ó por los Esquimales. También te será patente que la ciencia es un experimento torpísimo de los efectos más inmediatos, ó una conjetura desatinada de las causas más recónditas, y que la gloria es una palabra hueca, añadida por la casualidad, nada más que por la casualidad, al nombre de este ó de aquel cadáver. Habrás comprendido, en fin, que todo lo que hacen los hombres es un juego de niños para pasar el tiempo; que sus miserias y sus grandezas son relativas; que su civilización, su organi-

zación social, sus más serios intereses carecen de sentido común; que las modas, las costumbres, las jerarquías, son humo, polvo, vanidad de vanidades.... Mas ¿qué digo vanidad? ¡Menos aún! ¡Son los juguetes con que entretenéis el ocio de la vida; los delirios de un calenturiento; las alucinaciones de un loco!—Niños, ancianos, nobles, plebeyos, sabios, ignorantes, hermosos, contrahechos, reyes, esclavos, ricos, mendigos...., todos son iguales para mí: todos son puñados de polvo que deshace mi aliento.—¡Y aún clamarás por la vida! ¡Y aún me dirás que deseas permanecer en el mundo! ¡Y aún amarás esa transitoria apariencia!

—¡Amo á Elena!....—replicó Gil Gil.

—¡Ah! Sí.... (continuó la *Muerte):* la vida es el amor; la vida es el deseo....—Pero el ideal de ese amor y de ese deseo no debe ser tal ó cual hermosura de barro....—¡Ilusos, que tomáis siempre lo próximo por lo remoto!—La vida es el amor; la vida es el sentimiento; pero lo grande, lo noble, lo revelador de la vida, es la lágrima de tristeza que corre por la faz del recién nacido y del moribundo, la queja melancólica del corazón humano que siente hambre de ser y pena de existir, la dulcísima aspiración á otra vida, ó la patética memoria de otro mundo. El disgusto y el malestar, la duda y la zozobra de las grandes almas que no se satisfacen

con las vanidades de la tierra, no son sino un presentimiento de otra patria, de una más alta misión que la ciencia y el poder; de algo, en fin, más infinito que las grandezas temporales de los hombres y que los hechizos deleznables de las mujeres.—Fijémonos ahora en ti y en tu historia, que no conoces; descendamos al misterio de tu anómala existencia; expliquemos las razones de nuestra amistad.—Gil Gil, tú lo has dicho: de cuantas supuestas felicidades ofrece la vida, una sola deseas, y es la posesión de una mujer.—¡Grandes conquistas he hecho en tu espíritu, por consiguiente! Ni poder, ni riquezas, ni honores, ni gloria...., nada sonríe á tu imaginación.... Eres, pues, un filósofo consumado, un cristiano perfecto...., y á este punto he querido encaminarte.... —Ahora bien; dime: si esa mujer hubiera muerto, ¿sentirías el morir?

Gil Gil se levantó dando un espantoso grito.

—¡Cómo! (exclamó.)—¿Elena?....

—Cálmate.... (continuó la *Muerte.*)—Elena se halla tal como la dejaste.... Hablamos en hipótesis.—Así, pues, contéstame.

—¡Antes de matar á Elena, quítame la vida! He aquí mi contestación.

—¡Magnífico! (replicó la *Muerte.*)—Y dime: si supieras tú que Elena estaba en el cielo esperándote, ¿no morirías tranquilo, contento, bendiciendo á Dios y encomendándole tu alma?

— ¡Oh! Sí: ¡la muerte sería entonces la resurrección! — exclamó Gil Gil.

— De modo.... (prosiguió el tremendo personaje), que, con tal de ver á tu lado á Elena, nada te importa lo demás....

— ¡Nada!

— Pues bien: ¡sábelo todo! — Hoy no es en el mundo católico el día 2 de Setiembre de 1721, como acaso te imaginas.... — Hace muchísimos más años que tú y yo somos *amigos*....

— ¡Cielos! — ¿Qué me dices? — ¿En qué año estoy?

— El siglo diez y ocho ha pasado, y el diez y nueve, y el veinte, y algunos más. — La Iglesia reza hoy por San Antonio, y es el año de 2316.

— ¡Conque estoy muerto!

— Hace muy cerca de seiscientos años.

— ¿Y Elena?

— Murió cuando tú. — Tú moriste la noche en que nos conocimos....

— ¿Cómo? ¿Me bebí el aceite vitriolo?

— Hasta la última gota. — En cuanto á Elena, murió del sentimiento, cuando supo tu desgraciado fin. — Hace, pues, seis siglos que los dos os halláis en mi poder.

— ¡Imposible! ¡Tú me vuelves loco! — exclamó Gil Gil.

— *Yo no vuelvo loco á nadie....* (replicó la *Muerte*). — Escucha, y sabrás todo lo que he hecho

en tu favor.—Elena y tú moristeis el día que te digo; Elena, destinada á subir á la mansión de los ángeles el día del *Juicio final*, y tú, merecedor de todas las penas del infierno. Ella, por inocente y pura; tú, por haber vivido olvidado de Dios y alimentando viles ambiciones.—Ahora bien: el *Juicio final* se celebrará mañana, no bien den las tres de la tarde en Roma.

—¡Oh, Dios mío!.... ¡Conque se acaba el mundo!—exclamó Gil Gil.

—¡Ya era tiempo! (replicó el formidable ser.) Al fin voy á descansar....

—¡Se acaba el mundo!—tartamudeó Gil Gil con indecible espanto.

—¡Nada te importe! Tú no tienes ya nada que perder.—Escucha. Viendo hoy que se acercaba el *Juicio final*, yo (que siempre te tuve predilección, como ya te dije la primera vez que hablamos), y Elena, que te amaba en el cielo tanto como te había amado en la tierra, suplicamos al Eterno que salvase tu alma.—«Nada debo hacer por el suicida.... (nos respondió el Criador): os confío su espíritu por una hora; mejoradlo, si podéis.»—«¡Sálvalo!»—me dijo Elena por su parte.—Yo se lo prometí, y bajé á buscarte al sepulcro, donde dormías hace seis siglos.—Sentéme allí, á la cabecera de tu féretro, y te hice soñar con la vida.—Nuestro encuentro, tu visita á Felipe V, tus escenas en la

corte de Luís I, tu casamiento con Elena, todo lo has soñado en la tumba. *¡En una sola hora has creído pasar tres días de vida*, como *en un solo instante habías pasado seiscientos años de muerte!*

—¡Oh!.... No.... ¡no ha sido un sueño!—exclamó Gil Gil.

—Comprendo tu extrañeza.... (replicó la *Muerte*).—¡Te parecía verdad!....—¡Eso te dirá lo que es la vida! Los sueños parecen realidades, y las realidades sueños.—Elena y yo hemos triunfado. La ciencia, la experiencia y la filosofía han purificado tu corazón, han ennoblecido tu espíritu, te han hecho ver las grandezas de la tierra en toda su repugnante vanidad, y he aquí que, huyendo de la muerte, como lo hacías ayer, no huías sino del mundo; y que, clamando por un amor eterno, como lo haces hoy, clamas por la inmortalidad.—¡Estás redimido!

—Pero Elena....—murmuró Gil Gil.

—¡Se trata de Dios!.... No pienses en Elena. Elena no existe ni ha existido realmente jamás. Elena era la belleza, reflejo de la inmortalidad. Hoy que el Astro de verdad y de justicia recoge sus resplandores, Elena se confunde con ÉL para siempre. ¡Á ÉL, pues, debes encaminar tus votos!

—¡Ha sido un sueño!—exclamó el joven con indecible angustia.

—Y eso será el mundo dentro de algunas horas: un sueño del Criador.

Diciendo así la *Muerte*, levantóse, descubrió su cabeza y alzó los ojos al cielo.

—Amanece en Roma.... (murmuró).—Empieza *el último día*.—Adiós, Gil.... ¡Hasta nunca!

—¡Oh! ¡no me abandones!—exclamó el desgraciado.

—«*¡No me abandones*,» dices á la *Muerte!* ¡Y ayer huías de mí!

—¡Oh!.... ¡no me dejes aquí solo, en esta región de desconsuelo!.... ¡Esto es una tumba!....

—¿Qué? (repuso la negra divinidad con ironía.) ¿Tan mal te ha ido en ella seiscientos años?

—¿Cómo? ¿He vivido aquí?

—*¡Vivido!*—Llámalo como quieras.—Aquí has dormido todo ese tiempo.

—¿Conque este es mi sepulcro?

—Sí...., amigo mío...., y, no bien desaparezca yo, te convencerás de ello. ¡Sólo entonces sentirás todo el frío que hace en esta mansión!

—¡Ah!.... ¡moriré instantáneamente!—exclamó Gil Gil.—Estoy en el *polo boreal*.

—No morirás, porque estás muerto; pero dormirás hasta las tres de la tarde, en que despertarás con todas las generaciones.

—¡Amiga mía!.... (gritó Gil Gil con indescriptible amargura.) ¡No me dejes, ó haz que siga soñando!—Yo no quiero dormir.... ¡Ese sueño me asusta!.... ¡Este sepulcro me ahoga.—Vuélveme á aquella quinta del Guadarrama,

donde imaginé ver á Elena, y sorpréndame allí la ruína del universo!—Yo creo en Dios, y acato su justicia, y apelo á su misericordia.... Pero, ¡volvedme á Elena!

—¡Qué inmenso amor! (dijo la deidad.)—¡Él ha triunfado de la vida, y va á triunfar de la muerte! ¡Él menospreció la tierra y menospreciaría el cielo!—Será como deseas, Gil Gil.... Pero no olvides tu alma....

—¡Oh! ¡gracias....; gracias, amiga mía!.... ¡Veo que vas á llevarme al lado de Elena!

—No: no voy á llevarte.—Elena duerme en su sepulcro.—Yo la haré venir aquí, á que duerma á tu lado las últimas horas de su muerte.

—¡Estaremos un día enterrados juntos! ¡Es demasiado para mi gloria y mi ventura! ¡Vea yo á Elena; óigala decir que me ama; sepa que permanecerá á mi lado eternamente, en la tierra ó el cielo, y nada me importa la noche del sepulcro!

—¡Ven, pues, Elena; yo lo mando!—dijo la *Muerte* con cavernoso acento, llamando en la tierra con el pie.

Elena, tal como quedó, al parecer, en el jardín del Guadarrama, envuelta en sus blancas vestiduras, pero pálida como el alabastro, apareció en medio de la estancia de hielo en que ocurría esta maravillósa escena.

Gil Gil la recibió arrodillado, inundado de lá-

grimas el rostro, con las manos cruzadas, fija una mirada de profunda gratitud en el apacible semblante de la *Muerte*.

—Adiós, amigos míos....— exclamó ésta.

—¡Tu mano, Elena! — balbuceó Gil Gil.

—¡Gil mío!—murmuró la joven, arrodillándose al lado de su esposo.

Y, con las manos enlazadas y los ojos levantados al cielo, respondieron al *adiós* de la *Muerte* con otro melancólico *adiós*.

La negra divinidad se retiraba en tanto lentamente.

—¡Hasta nunca!—murmuraba la Amiga del hombre al alejarse.

—¡Mío para siempre! (exclamaba Elena, estrechando entre las suyas las manos de Gil Gil.) ¡Dios te ha perdonado, y viviremos juntos en el cielo!

—¡Para siempre!—repitió el joven con inefable alegría.

La *Muerte* desapareció en esto.

Un frío horrible invadió la estancia, é instantáneamente Gil Gil y Elena quedaron helados, petrificados, inmóviles en aquella religiosa actitud, de rodillas, cogidos de las manos, con los ojos alzados al cielo, como dos magníficas estatuas sepulcrales.

CONCLUSIÓN.

Pocas horas después estalló la Tierra como una granada.

Los astros más próximos á ella atrajeron y se asimilaron los fragmentos de la deshecha mole, no sin que la anexión les originase tremendos cataclismos, como diluvios, desviaciones de sus ejes polares, etc., etc.

La Luna, casi intacta, pasó á ser satélite, no sé si de Venus ó de Mercurio.

Entre tanto, se había verificado el *Juicio final* de la familia de Adán y Eva, no en el valle de Josaphat, sino en el cometa llamado de Carlos V, y las almas de los réprobos fueron desterradas á otros planetas, donde hubieron de emprender nueva vida....—¿Qué mayor castigo?

Los que se purifiquen en esta segunda existencia, alcanzarán la gloria de volver al seno de Dios, el día que desaparezcan aquellos astros....

Los que no se purifiquen, aún habrán de emigrar á otros cien mundos, donde peregrinarán del mismo modo que nosotros peregrinamos por el nuestro....

En cuanto á Gil y Elena, aquella tarde entraron en la *Tierra de Promisión*, cogidos de la mano, libres para siempre de duelo y penitencia, salvos y redimidos; reconciliados con Dios,

partícipes de su bienaventuranza y herederos de su gloria, ni más ni menos que el resto de los Justos y de los purificados....

Por lo demás, yo puedo terminar mi cuento, del propio modo que terminan las viejas todos los suyos, diciendo que *fuí, vine, y no me dieron nada*.

GUADIX, 1852.

LA MUJER ALTA

LA MUJER ALTA

(CUENTO DE MIEDO.)

I.

Qué sabemos! Amigos míos.... ¡qué sabemos! (exclamó Gabriel, distinguido ingeniero de Montes, sentándose debajo de un pino y cerca de una fuente, en la cumbre del Guadarrama, á legua y media del Escorial, en el límite divisorio de las provincias de Madrid y Segovia; sitio y fuente y pino que yo conozco y me parece estar viendo; pero cuyo nombre se me ha olvidado.)—Sentémonos, como es de rigor y *está escrito*.... en nuestro programa (continuó Gabriel), á descansar y hacer por la vida en este ameno y clásico paraje, famoso por la virtud digestiva del agua de ese manantial y por los muchos borregos que aquí se han comido nuestros ilustres maestros D. Miguel Bosch, D. Máximo Laguna, D. Agustín Pascual

y otros grandes naturalistas, y os contaré una rara y peregrina historia en comprobación de mi tesis...., reducida á manifestar, aunque me llaméis obscurantista, que en el globo terráqueo ocurren todavía cosas sobrenaturales, esto es, cosas que no caben en la cuadrícula de la razón, de la ciencia ni de la filosofía, tal y como hoy se entienden (ó no se entienden) semejantes *palabras*, *palabras* y *palabras*, que diría Hamlet....

Enderezaba Gabriel este pintoresco discurso á cinco sujetos de diferente edad, pero ninguno joven, y sólo uno entrado ya en años; también ingenieros de Montes tres de ellos, pintor el cuarto y un poco literato el quinto; todos los cuales habían subido con el orador, que era el más pollo, en sendas burras de alquiler, desde el Real Sitio de San Lorenzo, á pasar aquel día herborizando en los hermosos pinares de Peguerinos, cazando mariposas por medio de mangas de tul, cogiendo coleópteros raros bajo la corteza de los pinos enfermos, y comiéndose una carga de víveres fiambres pagados á escote,

Sucedía esto en 1875, y era en el rigor del estío; no recuerdo si el día de Santiago ó el de San Luís.... Inclínome á creer el de San Luís.— Como quiera que fuese, gozábase en aquellas alturas de un fresco delicioso, y el corazón, el estómago y la inteligencia funcionaban allí mejor que en el mundo social y en la vida ordinaria....

Sentado que se hubieron los seis amigos, Gabriel continuó hablando de esta manera:

—Creo que no me tacharéis de visionario.... Por fortuna ó desgracia mía, soy, digámoslo así, un hombre á la moderna, nada supersticioso, y tan *positivista* como el que más, bien que incluya entre los datos *positivos* de la Naturaleza todas las misteriosas facultades y emociones de mi alma en materias de sentimiento.... — Pues bien: á propósito de fenómenos sobrenaturales ó *extra-naturales*, oid lo que yo he oído y ved lo que yo he visto, aun sin ser el verdadero héroe de la singularísima historia que voy á contar, y decidme en seguida qué explicación terrestre, física, natural ó como queramos llamarla, puede darse á tan maravilloso acontecimiento.

El caso fué como sigue....—¡Á ver! ¡echad una gota, que ya se habrá refrescado el *pellejo* dentro de esa bullidora y cristalina fuente, colocada por Dios en esta pinífera cumbre para enfriar el vino de los botánicos!

II.

Pues, señor: no sé si habréis oído hablar de un ingeniero de Caminos, llamado Telesforo X...., que murió en 1860....

—Yo no....

—¡Yo sí!

— Yo también: un muchacho andaluz, con bigote negro, que estuvo para casarse con la hija del marqués de Moreda...., y que murió de ictericia....

— ¡Ese mismo! (continuó Gabriel.)—Pues bien: mi amigo Telesforo, medio año antes de su muerte, era todavía un joven brillantísimo, como se dice ahora. Guapo, fuerte, animoso, con la aureola de haber sido el primero de su promoción en la Escuela de Caminos, y acreditado ya en la práctica por la ejecución de notables trabajos, disputábanselo varias empresas particulares, en aquellos años de oro de las obras públicas, y también se lo disputaban las mujeres por casar ó mal casadas, y, por supuesto, las viudas impenitentes, y, entre ellas, alguna muy buena moza que....—Pero la tal viuda no viene ahora á cuento; pues á quien Telesforo quiso con toda formalidad fué á su citada novia, la pobre Joaquinita Moreda, y lo otro no pasó de un amorío puramente *usufructuario*....

—¡Sr. D. Gabriel! ¡al orden!

—Sí.... sí: voy al orden: pues ni mi historia ni la controversia pendiente se prestan á chanzas ni donaires.—Juan: échame otro medio vaso....—¡Bueno está de verdad este vino!—Conque atención, y poneos serios, que ahora comienza lo luctuoso.

Sucedió, como sabréis los que la conocisteis,

que Joaquina murió de repente en los Baños de Santa Águeda, al fin del verano de 1859....—Hallábame yo en Pau cuando me dieron tan triste noticia, que me afectó muy especialmente por la íntima amistad que me unía á Telesforo....—Á *ella* sólo le había hablado una vez, en casa de su tía la Generala López, y por cierto que aquella palidez azulada, propia de las personas que tienen una aneurisma, me pareció desde luego indicio de mala salud....—Pero, en fin, la muchacha valía cualquier cosa por su distinción, hermosura y garbo, y, como además era hija única de Título, y de Título que llevaba anejos algunos millones, conocí que mi buen matemático estaría inconsolable.... Por consiguiente, no bien me hallé de regreso en Madrid, á los quince ó veinte días de su desgracia, fuí á verlo una mañana muy temprano á su elegante habitación de mozo de casa abierta y de jefe de oficina, calle del Lobo....—No recuerdo el número, pero sí que era muy cerca de la Carrera de San Jerónimo.

Contristadísimo, bien que grave y en apariencia dueño de su dolor, estaba el joven Ingeniero, trabajando ya á aquella hora con sus Ayudantes en no sé qué proyecto de ferrocarril, y vestido de riguroso luto.—Abrazóme estrechísimamente y por largo rato, sin lanzar ni el más leve suspiro: dió en seguida algunas ins-

trucciones, sobre el trabajo pendiente, á uno de sus ayudantes, y condújome, en fin, á su despacho particular, situado al extremo opuesto de la casa, diciéndome por el camino con acento lúgubre y sin mirarme:

—Mucho me alegro de que hayas venido.... Varias veces te he echado de menos en el estado en que me hallo.... Ocúrreme una cosa muy particular y extraña, que sólo un amigo como tú podría oir sin considerarme imbécil ó loco, y acerca de la cual necesito oir alguna opinión serena y fría como la ciencia....

—Siéntate.... (prosiguió diciendo, cuando hubimos llegado á su despacho): y no temas en manera alguna que vaya á angustiarte describiéndote el dolor que me aflige, y que durará tanto como mi vida....—¿Para qué? ¡Tú te lo figurarás fácilmente, á poco que entiendas de cuitas humanas, y yo no quiero ser consolado ni ahora, ni después, ni nunca!—De lo que te voy á hablar, con la detención que requiere el caso, ó sea tomando el asunto desde su origen, es de una circunstancia horrenda y misteriosa que ha servido como de agüero infernal á esta desventura, y que tiene conturbado mi espíritu hasta un extremo que te dará espanto....

—¡Habla!—respondí yo, comenzando á sentir, en efecto, no sé qué arrepentimiento de haber entrado en aquella casa, al ver la expresión de

cobardía que se pintó en el rostro de mi amigo.

—Oye....—repuso él, enjugándose la sudorosa frente.

III.

No sé si por fatalidad innata de mi imaginación, ó por vicio adquirido al oir alguno de aquellos cuentos de vieja con que tan imprudentemente se asusta á los niños en la cuna, el caso es que, desde mis tiernos años, no hubo cosa que me causase tanto horror y susto, ya me la figurara mentalmente, ya me la encontrase en realidad, como una mujer sola, en la calle, á las altas horas de la noche.

Te consta que nunca he sido cobarde. Me batí en duelo, como cualquier hombre decente, cierta vez que fué necesario, y, recién salido de la Escuela de Ingenieros, cerré á palos y á tiros en Despeñaperros con mis sublevados peones, hasta que los reduje á la obediencia. Toda mi vida, en Jaén, en Madrid y en otros varios puntos, he andado á deshora por la calle, solo, sin armas, atento únicamente al cuidado amoroso que me hacía velar, y si, por acaso he topado con bultos de mala catadura, fueran ladrones ó simples perdona-vidas, á ellos les ha tocado huir ó echarse á un lado, dejándome libre el mejor cami-

no.... Pero, si el bulto era una mujer sola, parada ó andando, y yo iba también sólo, y no se veía más alma viviente por ningún lado...., entonces (ríete, si se te antoja; pero créeme), poníaseme carne de gallina; vagos temores asaltaban mi espíritu; pensaba en almas del otro mundo, en seres fantásticos, en todas las invenciones supersticiosas que me hacían reir en cualquier otra circunstancia, y apretaba el paso, ó me volvía atrás, sin que ya se me quitara el susto ni pudiera distraerme ni un momento hasta que me veía dentro de mi casa.

Una vez en ella, echábame también á reir y avergonzábame de mi locura, sirviéndome de alivio el pensar que no la conocía nadie. Allí me daba cuenta fríamente de que, pues yo no creía en duendes, ni en brujas, ni en aparecidos, nada había debido temer de aquella flaca hembra, á quien la miseria, el vicio ó algún accidente desgraciado tendrían á tal hora fuera de su hogar, y á quien mejor me hubiera estado ofrecer auxilio, por si lo necesitaba, ó dar limosna, si me la pedía.... — Repetíase, con todo, la deplorable escena cuantas veces se me presentaba otro caso igual, ¡y cuenta que ya tenía yo veinticinco años, muchos de ellos de aventurero nocturno, sin que jamás me hubiese ocurrido lance alguno penoso con las tales mujeres solitarias y trasnochadoras!....—Pero, en fin, nada de lo dicho lle-

gó nunca á adquirir verdadera importancia, pues aquel pavor irracional se me disipaba siempre, tan luego como llegaba á mi casa ó veía otras personas en la calle, y ni tan siquiera lo recordaba á los pocos minutos, como no se recuerdan las equivocaciones ó necedades sin fundamento ni consecuencia.

Así las cosas, hace muy cerca de tres años.... (desgraciadamente tengo varios motivos para poder fijar la fecha: ¡la noche del 15 al 16 de Noviembre de 1857!), volvía yo, á las tres de la madrugada, á aquella casita de la calle de Jardines, cerca de la calle de la Montera, en que recordarás viví por entonces....—Acababa de salir, á hora tan avanzada, y con un tiempo feroz de viento y frío, no de ningún nido amoroso, sino de.... (te lo diré, aunque te sorprendas), de una especie de casa de juego, no conocida bajo este nombre por la Policía; pero donde ya se habían arruinado muchas gentes, y á la cual me habían llevado á mí aquella noche por primera.... y última vez.—Sabes que nunca he sido jugador: entré allí engañado por un mal amigo, en la creencia de que todo iba á reducirse á trabar conocimiento con ciertas damas elegantes, de virtud equívoca (*demi-monde* puro), so pretexto de jugar algunos maravedises al *Enano*, en mesa redonda, con faldas de bayeta; y el caso fué que, á eso de las doce, comenzaron á llegar nuevos

tertulios, que iban del Teatro Real ó de salones verdaderamente aristocráticos, y mudóse de juego, y salieron á relucir monedas de oro, después billetes, y luego bonos escritos con lápiz, y yo me enfrasqué poco á poco en la selva obscura del vicio, llena de fiebres y tentaciones, y perdí todo lo que llevaba, y todo lo que poseía, y aun quedé debiendo un dineral.... con el *pagaré* correspondiente. — Es decir, que me arruiné por completo, y que, sin la herencia y los grandes negocios que tuve en seguida, mi situación hubiera sido muy angustiosa y apurada.

Volvía yo, digo, á mi casa aquella noche, tan á deshora, yerto de frío, hambriento, con la vergüenza y el disgusto que puedes suponer, pensando, más que en mí mismo, en mi anciano y enfermo padre, á quien tendría que escribir pidiéndole dinero, lo cual no podría menos de causarle tanto dolor como asombro, pues me consideraba en muy buena y desahogada posición...., cuando, á poco de penetrar en mi calle, por el extremo que da á la de Peligros, y al pasar por delante de una casa recién construída de la acera que yo llevaba, advertí que, en el hueco de su cerrada puerta, estaba de pie, inmóvil y rígida, como si fuese de palo, una mujer muy alta y fuerte, como de sesenta años de edad, cuyos malignos y audaces ojos sin pestañas se clavaron en los míos como dos puñales, mien-

tras que su desdentada boca me hizo una mueca horrible por vía de sonrisa....

El propio terror ó delirante miedo que se apoderó de mí instantáneamente, dióme no sé qué percepción maravillosa para distinguir de golpe, ó sea en dos segundos que tardaría en pasar rozando con aquella repugnante visión, los pormenores más ligeros de su figura y de su traje.... —Voy á ver si coordino mis impresiones, del modo y forma que las recibí, y tal y como se grabaron para siempre en mi cerebro á la mortecina luz del farol que alumbró con infernal relámpago tan fatídica escena....

Pero me excito demasiado, ¡aunque no sin motivo, como verás más adelante!—Descuida, sin embargo, por el estado de mi razón.... — ¡Todavía no estoy loco!

Lo primero que me chocó en aquella que denominaré *mujer*, fué su elevadísima talla y la anchura de sus descarnados hombros: luego, la redondez y fijeza de sus marchitos ojos de buho, la enormidad de su saliente nariz y la gran mella central de su dentadura, que convertía su boca en una especie de oscuro agujero; y, por último, su traje de mozuela del Avapiés, el pañolillo nuevo de algodón que llevaba á la cabeza atado debajo de la barba, y un diminuto abanico abierto que tenía en la mano, y con el cual se cubría, afectando pudor, el centro del talle.

¡Nada más ridículo y tremendo, nada más irrisorio y sarcástico que aquel abaniquillo en unas manos tan enormes, sirviendo como de cetro de debilidad á giganta tan fea, vieja y huesuda! Igual efecto producía el pañolejo de vistoso percal que adornaba su cara, comparado con aquella nariz de tajamar, aguileña, masculina, que me hizo creer un momento (no sin regocijo) si se trataría de un hombre disfrazado.... —Pero su cínica mirada y asquerosa sonrisa eran de vieja, de bruja, de hechicera, de Parca.... ¡no sé de qué! ¡de algo que justificaba plenamente la aversión y el susto que me habían causado toda mi vida las mujeres que andaban solas, de noche, por la calle!....—¡Dijérase que, desde la cuna, había presentido yo aquel encuentro! ¡Dijérase que lo temía por instinto, como cada ser animado teme y adivina y ventea y reconoce á su antagonista natural, antes de haber recibido de él ninguna ofensa, antes de haberlo visto, sólo con sentir sus pisadas!

No eché á correr en cuanto vi á la esfinge de mi vida, menos por vergüenza ó varonil decoro, que por temor á que mi propio miedo le revelase quién era yo, ó le diese alas para seguirme, para acometerme, para.... ¡no sé! ¡Los peligros que sueña el pánico no tienen forma ni nombre traducibles!

Mi casa estaba al extremo opuesto de la pro-

longada y angosta calle, en que me hallaba yo solo, enteramente solo, con aquella misteriosa estantigua, á quien creía capaz de aniquilarme con una palabra!....—¿Qué hacer para llegar hasta allí?—¡Ah! ¡con qué ansia veía á lo lejos la anchurosa y muy alumbrada calle de la Montera, donde á todas horas hay agentes de la autoridad!....

Decidí, pues, sacar fuerzas de flaqueza; disimular y ocultar aquel pavor miserable; no acelerar el paso, pero ganar siempre terreno, aun á costa de años de vida y de salud, y de esta manera, poco á poco, irme acercando á mi casa, procurando muy especialmente no caerme antes redondo al suelo!

Así caminaba....; así habría andado ya lo menos veinte pasos desde que dejé atrás la puerta en que estaba escondida la mujer del abanico, cuando de pronto me ocurrió una idea horrible, espantosa y, sin embargo, muy racional: ¡la idea de volver la cabeza, á ver si me seguía mi enemiga!

—Una de dos.... (pensé con la rapidez del rayo): ó mi terror tiene fundamento, ó es una locura: si tiene fundamento, esa mujer habrá echado detrás de mí, estará alcanzándome, y no hay salvación para mí en el mundo....—Y si es una locura, una aprensión, un pánico como cualquier otro, me convenceré de ello, en el

presente caso y para todos los que me ocurran, al ver que esa pobre anciana se ha quedado en el hueco de aquella puerta, preservándose del frío, ó esperando á que le abran; con lo cual yo podré seguir marchando hacia mi casa muy tranquilamente y me habré curado de una manía que tanto me abochorna.

Formulado este razonamiento, hice un esfuerzo extraordinario y volví la cabeza.

¡Ah! ¡Gabriel! ¡Gabriel! ¡Qué desventura!—¡La mujer alta me había seguido con sordos pasos, estaba encima de mí, casi me tocaba con el abanico, casi asomaba su cabeza sobre mi hombro.

¿Por qué? ¿Para qué, Gabriel mío?—¿Era una ladrona? ¿Era efectivamente un hombre disfrazado? ¿Era una vieja irónica, que había comprendido que le tenía miedo? ¿Era el espectro de mi propia cobardía? ¿Era el fantasma burlón de las decepciones y deficiencias humanas?

¡Interminable sería decirte todas las cosas que pensé en un momento! — El caso fué que di un grito, y salí corriendo como un niño de cuatro años que juzga ver al Coco, y que no dejé de correr hasta que desemboqué en la calle de la Montera....

Una vez allí, se me quitó el miedo como por ensalmo. — ¡Y eso que la calle de la Montera estaba también sola! — Volví, pues, la cabeza hacia la de Jardines, que enfilaba en toda su lon-

gitud, y que estaba lo suficientemente alumbrada por sus tres faroles y por un reverbero de la calle de Peligros, para que no se me pudiese oscurecer la *mujer alta*, si por acaso había retrocedido en aquella dirección, y ¡vive el cielo! que no la vi parada, ni andando, ni en manera alguna!

Con todo, guardéme muy bien de penetrar de nuevo en mi calle.

— ¡Esa bribona (me dije) se habrá metido en el hueco de otra puerta!.... Pero, mientras sigan alumbrando los faroles, no se moverá sin que yo no lo note desde aquí....

En esto vi aparecer á un sereno por la calle del Caballero de Gracia, y lo llamé sin desviarme de mi sitio: díjele, para justificar la llamada y excitar su celo, que en la calle de Jardines había un hombre vestido de mujer: que entrase en dicha calle por la de Peligros, á la cual debía dirigirse por la de la Aduana; que yo permanecería quieto en aquella otra salida, y que con tal medio no podría escapársenos el que á todas luces era un ladrón ó un asesino.

Obedeció el sereno; tomó por la calle de la Aduana, y, cuando yo ví avanzar su farol por el otro lado de la de Jardines, penetré también en ella resueltamente.

Pronto nos reunimos en su promedio, sin que ni el uno ni el otro hubiésemos encontrado á na-

die, á pesar de haber registrado puerta por puerta.

—Se habrá metido en alguna casa....—dijo el sereno.

—¡Eso será!—respondí yo, abriendo la puerta de la mía, con firme resolución de mudarme á otra calle al día siguiente.

Pocos momentos después hallábame dentro de mi cuarto tercero, cuyo picaporte llevaba también siempre conmigo, á fin de no molestar á mi buen criado José.

¡Sin embargo, éste me aguardaba aquella noche!—¡Mis desgracias del 15 al 16 de Noviembre no habían concluído!

—¿Qué ocurre?—le pregunté con extrañeza.

—Aquí ha estado (me respondió visiblemente conmovido), esperando á V. desde las once hasta las dos y media, el señor comandante Falcón, y me ha dicho que, si venía V. á dormir á casa, no se desnudase, pues él volvería al amanecer.....

Semejantes palabras me dejaron frío de dolor y espanto, cual si me hubieran notificado mi propia muerte....—Sabedor yo de que mi amadísimo padre, residente en Jaén, padecía aquel invierno frecuentes y peligrosísimos ataques de su crónica enfermedad, había escrito á mis hermanos que, en el caso de un repentino desenlace funesto, telegrafiasen al comandante Falcón, el cual me daría la noticia de la manera más con-

veniente....—¡No me cabía, pues, duda de que mi padre había fallecido!

Sentéme en una butaca á esperar el día y á mi amigo, y con ellos la noticia oficial de tan grande infortunio, y ¡Dios sólo sabe cuánto padecí en aquellas dos horas de cruel expectativa, durante las cuales (y es lo que tiene relación con la presente historia) no podía separar en mi mente tres ideas distintas, y al parecer heterogéneas, que se empeñaban en formar monstruoso y tremendo grupo: mi pérdida al juego, el encuentro con la mujer alta y la muerte de mi honrado padre!

Á las seis en punto penetró en mi despacho el comandante Falcón, y me miró en silencio....

Arrojéme en sus brazos, llorando desconsoladamente, y él exclamó acariciándome:

—¡Llora, sí, hombre! ¡llora!—¡Y ojalá ese dolor pudiera sentirse muchas veces!

IV.

—Mi amigo Telesforo (continuó Gabriel, después que hubo apurado otro vaso de vino) descansó también un momento al llegar á este punto, y luego prosiguió en los términos siguientes:

—Si mi historia terminara aquí, acaso no encontrarías nada de extraordinario ni sobrena-

tural en ella, y podrías decirme lo mismo que por entonces me dijeron dos hombres de mucho juicio á quienes se la conté: que cada persona de viva y ardiente imaginación tiene su terror pánico; que el mío eran las trasnochadoras solitarias, y que la vieja de la calle de Jardines no pasaría de ser una pobre sin casa ni hogar, que iba á pedirme limosna cuando yo lancé el grito y salí corriendo, ó bien una repugnante Celestina de aquel barrio, no muy católico en materia de amores....

También quise creerlo yo así; también lo llegué á creer al cabo de algunos meses; no obstante lo cual, hubiera dado entonces años de vida por la seguridad de no volver á encontrarme á *la mujer alta.*—¡En cambio, hoy daría toda mi sangre por encontrármela de nuevo!

—¿Para qué?

—¡Para matarla en el acto!

—No te comprendo....

—Me comprenderás si te digo que volví á tropezar con ella hace tres semanas, pocas horas antes de recibir la nueva fatal de la muerte de mi pobre Joaquina....

—Cuéntame.... cuéntame....

—Poco más tengo que decirte.—Eran las cinco de la madrugada; volvía yo de pasar la última noche, no diré de amor, sino de amarguísimos lloros y desgarradora contienda, con mi

antigua querida la viuda de T...., de quien érame ya preciso separarme, por haberse publicado mi casamiento con la otra infeliz, á quien estaban enterrando en Santa Águeda á aquella misma hora!

Todavía no era día completo; pero ya clareaba el alba en las calles enfiladas hacia Oriente. Acababan de apagar los faroles, y habíanse retirado los serenos, cuando, al ir á cortar la calle del Prado, ó sea á pasar de una á otra sección de la calle del Lobo, cruzó por delante de mí, como viniendo de la plaza de las Cortes y dirigiéndose á la de Santa Ana, la espantosa mujer de la calle de Jardines.

No me miró, y creí que no me había visto.... —Llevaba la misma vestimenta y el mismo abanico que hace tres años....—¡Mi azoramiento y cobardía fueron mayores que nunca!—Corté rapidísimamente la calle del Prado, luego que ella pasó, bien que sin quitarle ojo, para asegurarme que no volvía la cabeza; y, cuando hube penetrado en la otra sección de la calle del Lobo, respiré como si acabara de pasar á nado una impetuosa corriente, y apresuré de nuevo mi marcha hacia acá, con más regocijo que miedo, pues consideraba vencida y anulada á la odiosa bruja en el mero hecho de haber estado tan próximo de ella sin que me viese....

De pronto, y cerca ya de esta mi casa, aco-

metióme como un vértigo de terror, pensando en si la muy taimada vieja me habría visto y conocido; en si se habría hecho la desentendida para dejarme penetrar en la todavía obscura calle del Lobo y asaltarme allí impunemente; en si vendría tras de mí; en si ya la tendría encima....

Vuélvome en esto...., ¡ y allí estaba! ¡ Allí, á mi espalda, casi tocándome con sus ropas, mirándome con sus viles ojuelos, mostrándome la asquerosa mella de su dentadura, abanicándose irrisoriamente, como si se burlara de mi pueril espanto!....

Pasé del terror á la más insensata ira, á la furia salvaje de la desesperación, y arrojéme sobre el corpulento vejestorio; tirélo contra la pared, echándole una mano á la garganta; y con la otra, ¡qué asco!, púseme á palpar su cara, su seno, el lío ruín de sus cabellos rucios, hasta que me convencí juntamente de que era criatura humana y mujer....

Ella había lanzado entre tanto un aullido ronco y agudo al propio tiempo, que me pareció falso, ó fingido, como expresión hipócrita de un dolor y de un miedo que no sentía, y luego exclamó, haciendo como que lloraba, pero sin llorar, antes bien mirándome con ojos de hiena:

—¿Por qué la ha tomado V. conmigo?

Esta frase aumentó mi pavor y debilitó mi cólera.

—¡Luego V. recuerda (grité) haberme visto en otra parte!

—¡Ya lo creo, alma mía! (respondió sardónicamente.) ¡La noche de San Eugenio, en la calle de Jardines, hace tres años!....

Sentí frío dentro de los tuétanos.

—¿Pero quién es V.? (le dije sin soltarla.) ¿Por qué corre detrás de mí? ¿Qué tiene V. que ver conmigo?

—Yo soy una débil mujer.... (contestó diabólicamente.)—¡V. me odia y me teme sin motivo!....—Y, si no, dígame V., señor caballero: ¿por qué se asustó de aquel modo la primera vez que me vió?

—¡Porque la aborrezco á V. desde que nací! ¡Porque es V. el demonio de mi vida!

—¿De modo que V. me conocía hace mucho tiempo?—¡Pues mira, hijo, yo también á ti!

—¡V. me conocía!—¿Desde cuándo?

—¡Desde antes que nacieras!—Y, cuando te vi pasar junto á mí hace tres años, me dije á mí misma:—«*¡Este es!*»

—Pero ¿quién soy yo para V.? ¿Quién es V. para mí?

—¡El demonio!—respondió la vieja, escupiéndome en mitad de la cara, librándose de mis manos y echando á correr velocísimamente, con

las faldas levantadas hasta más arriba de las rodillas y sin que sus pies moviesen ruído alguno al tocar la tierra....

¡Locura intentar alcanzarla!.... — Además, por la Carrera de San Jerónimo pasaba ya alguna gente y por la calle del Prado también.—Era completamente de día. —*La mujer alta* siguió corriendo, ó volando, hasta la calle de las Huertas, alumbrada ya por el sol; paróse allí á mirarme; amenazóme una y otra vez esgrimiendo el abaniquillo cerrado, y desapareció detrás de una esquina....

¡ Espera otro poco, Gabriel! ¡No falles todavía este pleito, en que se juegan mi alma y mi vida! —¡Óyeme dos minutos más!

Cuando entré en mi casa, me encontré con el coronel Falcón, que acababa de llegar para decirme que mi Joaquina, mi novia, toda mi esperanza de dicha y ventura sobre la tierra, había muerto el día anterior en Santa Águeda! — El desgraciado padre se lo había telegrafiado á Falcón para que me lo dijese.... ¡á mí, que debí haberlo adivinado una hora antes, al encontrarme al demonio de mi vida! —¿Comprendes ahora que necesito matar á la enemiga innata de mi felicidad, á esa inmunda vieja, que es como el sarcasmo viviente de mi destino?

Pero ¿qué digo matar?—¿Es mujer? ¿Es criatura humana?—¿Por qué la he presentido desde

que nací? ¿Por qué *me reconoció* al verme? ¿Por qué no se me presenta sino cuando me ha sucedido alguna gran desdicha?—¿Es Satanás? ¿Es la Muerte? ¿Es la Vida? ¿Es el Antecristo?—¿Quién es? ¿Qué es?....

V.

Os hago gracia, mis queridos amigos (continuó Gabriel), de las reflexiones y argumentos que emplearía yo para ver de tranquilizar á Telesforo, pues son los mismos, mismísimos, que estáis vosotros preparando ahora para demostrarme que en mi historia no pasa nada sobrenatural ó sobrehumano....—Vosotros diréis más: vosotros diréis que mi amigo estaba medio loco; que lo estuvo siempre; que, cuando menos, padecía la enfermedad moral llamada por unos *terror pánico* y por otros *delirio emotivo;* que, aun siendo verdad todo lo que refería acerca de la mujer alta, habría que atribuirlo á *coincidencias* casuales de fechas y accidentes; y, en fin, que aquella pobre vieja podía también estar loca, ó ser una ratera, ó una mendiga, ó una zurcidora de voluntades, como se dijo á sí propio el héroe de mi cuento en un intervalo de lucidez y buen sentido....

—¡Admirable suposición! (exclamaron los camaradas de Gabriel en variedad de formas.)

¡Eso mismo íbamos á contestarte nosotros!

—Pues escuchad todavía unos momentos, y veréis que yo me equivoqué entonces, como vosotros os equivocáis ahora. —¡El que desgraciadamente no se equivocó nunca fué Telesforo!— ¡Ah! ¡Es mucho más fácil pronunciar la palabra «*locura*», que hallar explicación á ciertas cosas que pasan en la tierra!

—¡Habla! ¡habla!

—Voy allá; y esta vez, por ser ya la última, reanudaré el hilo de mi historia sin beberme antes un vaso de vino.

VI.

Á los pocos días de aquella conversación con Telesforo, fuí destinado á la provincia de Albacete en mi calidad de ingeniero de Montes; y, no habían transcurrido muchas semanas, cuando supe, por un contratista de obras públicas, que mi infeliz amigo había sido atacado de una horrorosa ictericia; que estaba enteramente verde, postrado en un sillón, sin trabajar ni querer ver á nadie, llorando de día y de noche con inconsolable amargura, y que los médicos no tenían ya esperanza alguna de salvarlo. —Comprendí entonces por qué no contestaba á mis cartas, y hube de reducirme á pedir noticias suyas al co-

ronel Falcón, que cada vez me las daba más desfavorables y tristes....

Después de cinco meses de ausencia, regresé á Madrid el mismo día que llegó el parte telegráfico de la batalla de Tetuán....—Me acuerdo como de lo que hice ayer.—Aquella noche compré la indispensable *Correspondencia de España*, y lo primero que leí en ella fué la noticia de que Telesforo había fallecido, y la invitación á su entierro para la mañana siguiente.

Comprenderéis que no falté á la triste ceremonia.—Al llegar al Cementerio de San Luís, adonde fuí en uno de los coches más próximos al carro fúnebre, llamó mi atención una mujer del pueblo, vieja y muy alta, que se reía impíamente al ver bajar el féretro, y que luego se colocó en ademán de triunfo delante de los enterradores, señalándoles con un abanico muy pequeño la galería que debían seguir para llegar á la abierta y ansiosa tumba....

Á la primera ojeada reconocí, con asombro y pavura, que era la implacable enemiga de Telesforo, tal y como él me la había retratado, con su enorme nariz, con sus infernales ojos, con su asquerosa mella, con su pañolejo de percal y con aquel diminuto abanico, que parecía en sus manos el cetro del impudor y de la mofa....

Instantáneamente reparó en que yo la miraba, y fijó en mí la vista de un modo particular, como

reconociéndome, como dándose cuenta de que yo la reconocía, como enterada de que el difunto me había contado las escenas de la calle de Jardines y de la del Lobo, como desafiándome, como declarándome heredero del odio que había profesado á mi infortunado amigo....

Confieso que entonces mi miedo fué superior á la maravilla que me causaban aquellas nuevas *coincidencias* ó *casualidades*.—Veía patente que alguna relación sobrenatural, anterior á la vida terrena, había existido entre la misteriosa vieja y Telesforo; pero, en tal momento, sólo me preocupaba mi propia vida, mi propia alma, mi propia ventura, que correrían peligro si llegaba á heredar semejante infortunio....

La *mujer alta* se echó á reir, y me señaló ignominiosamente con el abanico, cual si hubiese leído en mi pensamiento y denunciase al público mi cobardía....—Yo tuve que apoyarme en el brazo de un amigo para no caer al suelo, y entonces ella hizo un ademán compasivo ó desdeñoso, giró sobre los talones y penetró en el Campo Santo, con la cabeza vuelta hacia mí, abanicándose y saludándome á un propio tiempo, y contoneándose entre los muertos con no sé qué infernal coquetería, hasta que, por último, desapareció para siempre en aquel laberinto de patios y columnatas llenos de tumbas....

Y digo *para siempre*, porque han pasado quin-

ce años y no he vuelto á verla....—Si era criatura humana, ya debe de haber muerto; y si no lo era, tengo la seguridad de que me ha desdeñado....

Conque ¡vamos á cuentas! ¡Decidme vuestra opinión acerca de tan curiosos hechos!—¿Los consideráis todavía *naturales?*

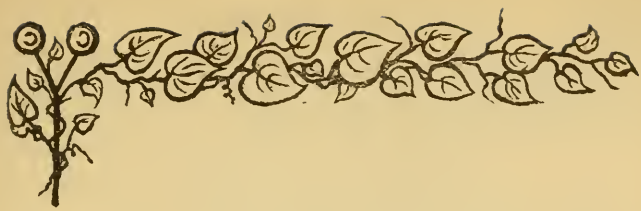
.....

Ocioso fuera que yo, el autor del cuento ó historia que acabáis de leer, estampase aquí las contestaciones que dieron á Gabriel sus compañeros y amigos, puesto que, al fin y á la postre, cada lector habrá de juzgar el caso según sus propias sensaciones y creencias....

Prefiero, por consiguiente, hacer punto final en este párrafo, no sin dirigir el más cariñoso y expresivo saludo á cinco de los seis expedicionarios que pasaron juntos aquel inolvidable día en las frondosas cumbres del Guadarrama.

VALDEMORO 25 de Agosto de 1881.

LOS SEIS VELOS



LOS SEIS VELOS

Á AGUSTÍN BONNAT

(PRÓLOGO Y DEDICATORIA.)

HACE algún tiempo que mi amigo Rafael y yo, más enamorados de la muerte que de la vida, dimos un largo paseo por el mar, á las altas horas de una tranquila noche de verano, sin otra compañía que la implacable luna, y rigiendo por nosotros mismos un barquichuelo del tamaño de un ataud.

Cansados de remar, y extáticos ante la solemne calma de la naturaleza, acabamos por abandonar el bote á merced de las olas, confiando en la mansedumbre con que lo acariciaban, ó más bien en nuestra mala suerte, que parecía decidida á no ayudarnos á morir.

Rafael había cantado una patética barcarola, cuya letra decía de este modo:

« Boga, boga, sin recelo,
Del remo al impulso blando,
Como las almas bogando
Van desde la tierra al cielo.
Boga, que el viento no zumba,
Y la mar se duerme en calma;
Boga, como boga el alma
Desde la cuna á la tumba.»

Esta sencilla canción había aumentado la tristeza que nos devoraba; tristeza que en él era ingénita ó consubstancial, y que á mí me habían comunicado los libros románticos, algunos hombres sin creencias y las esquiveces de la fortuna....

—Rafael.... (exclamé de pronto). Tú debes de haber tenido algún amor desgraciado....

Rafael no era comunicativo. En otra cualquier circunstancia habría eludido la respuesta. Pero, en aquella situación culminante, mi interpelación fué como la ruptura de un dique.

—Escucha....—dijo.

Y me contó una historia incoherente, inexplicable, tan original como melancólica.

¡El desgraciado había pasado la vida corriendo tras un celaje de amor, que se desvaneció lentamente ante sus ojos, dejándole el alma llena de amargura!....

Acabo de saber que mi amigo ha muerto.

Su historia, dormida en lo profundo de mi memoria, ha saltado á la superficie.

Y, sin vacilar, he cogido la pluma.

Esta es la historia de la historia que te dedico.

Recíbela como mía para ti...., sin parar mientes en el juicio de los profanos.

No te digo más.

PEDRO.

PRIMERA PARTE

EL VELO BLANCO

I.

HABLA RAFAEL.

¿Por qué estaba yo triste á los diez y ocho años?

Todo me sonreía. Era rico; pertenecía á la familia más ilustre de mi pueblo; amábanme mis padres; había sido dotado por Dios de un alma entusiasta; adoraba lo bello y lo grande, y todo era bello y grande para mí en la tierra y en el espacio.

La muerte del día, el amanecer de la luna, los rumores del campo que me vió nacer, los himnos amorosos que preceden al sol por la madrugada, el variado aroma de las flores, todo hablaba á mi corazón.... Pero ¡ay! su lenguaje era triste, desconsolador, como la memoria de un bien perdido....

¡Lloraba yo! ¿Por qué?

¿Era el sufrimiento mi predestinación? ¿Traje en mi alma el germen de la melancolía? ¿Había sellado Dios mi frente con la marca de un dolor indefinible, excepcional, privilegiado?

¿Por qué no era yo como los demás hombres? ¿Por qué mi disgusto hacia las cosas que ellos amaban tanto? ¿Por qué mi aislamiento sobre la tierra? ¿Qué deseaba yo? ¿Qué necesitaba? ¿Qué aristocracia de seres representaba en la vida? ¿Era yo más ángel ó más demonio que el resto de la humanidad? ¿Cuál era mi jerarquía?—Degradación ó preeminencia, ¡yo la aborrecia, yo la rechazaba! — Ser como todos era mi constante deseo.... ¡Había en mí una superabundancia de vida que me agobiaba! —¿Qué crimen había yo cometido antes de nacer, para que se me impusiera aquel tormento extraordinario? ¿Qué premio, más alto que el de los demás, me esperaba á mí, en pago de tan incesante martirio? — ¡Ah! ¡Cuánto me odiaba!

En esta situación decidí viajar, á fin de esparcir mi alma por el universo, y dejar en cada horizonte una cantidad de pensamiento y de melancolía.

II.

Á AGUSTÍN BONNAT.

—Agustín, ¿cómo se llama la enfermedad que sufría mi amigo?

—Celibato intelectual, moral y físico.

—¿Qué lo produce?

—El demasiado talento, madurado precozmente en la soledad, ó sea en compañía de tontos y de necios.

—¿Cómo se cura?

—Con tres mujeres: primero una coqueta; luego un ángel que se muera amando al paciente, y, por último, una mujer que *se haga amar*.

—¿Qué le pasa, si carece de las tres?

—El pobre sucumbe al dolor de estómago.

—¿Y si sólo halla la coqueta?

—Se suicida.

—¿Y si da con el ángel, y el ángel no se muere?

—Se casa; se aburre más que de soltero; hace del ángel un demonio, y revienta de una plétora de vino.

—¿Y si halla á la mujer amable y *amanda* antes que á las otras?

—No hace caso de ella, ni la comprende....

—¿Y si llega el ángel antes que la coqueta?

—El enfermo muere á manos de su presunto suegro.

—¿Y si tropieza con la mujer *amanda*, después de salir de manos de la coqueta, y antes de ver morir al ángel?

—Entonces pagan justos por pecadores.

—Pues bien, Agustín: Rafael se libró de todo eso, porque no encontró á ninguna de las tres....

—¿Qué mujer halló entonces?

—¡Á las tres resumidas en una sola!—Total, ¡nada!

—Es decir, una sal neutra....—¡Desgraciado Rafael!

—*Tu dixisti.*

III.

DE AGUSTÍN BONNAT.

Aquí se me hace indispensable advertir al lector, que cuando habla Agustín Bonnat, no es por cuenta suya.

Lo que él *dice* lo digo yo.

Y no puede ser de otro modo, supuesto que nos separan trescientas cincuenta leguas, parte de ellas de Monarquía española, y parte de Imperio francés.

Porque estoy en París; en el París de Alfonso Karr; en la residencia del gran maestro de este nuevo género de literatura que Agustín y yo nos hemos propuesto cultivar desaforadamente, hasta que nuestros lectores pierdan el juicio....

IV.

SIGUE RAFAEL.

La primera vez que la vi, fué al rayar el alba de un día de Enero.

Cruzaba yo á caballo la antigua villa de ***,

sin pensar en detenerme en ella.—Había entrado por una puerta para salir por la otra y continuar mi camino.

Te he dicho que amanecía.

Los ruidosos pasos de mi caballo turbaban solamente la quietud de la dormida población.

Yo iba mirando á los cerrados balcones, saludando con la imaginación á todos aquellos seres desconocidos que dejaba detrás de mí y que suponía entregados al sueño; ó bien pensaba en que seguirían viviendo allí rutinariamente más ó menos años, sin noticia alguna de que yo había pasado una mañana por delante de sus viviendas, hasta que la Muerte los obligase á viajar también á ellos, de quienes, al cabo de cierto tiempo, tampoco tendrían noticia, ó memoria, los nuevos habitadores de sus hogares....

De pronto vi moverse las blancas cortinillas de un balcón, levantadas por linda mano que parecía de marfil, y luego divisé una cabeza despeinada y curiosa que se pegaba á los cristales para *verme pasar*....

Detuve mi caballo.

Érase una hermosísima joven, de diez y siete á diez y ocho años, blanca como la nieve. Anchos bucles de cabellos negros encerraban unas facciones correctas y delicadas, de pureza encantadora. Sus ojos, negros también, tenían aquella mirada tranquila que hace meditar al

hombre en quien se detiene, y sus labios ostentaban cierto orgulloso desdén, propio de las clases mimadas por la fortuna....

Mal hice en detener mi caballo...., y muy mal también en saludar á la gentil madrugadora....

Ella no me contestó; pero tampoco dió señales de enojo, de turbación, de burla ni de complacencia....

Limitóse á dejar caer la cortinilla, ocultándose á mi atrevida mirada, y yo me alejé más triste que nunca....

.....

Medita en este encuentro.

Si yo hubiera tropezado con una mujer semejante en cualquiera gran población, indudablemente me habría sorprendido su rara belleza; pero al cabo de un minuto la habría olvidado.... Mas encontrármela al cruzar por una aldea, al amanecer, y como sola en el mundo; perderla al encontrarla; verla morir para mi vida cuando mi amor podía haber nacido para ella; dejarla así entregada á un destino en que yo nunca influiría; sospechar que detrás de mí vendría otro hombre y se haría dueño de su corazón; pensar en que ella acaso me hubiera dado la ventura, y en que yo había pasado á su lado sin demandársela.... ¡esto era ya, para mi melancolía, casi una pasión malograda por la fatalidad!

Así fué que súbitamente sentí *remordimientos*, como si hubiera hecho mal en no quedarme en aquella villa; *dolor*, como si acabara de perder á una amiga de mi infancia; *celos*, como si aquella niña me hubiera jurado eterno amor; y *amor*, como si en el minuto que había estado mirándola se hubiese detenido mi existencia á la manera de un reloj que se para....

Todo el día y el siguiente, es decir, todo el viaje, fuí pensando en mi aparición.

¿Quién era? ¿Por qué estaba levantada á aquella hora? ¿Esperaba á su amante? ¿Acababa de separarse de él?

Aquí me asaltaban penosas ideas: mi imaginación se trazaba cuadros desesperadores; la envidia me roía el alma.

¿Había reparado en mí? ¿Me recordó en el resto del día? ¿Creó hipótesis sobre mi destino, como yo acerca del suyo?

¡Ya ves hasta qué punto era yo loco en aquel tiempo! — Por lo demás, hazte cargo de que las emociones que intento traducirte con palabras, son de aquellas que el juicio persigue inútilmente, ó que no pueden ser aprisionadas en el molde de un concepto. De las verdades que se sienten y no se explican, es una la historia que estoy contando....

Hoy mismo creo aún distinguir el rostro de aquella niña entre el blanco tul de las cortinillas

del balcón, y lloro lo mismo que lloré aquella mañana....

Como amanecía, creí por un momento que era la aurora, medio velada todavía en los vapores de la noche....

Como aún era algo de noche, la creí la luna, pálida de celos al verse enfrente de la aurora....

Y desde aquel día la adoré con toda mi alma.

V.

Á AGUSTÍN BONNAT.

En este punto, mi querido Agustín, pienso y siento lo propio que mi infortunado amigo Rafael.

No sé en qué consiste que los hombres de cierto temple nos enamoramos de la última desconocida que vemos al paso....

Tal vez sea por atormentarnos á nosotros mismos, como el personaje de Terencio.

¿No hay seres que sólo aman lo difícil, lo irrealizable?

Pues irrealizable es un deseo, siempre fijo en lo que ya ha quedado atrás.

Oye y maravíllate:

Cuando la Diligencia en que yo voy cruza al galope de diez caballos por la calle de una aldea cualquiera, me entran ganas de casarme con

todas las zagalas que me miran estólidamente.

—¡Qué feliz sería yo aquí! (me digo á cada momento.) ¿Dónde hallaré otra mujer como esa?

Y la Diligencia corre, y el meteoro desaparece.... —Pero me queda la melancolía en el alma.

Recuerdo que una tarde pasé por cierto pueblo de la Mancha.

Era domingo.

Yo no lo sabía, ó no lo recordaba en aquel instante; pero los cuellos limpios de los lugareños, y los zapatos de cordobán de las zagalas, me hicieron caer en la cuenta.

Mediaba Mayo.

La tarde era tranquila, transparente, embalsamada.

El mundo parecía un vasto diván, preparado para dos amantes.

Los ancianos labradores manchegos paseaban por el campo.

Los mozos se contoneaban por las esquinas con su eterno aire amenazador.

Las muchachas jugaban, cantaban, bailaban, y se burlaban de nosotros los inquilinos de la Diligencia.

¡Cómo me entristeció aquel sencillo cuadro de paz, de ignorancia, de felicidad doméstica!

¡Cómo envidié las almas estúpidas de aquellos aldeanos!

¡Cómo amé á todas aquellas jóvenes castas, devotas é inciviles!

Y, sin embargo, escribo esta historia en la patria de *Rafael Valentín*, el héroe de la *Piel de Zapa*.

Desde mis balcones se ve el *Puente Nuevo*, y debajo el luctuoso Sena....

Mañana se estrena en la Grande Opera *Las vísperas sicilianas*, última obra de Verdi.

¿Qué son ya para mi corazón todas las zagalas de la Mancha?

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

COMENTARIO DEL AUTOR.

Amigos lectores:

Antes de proseguir, detengámonos un momento á meditar sobre la *blancura*, color ó anticolor que resalta en esta primera parte de mi historia.

Blanca ha sido nuestra heroina; *blanco* es el invierno, estación en que la hemos conocido; *blanca* es el alba, á cuya luz dudosa se han realizado los *graves* acontecimientos que preceden; *blanco* es el velo á través del cual ha visto Rafael á su desconocida; pues no me negaréis que una cortinilla es un velo; en el *blanco* empieza la gradación de la paleta; *blanco* era todo el papel que

llevo emborronado desde que empecé esta narración, y *blanca* es la inocencia que precede á los amores.

Con razón, pues, se llama esta primera parte: *El velo blanco*.

Añadiré ahora, que yo amo la *blancura*.—La amo:

En *Sierra Nevada*, paloma enorme que cobija bajo sus alas purísimas á Granada la Sarracena;

En las nubes de incienso que suben á la cúpula del templo católico, entre las armonías del órgano sagrado.... (Por eso no soy protestante);

En una media de seda, ó sea en dos;

En el majestuoso hábito de un fraile dominico;

En la lana de los corderos que se comen la hierba de los valles;

En el *cantar* de Salomón, cuando nos describe las recónditas bellezas de la mujer bien amada;

En un limpio mantel;

En una rabiosa cascada, cubierta de espuma como un caballo indómito;

En las provincias Vascongadas, donde no hay papel sellado, sino *blanco* por excelencia foral;

En una hermosa dentadura;

En la cabellera de un anciano, hombre de bien, que parece en su casa una bendición de Dios;

En un tazón de rica leche, si me lo sirven en el campo, bajo los árboles, al anochecer;

En un fantasma.... (¡Creo en ellos; los he visto!);

En una bandera de paz, después de largos años de guerra;

En un día de invierno, cuando nieva mucho, y yo estoy sentado á la chimenea, viendo el campo á través de dobles cristales, olvidado de los pobres que se hallan sin pan, ni casa, ni trabajo, ni abrigo;

En un pañuelo de batista, que me dice *¡adiós!* á lo lejos, cuando doblo la esquina de cierta calle;

En una azucena;

En la vela que cruza los mares con dirección á los puertos que adoro en mi memoria;

En una bata de muselina, con una mujer dentro; sentadas ambas á una reja, en el mes de Setiembre, á media noche....—Por eso soy tan melancólico....—(¡El cólera no respetó sexo ni edad!)

En la luz de la luna, cuando besa por orden mía la losa de un sepulcro, del cual yo estoy distante;

En una buena cama, después de largo viaje en que ha habido lluvias, ladrones, aduanas y malas fondas;

En el armiño del manto de los reyes, sin el cual se confundirían con sus vasallos;

En *la blanca doble*, cuando hago *dominó* con ella;

En la posesión de una *blanca*, que, multipli-

cada treinta y cinco veces, me daría un capital de más de cien millones;

En el nombre de una dama de Madrid;

En un arma *blanca*, cuando tengo miedo, celos ó ira.... (Por eso no las llevo nunca);

En toda conciencia, así privada, como curial, como política, como literaria.... (Este es un amor platónico)....

En fin, yo amo la *blancura* en todo lo que es puro, inocente, cándido, angelical, virgíneo; en lo corpóreo, en lo espiritual, en lo moral, en lo teórico, como color, como ausencia de color, como emblema, como símbolo, como apoteosis, como ropa limpia, y como albayalde, que al fin y al cabo es un veneno.

PARTE SEGUNDA.

EL VELO DE COLOR DE ROSA.

(Habla Rafael.)—La segunda vez que la vi, fué tres años después.

Era una hermosa tarde de primavera.

Paseaba yo por los alrededores de Sevilla, solo aún, siempre solo, con el corazón henchido de reconcentradas ternuras, todavía sin historia de amores, aunque más enamorado que nunca de mi aparición.

Un año antes había ido á buscarla al pueblo en que la encontré; pero ya no estaba allí, ni nadie me dió razón de tal persona.

La casa de las cortinillas blancas era un parador de Diligencias, aunque en otros tiempos hubiera sido palacio de no sé qué noble familia.

Sólo un criado del parador hizo memoria (cuando le hube designado la fecha y el balcón en que vi á la desconocida) de que era soltera, de que estuvo allí tres dias, de que se llamaba Matilde y de que viajaba con su padre, el cual se vió obligado á hacer tan larga parada en aquella aldea, por resultas de una enfermedad.

Desesperé, pues, de volver á hallar á *Matilde*, y hasta sentí saber su nombre, comprendiendo que éste me serviría únicamente para dar más cuerpo y violencia á la rara pasión que iba tomando caracteres de manía y hasta de locura en mi debilitado cerebro....

Una tarde, digo, me paseaba por los alrededores de Sevilla, cuando, en cierto angosto y solitario camino rural, me alcanzó un lujoso carruaje, tirado por dos magníficas yeguas.

Mientras yo me apartaba contra un áspero seto para no ser atropellado, el coche tuvo que detenerse; y, al través del cristal, y junto á una medio descorrida cortinilla de color de rosa, distinguí un rostro bello y sonriente, que no podía confundir con ningún otro....

¡Era ella! ¡Era Matilde!—¡Matilde, sin noticia tal vez de que yo sabía su nombre, de que yo la amaba, de que su hermosura era mi constante pensamiento hacía tres años!

Miróme atentamente, y no sé si me reconoció....

Yo me llevé la mano al sombrero; y aun pensaba indicarle que bajase el cristal, cuando de pronto.... (bien que todo esto era pronto, rápido, instantáneo) observé que enfrente de ella iba una nodriza con un niño en brazos....

Quedéme frío, insensato, estúpido....; y, cuando llegué á dominar en parte mi emoción, la

carretela había ya desaparecido al trote con dirección á la gran capital.

¡Oh desventura! Mis antiguos presentimientos se habían realizado. ¡Otro hombre la había conocido después que yo!.... ¡Matilde se había casado con él! ¡Matilde tenía un hijo que no era mío!....

¿Sabes tú la angustia, la envidia, los rabiosos celos, la desesperación que se experimenta al ver casada con otro á la mujer á quien se adoró cuando era virgen?

¿Sabes tú las adivinaciones, las intuiciones, las recreaciones infernales á que se entrega la desvergonzada imaginación del mísero y defraudado amante?

¿Te figuras cuánto padecería yo en aquel momento, al enterarme de la *traición* de Matilde?

¡Oh! ¡Y qué hermosa iba, medio oculta tras aquel velo de color de rosa!....—En medio de mi infortunio, parecióme ver á la diosa de la tarde, dormida ya en su lecho de esplendorosas nubes, al otro lado del horizonte de mi vida....

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

COMENTARIO DEL AUTOR.

La tarde ha sido de *color de rosa;* de *color de rosa* la cortina de seda del carruaje, segundo velo de nuestra heroína; de *color de rosa* es la *luna de miel,* primavera del matrimonio; de *color de rosa* es el porvenir del primogénito de una rica familia. La hora, pues, el sitio, la estación, y todas las circunstancias de la anterior escena, han sido *rosadas* y sonrientes.... Justo es, por tanto, que la segunda parte de esta relación se llame *El velo de color de rosa.*

Y aquí reparo por primera vez en que el nombre de este color es una tontería.

Se dice: «una ilusión, un vestido, un panorama de *color de rosa....*»; con lo cual no se ha dicho nada, puesto que hay rosas blancas, opalinas, doradas, pajizas, purpúreas, carmesíes....

AGUSTÍN BONNAT. *(Interrumpiéndome.)* Es que quizá habrá una *rosa* por antonomasia, desde que Venus matizó los campos con la sangre de sus pies....

—Convengo en ello: hay una *rosa* de color de sí misma; hay una *rosa* modelo, de la cual son variedades las demás....

Prescindamos, pues, de las demás y ciñámonos á ella.

Queda planteada así la cuestión:

—¿De qué color es una *rosa?*

AGUSTÍN BONNAT.—De *color de rosa*.

—¿Y una *rosa* de *color de rosa?*

AGUSTÍN BONNAT.—*Rosada*.

—Eso no puede ser.—Déjame pensar un rato. Yo daré con ello.—Fuma si quieres.

Una *rosa*...., una *rosa*.... es de color de.... de....

De color de uñas. (Yo gusto de las uñas bonitas, largas, sonrosadas....)

De color de labios de niño. (¡Qué grato es tener por amigo íntimo, no á ningún hombre, sino á un chiquitín de tres años!....)

De color de billetes de quinientos reales.

De color de.... (Aquí vuelvo á recordar el *cantar* de Salomón.)

De color de rubor....—¡Bendito sea él! ¡Bendito sea cuando abrasa una mejilla morena sellada por un beso....;

Cuando sube á la frente de una virgen, é impone respeto á un atrevido galán;

Cuando invade las orejas de un hombre tímido;

Cuando atestigua honradez, vergüenza, indignación, modestia!....

¡Bendito sea él, cuando decimos al verlo: *¡Mire V., mire V.: el embuste le sale á la cara!*

Ó cuando ha sido comprado en una perfumería y se lo lleva en los labios un D. Juan de entre-bastidores;

Ó cuando es producido por el deseo, más bien que por el temor;

Ó cuando ilumina de júbilo y de entusiasmo un rostro marchito antes de tiempo;

Ó cuando viene seguido de una apoplejía fulminante....!

Pero vuelvo á la *rosa*.

Una *rosa* es:

De color de viaje á Madrid, cuando lleva uno la cartera atestada de cartas de recomendación.... (Yo llegué á Madrid sin cartera, ni más ni menos que hoy se halla el Presidente del Consejo de Ministros.)

De color de herida que empieza á sanar;

De color de *María*, llamada *Rosa Mystica*, denominación, por cierto, muy tierna é inspirada....—¡Bien, que toda la *Letanía* es un cántico divino, que parece escrito por los ángeles; un *Rosario* de dulcísimas metáforas, que equivale á un ramillete de ricas flores!....

¡Ah! Yo gusto de recordar á mis solas la *Letanía*,—y siempre me dejo algo.

Pero, á propósito de *rosario*:

Una *rosa* puede ser también:

De color de *rosario*, puesto que *rosario* significa *guirnalda de rosas*....

De color de cierto *rosoli* del mismo nombre, que beben los imperitos.

De color de polvos dentífricos de Quiroga.... (Los recomiendo.)

De color de alegría,

De color de fresa,

De color de amor, de dicha, de esperanza, de juventud, de castillos en el aire, de salud, de amanecer, de flor entreabierta, de fruto sano, de escenas pastoriles, de gloria, de adolescencia, y de papel secante para que no se borre esta novela...:

¡Escoged!

PARTE TERCERA.

EL VELO VERDE.

I.

(*Habla Rafael.*) Inútilmente busqué á Matilde por toda Sevilla : no la encontré.

Pasó un año.

Mi amor, mi extravagante amor, era una monomanía, una locura.

Cuando un hombre de mi temple se fija en un deseo y no lo consigue, vive como Prometeo, sintiendo en las entrañas el lento roer de un buitre.

Veía otras mujeres, otras caras; yo era lo bastante rico para hacerme amar, lo bastante joven para inspirar amor; pero yo no quería otra mujer que aquella. Yo la había visto niña, virgen, inocente. Yo había meditado sobre su destino. Yo había seguido su vida con la imaginación. Yo estaba íntimamente ligado á ella.... Y, por tanto, padecía como un esposo ofendido, como un amante abandonado, como un bienhechor á quien afligen la ingratitud y la perfidia de su cliente.

Tal era mi estado la tercera vez que la vi.

II.

Terminaba un baile de máscaras en el gran salón del teatro de Oriente en Madrid.

De pronto oyéronse ásperos gritos, y se produjo grande alarma bajo la famosa araña central, punto de cita de las personas más elegantes.

Parecía ser que un caballero había arrancado la careta á cierta máscara vestida de hechicera y cubierta con un velo verde....

Decíase que el agresor era su esposo, y que la había oído jurar amor y constancia á otro caballero, de cuyo brazo iba.

Éste, al ver la atrevida acción con que el injuriado marido adquirió la certeza de su infortunio y de su deshonra, lo insultó ferozmente, y aun puso la mano sobre su rostro....

Palabras de duelo á muerte habían mediado, por tanto, entre el esposo y el amante, que por cierto se conocían y hasta se tuteaban....

Yo me acerqué al lugar del conflicto.

La adúltera recobraba en aquel instante el conocimiento, sostenida por algunas piadosas enmascaradas y rodeada de varios caballeros que la defendían del airado esposo, empeñado en ahogarla allí mismo con sus manos.

Nadie la conocía.... Pero todos la amparaban misericordiosamente.

Yo sí la conocí.—¡Era *ella!* ¡Era Matilde!

Sin darme cuenta de lo que hacía, penetré en el grupo, y le dije á la sin ventura, ofreciéndole mi brazo para que se apoyara:

—¡Nada tema V., Matilde!.... ¡Nada tema V.!.... Aquí estoy yo....

—Este caballero la conoce.... — exclamaron algunos, cediéndome el honor de protegerla.

La infortunada me miró, y lanzó un leve grito, al propio tiempo que se tapaba el rostro con las manos....

¡Me había reconocido!

—¿Quién es esta señora? ¿Cómo se llama su esposo?—me preguntaban al propio tiempo los circunstantes, en voz baja y con extremada cortesía.

—No lo sé....—respondí tan estúpidamente, que todos se echaron á reir.

Entre tanto, la *hechicera* había logrado escapar y perderse entre el compacto gentío, y el marido era conducido ante la Autoridad por un comisario de policía.

—¿Quién es la señora que ha dado ese escándalo? ¿Cómo se llama su marido?—pregunté yo entonces á mi vez á varias personas....

Pero nadie los conocía, ni pudo tampoco decirme el nombre del tercer personaje de aquella horrible escena, de mi segundo venturoso rival, del amante de Matilde....

En cuanto á las consecuencias del lance, nada oí hablar en Madrid al dia siguiente ni en los sucesivos.

Comprenderás perfectamente que no había yo de hacer indagaciones directas y formales por medio de la policía.

¡Para qué, ni por qué?

¡Ay! Matilde me inspiraba ya, no sólo amor, no sólo despecho, no sólo piedad, no sólo lástima, sino también terror y miedo....

Además, su actitud al reconocerme en el baile, demostraba que no quería tener nada que ver conmigo; que también me temía ó me odiaba; que yo le infundía, lo mismo que ella á mí, no sé qué terror supersticioso, y que lo mejor que podíamos desear era no volver á encontrarnos en toda la vida.

Sin embargo, la fatalidad lo había dispuesto de otro modo.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

COMENTARIO DEL AUTOR.

Todo baile de máscaras tiene algo de *infernal;* é *infernal* se titula la *galop* con que todos acaban....

Pues bien: lo infernal es *verde*.

Una hechicera huele á *azufre*....

El azufre tira á *verde*.

Y el adulterio es *verde*....; es decir, un cuento *verde*.

Por tanto: aun prescindiendo del color del velo que envolvía á Matilde en el baile de máscaras, he procedido como un sabio al titular esta fatídica tercera parte de la historia de Rafael: EL VELO VERDE.

Lo cual no impide para que sean todo lo contrario de fatídicas, y á mí me gusten mucho, las siguientes cosas *verdes:*

Paul de Kock....

Un vestido de terciopelo *verde*.—Dicen que el terciopelo viste mal.... Pero el *verde*, cuando oprime un talle esbelto, adquiere graciosos tornasoles de culebra....—¡Jóvenes recién casadas! Si tenéis buen talle, egregia garganta y elegantes caderas, y sabéis andar á la andaluza, id á la Plaza de San Antonio de la ciudad de Cádiz, á las tres de la tarde de un día de Enero, con vestido de terciopelo verde y mantilla de blonda....—¡Así os he visto yo!....—¡Ah, francesas, francesas! Si no queréis suicidaros, no vayáis á la Plaza de San Antonio de la ciudad de Cádiz!

Pero basta de digresión, y sigamos enumerando cosas *verdes* que me son gratas:

Las olas del mar;

Los negros, vestidos de ceremonia, en su país;

Los trigos en Marzo;

Algunos ojos de coqueta;

El bronce antiguo;

El tapete de una mesa de juego, cuando juega uno la última moneda que espera tener;

Las esmeraldas;

Las cortinas de las salas de óptica de los hospitales, y las gafas de un amigo mío;

Y las hojas de casi todas las plantas.

No diré nada de las mesas de billar, ni de los Cazadores del ejército, ni de la Cruz de Alcántara, ni de las islas de *Cabo-Verde*, ni de los pabellones de Irlanda, Constantinopla, Maratas, Marruecos, Salé, Alto Perú, Trípoli y Texel, que todos son *verdes*....

Pero no pasaré en silencio el laurel sacro de los artistas....

Tampoco dejaré de hacer mención de la encina de *Irminsul*, del primer traje de Eva, de los cocodrilos, y de las uvas *verdes* de la fábula.

Pero lo que sobre todo amo yo, es la *esperanza*, de que es símbolo el color *verde*.

Y la amo con frenesí, con locura, como á una coqueta casquivana que me atrae, me repele, me acaricia y me burla á un mismo tiempo....

¡Ay!.... ¡Quizás la amo más bien como se ama á una muerta querida....; esto es, á una *querida* muerta!

PARTE CUARTA.

EL VELO AZUL

I.

—¡Bravo!

—¡Re-bravo!

—¡Archi-bravo!

—¡Proto-bravo!

—¡Non-plus-ultra-bravo!

—¡Bravo-Murillo!

—¡Maldición sobre ti, político de los diablos!

—¡Tú nos desencantas al hablarnos de los hombres!

Una rubia.—¿Pues de qué ha de hablarnos? ¿Qué sería del mundo sin hombres?

—¡Los políticos no son hombres!

—Son animales divorciados de la naturaleza.

—Son locos; dejan lo positivo por lo ideal.

—Y, *viceversa;* son los poetas de la prosa: persiguen la *quimera* de un dudoso materialismo.

—¡Valen menos que una botella vacía!

—¡Valen menos que el corazón de mi Dolores!

Dolores.—Desde que tú reinas en él.

—¡Luego yo reino!

—¡Él reina!

—¡No se admiten razonamientos!
—¡Muera el silogismo!
—¡Viva el dinero!
—¡Y el ocio!
—¡Y el vino!
—¡Y la bacanal!
—¡Guerra al trabajo!
—¡Y al pensamiento!
—¡Y al estudio!
—¡Guerra á la guerra!
—¡Dadme un abrazo!
—¡Quemad perfumes!
—¡Llenad mi copa!
—¡Bailad, infames!
—¡Canta, Dolores!
—¡Abrid ese piano!
—¡Dadme opio!
—¡Á mí cigarros!
—¡Dejadme dormir!
—¡Coronadme de flores!
—¡Poeta, improvisa!

—¡Allá va!.... Necesito un trono.... Hacédmelo con vuestros brazos, hijas mías.... ¡Lavadme los pies, esclavas!—¡Atención!

¡Dadme vino! ¡dadme sueño!
¡dadme muerte! ¡dadme olvido!
¡Cese ya este loco empeño
en que el hombre nunca es dueño
del placer apetecido!

Ó dadme vida mejor,
en que, clavada la rueda
del tiempo devastador,
gozar sin recelo pueda
eternidades de amor.

—¡Bravo! ¡re-bravo! ¡archi-bravo! ¡non-plus-ultra-bravo!

¡Dadme esa vida que veo
al través de aquesta vida!....
¡Dadme esa vida en que creo...;
esa vida que deseo
como una gloria perdida!
¡Dadme la vida inmortal!....
y, si esto es mucho pedir,
prosiga la bacanal,
y en este frágil cristal
escanciadme el porvenir.

—Poeta, tú lloras....
—Tú sientes....
—Tú recuerdas....
—Tú amas....
—¡Fuera el poeta! ¡Muera el hombre que tiene corazón!

.....

El poeta se encoge de hombros, y se bebe otra botella de Champagne.

Tres minutos después cae sobre la alfombra.

Una salva de carcajadas truena sobre sus ruínas.

Dolores recuesta en su regazo la marchita fren-

te del joven cantor, y lo ve dormir con honda pena.

Entre tanto ruge el piano locamente bajo los dedos del músico.

Está ebrio, y traza un preludio frenético, delirante.

Todos guardan silencio.

Una fantasía lúgubre, siniestra, desesperadora, brota del aire.

Es la *Campana de los agonizantes*, del maestro Schubert.

Dan las tres de la mañana.

Las bujías van amortiguándose consumidas.

El sueño se apodera de aquellas cabezas estúpidas ó insensatas.

La canción espira lentamente....

El músico se duerme sobre el piano, y, al rodar luego al suelo, arranca del teclado un largo gemido inacorde....

Sólo vela ya, pues, entre los calaveras y cortesanas vencidos por la orgía, la insomne y triste mirada de Dolores....

.....

Pero ¡ay, no!.... ¡Que también estaba yo allí!

—¿Tú, Rafael?

—Sí: ¡yo mismo!.... ¡Ojalá no fuera cierto!

—Cuéntame.... Cuéntame....

II.

(*Sigue Rafael.*)—Yo había presenciado, oculto detrás de una cortina, la escena que acabo de pintarte.

No pudiendo creer que Matilde, mi adorada de toda la vida, hubiese descendido tanto en la escala de la degradación, habíame hecho conducir á aquella infame casa, en uno de cuyos balcones me parecía haberla visto servir de muestra y señuelo á los transeuntes.

Y, desgraciadamente, no me habían engañado mis ojos....—¡Dolores era Matilde!.... ¡Matilde, cuya impudente desnudez...., no diré que estaba encubierta, sino que lucía más y más, adornada por una vil túnica de gasa azul!....

Ni por un momento pensé en hablarle....—¡Respetaba demasiado mi antiguo ideal, la ilusión de tantos años, para prostituirla en un minuto!

Crucé, sin embargo, ante ella, saliendo de mi escondite, cuando hubo terminado la bacanal, y le dirigí una dolorosa mirada.

La sin ventura dió un grito de espanto, de vergüenza, de remordimiento, como si viera ante sí el fantasma de sus muertas virtudes, y se cubrió el rostro con las manos.

El poeta que dormitaba con la cabeza reclina-

da en las rodillas de la asalariada beldad, abrió los ojos al oir aquel grito; la miró con ojos estúpidos; trató de abrazarla; y, no permitiéndolo la embriaguez, volvió á dormirse tartamudeando algunos versos....

Yo huí de aquella casa, loco de amor y desesperación.

FIN DE LA CUARTA PARTE.

COMENTARIO DEL AUTOR.

¡Lo *azul!*—He aquí mi color favorito.

¡Lástima, pues, que en la anterior escena Matilde estuviera velada de *azul!*....

Lo *azul* es el crepúsculo de lo negro....—(Ya lo dije antes de ahora, creo que hablando del color de la bóveda celeste....—Pero después me he arrepentido de este blasfemo epígrama.)

Azul es la melancolía del espíritu; no la corporal, que es amarilla, según veremos más adelante.

Azul es la distancia,—patria del pensamiento.

Azules son los lirios, esas elegías del mundo de las flores.

Azul, en fin, es la tristeza.

Azul es Alfonso de Lamartine, según Alfonso de Cormenin.

La lontananza del horizonte, las remotas montañas, el Océano, el cielo...., ¡todo lo inmenso, todo lo infinito.... es *azul!*

¡El cielo!...., fanal que recoge y guarda los suspiros del género humano, el ámbar de nuestra fe y el humo de las chimeneas....

El humo, he dicho.... — ¡También es *azul* el humo! ¡Y cuenta que el humo representa cosas! — Os recomiendo que penséis en el humo.... ¡Tal vez no hay nada tan poético ni tan filosófico en la naturaleza! El humo es el término medio entre el ser y el no ser, entre la tierra y el cielo....

¡Ah! ¿quién sabe si lo *azul* del cielo consistirá en que está ahumado ?....

Por lo demás, yo amo el cielo; ese cielo interminable, que consigue rendir los bríos y la curiosidad de mi alma; ese cielo mucho más extenso que mis deseos de volar, y que mis fuerzas, y que mi paciencia...., pero no que mi esperanza; ese cielo, en fin, que me ha enseñado á despreciar la tierra, bien que no á comprender la vida....

¡Oh! ¡qué grande es todo lo *azul!*

Y, además, ¡qué bonito!

Azules eran aquellos ojos de serafín, hoy cerrados por la impía muerte, que no hablaban á mis pasiones, sino que acariciaban suavemente mi corazón, calmando en él la fiebre de los sentidos....

Azules son ciertos diablos extranjeros que llevan este nombre, y los lagos de Suíza, y la tísis, y la putrefacción, y aquellos lazos de seda con que amortajan en toda Europa á las vírgenes....

Mas, ¿qué digo?—Todo lo moribundo, todo lo que va á desaparecer, es *azul*.—Por ejemplo: la mañana es *blanca*, y la tarde es *azul*....

Como *azul* es la asfixia.... (Véase *Cyanosis.*)

Y las venas de las mujeres blancas, y el manto de las *Concepciones* de Murillo, y la ausencia, y los celos, y las violetas, y otras muchas cosas exquisitas, son *azules*....

¡Qué horror! ¡Acabo de acordarme de las medias de los aragoneses!

PARTE QUINTA.

EL VELO NEGRO.

I.

SIGUE RAFAEL.

El velo con que siempre se me aparecía aquella mujer, iba obscureciéndose poco á poco, como su destino y como mi alma.

Ciñó primero el velo *blanco* de la inocencia, después el velo *rosado* de la dicha, luego el velo *verde* de criminales deseos y esperanzas, en seguida el velo *azul* del desamparo y la tristeza.... —No fué mucho, por tanto, que, al aparecérseme otra vez, ciñera el velo *negro* del pesar y los remordimientos....

Era el día de Finados.

Estaba yo en el cementerio que guarda las cenizas de mis padres, y paseábame por aquellas largas calles de tumbas, como un alma en pena.

De pronto distinguí, entre el gentío, una pobre mujer vestida de negro, que colocaba algunas flores sobre la sepultura de un niño.

¡Era *ella!*

Procuré que no me divisara....—¡No quise

que mi vista acrecentase su dolor, recordándole aquel tiempo dichoso en que la vi joven y llena de hermosura, dentro de lujosa carretela, en las orillas del Guadalquivir, acompañada del precioso niño de color de rosa que me causó tantos celos y envidia!

¡Desventurada! ¡Su hijo la había abandonado también!....—Pero ella no le había olvidado, y desde la más honda miseria, desde los abismos de la infamia, iba á cubrir su sepultura de lágrimas y flores!....

Aquella piedad maternal la redimió á mis ojos; y, al alejarme, sin que por fortuna me hubiese visto, exclamé con indecible amargura:

—¡Matilde! ¡Matilde!.... No quiero volver á verte.... ¡Ignore yo, al menos, el triste fin de tu existencia, ya que la suerte no dispuso que corriese unida á la mía!

¡Pero el cielo lo quiso de otro modo, y volví á verla!....

FIN DE LA QUINTA PARTE.

COMENTARIO DEL AUTOR.

Lo *negro* absorbe todos los colores; como el luto de una madre resume las esperanzas cifradas en su hijo....

Sin embargo, ¡benditos sean tus ojos *negros*,

actual amada de mi alma! (He dicho *actual.*)

Tus ojos *negros,* sepulcro de todas las miradas mías....

Tus ojos *negros*, siempre fatigados y sedientos de amor....

Tus ojos *negros*, que leen en lo profundo de mis ideas....

¡Tus ojos *negros!*....

Y tu mantilla *negra*....

Y tus cabellos, y tus cejas, y tus párpados *negros*....

Y tu botita *negra* de charol.

Y después de ti, ¡maldito sea todo lo *negro!*

La noche sin luna ni luceros.... ¡maldita sea!

La nada....

El ateismo....

El odio....

La primera hora de viudez....

¡Malditos! ¡Malditas!

Y la tinta de mi tintero....—¡Ah! ¡no!

¡Bendita sea la tinta *negra* de mi tintero!

Ella es mi capital,

Mi descanso,

Mi recreo,

Mi porvenir,

¡Quizás mi gloria!

¡Bendita sea la tinta *negra* de mi tintero!

Mi tintero encierra un mundo, una infinidad de seres que nacerán algún día.

¡Pienso escribir cien novelas de pura invención!

Cien novelas, á veinte personajes, componen dos mil individuos.

Ellos vivirán, hablarán, y *forse*.... dejarán un recuerdo....

Yo los sacaré de la nada, los crearé, les daré cara, pasiones y vestidos á medida de mi gusto, los bautizaré ó no los bautizaré, y les cortaré el pescuezo el día que se me antoje....

¿No es esto ser un semi-Dios?

¿Qué me falta?

Crear la materia; la parte vil del universo, y haberme creado á mí propio....

Pero almas, caracteres, afectos, discursos, sucesos que parecerán reales, yo los inventaré, yo los lanzaré al mundo, yo haré que influyan en su marcha tanto como si fueran verdad.

¡Bendita sea, pues, la tinta *negra* de mi tintero!

Y, fuera de mi amada y de mi tintero, ¡mueran todas las cosas *negras!*

Pero ahora recuerdo que soy cristiano y negrófilo....

Elimino, pues, de mi reprobación á San Benedicto y á todos los esclavos del mundo.

En cambio, incluyo á los limpiabotas.

Odio además los escarabajos,

Los cabestrillos,

Los lutos,

El carbón,

La pólvora,

Y el casco de las botellas vacías.

Pero aquí se me ocurren otras cosas negras que amo.

Amo al negro *Plácido*, al poeta sacrificado, al *Chénier* de América.

Amo un templo obscuro, una catacumba.

Cualquier superstición.

Un traje *negro* de señora.

El ébano, las trufas, el frac, el azabache.

Y una aventura en el interior de una chimenea. Y, sobre todo lo *negro*, amo ó aborrezco mucho (pues no sé qué decir) un alma de ciego de nacimiento....

Porque la ceguedad, ó la ceguera (como queráis llamarla), es el bello ideal de lo *negro*.

¡Ser ciego! ¡no ver! ¡no haber visto!....

He aquí el más alto símbolo de la negrura.

PARTE SEXTA.

EL VELO AMARILLO.

(Habla Rafael.)— La última vez que la vi fué también al través de un velo.

Pasaba yo un día por la calle de la Montera, cuando un amigo mío, que estaba parado en la puerta de la iglesia de San Luís, me llamó, y suplicóme que entrase á ser testigo de una boda, en sustitución de otro que tardaba.

Accedí, y al atravesar el templo con dirección á la sacristía, vi en medio de él una mujer todavía joven, enteramente sola...., completamente abandonada....

¡Era Matilde!....

Cubría su faz un espantoso velo *amarillo*....

¡El velo de la muerte!

Porque, ¡ay! Matilde no era ya Matilde....— Era un cadáver, tendido en negro y pobre ataud, ¡en la *caja de las Ánimas!*

Lloré entonces su desgraciada suerte...., y, ¡mira!...., no sé por qué, todavía la lloro....

FIN DE LA SEXTA Y ÚLTIMA PARTE.

COMENTARIO DEL AUTOR.

Hay algo más horrible que lo negro, y es lo *amarillo*.

Negro es el caos; negro es el no ser; pero la muerte del ser, la muerte de lo que ha vivido, es *amarilla* como las mieses agostadas.

El ocio, el tedio, el fastidio, todos los engendros de la hiel, son *amarillos*. Dijérase que en ellos la muerte está mezclada con la vida.

La siempre-viva, flor de las tumbas; una lámpara cansada de arder, y el oro, frío y devastador, *amarillean* también como los cadáveres.

La fiebre *amarilla* es la peor de las fiebres....

Y la cera *amarilla* es la cera funeral.

Y amarillos son:

El cólera y la cólera,

Todo lo viejo, todo lo rancio y todo lo descolorido,

La hopa de los ahorcados,

Los arenales de África,

Las hienas,

La ictericia, la misantropía, la androfobia.

La dolencia y el dolor,

El insondable hastío,

¡El hambre!,

La faz del libertinaje,

Los pergaminos,

Pallida mors,

Una carta de amor de antiquísima fecha....,

Y la mitad de la bandera española.

¡Ay de aquel, cuya vida es un amarillento erial cubierto de espinas, que le recuerdan otras tantas rosas llevadas por el viento!

¡Ay de la bandera española!

Adiós, Agustín Bonnat.

PARÍS, 1855.

FIN.

MOROS Y CRISTIANOS

MOROS Y CRISTIANOS

—

CUENTO

I.

La antes famosa y ya poco nombrada villa de Aldeire forma parte del Marquesado del Cenet, ó, como si dijéramos, del respaldo de la Alpujarra, hacia Levante, y está medio colgada, medio escondida, en un escalón ó barranco de la formidable mole central de Sierra-Nevada, á cinco ó seis mil pies sobre el nivel del mar y seis ó siete mil por debajo de las eternas nieves del Mulhacem.

Aldeire, dicho sea con perdón de su señor Cura, es un pueblo morisco. Que fué moro, lo dicen claramente su nombre, su situación y su estructura, y que no ha llegado aún á ser enteramente cristiano, aunque figure en la España recon-

quistada y tenga su iglesita católica y sus cofradías de la Virgen, de Jesús y de no pocos Santos y Santas, lo demuestran el carácter y costumbres de sus moradores, las pasiones terribles, cuanto quiméricas, que los unen ó separan en perpetuos bandos, y los lúgubres ojos negros, pálida tez y escaso hablar y reir de mujeres, hombres y niños....

Porque bueno será recordar, para que ni dicho señor Cura ni nadie ponga en cuarentena la solidez de este razonamiento, que los Moriscos del Marquesado del Cenet no fueron expulsados en totalidad como los de la Alpujarra, sino que muchos de ellos lograron quedarse allí agazapados y escondidos, gracias á la prudencia, ó cobardía, con que desoyeron el temerario y heroico grito de su malhadado príncipe Aben-Humeya; de donde yo deduzco que el tío Juan Gómez (a) *Hormiga*, Alcalde constitucional de Aldeire en el año de gracia de 1821, podía muy bien ser nieto de algún Mustafá, Mahommed ó cosa por el estilo.

Cuéntase, pues, que el tal Juan Gómez, hombre á la sazón de más de media centuria, rústico muy avisado, aunque no entendía de letra, y codicioso y trabajador con fruto, como lo acreditaba, no solamente su apodo, sino también su mucha hacienda, por él adquirida á fuerza de buenas ó malas artes y representada en las mejores

suertes de tierra de aquella jurisdicción, tomó á censo enfitéutico del caudal de Propios, y casi de balde, mediante algunas gallinas no ponedoras que regaló al Secretario del Ayuntamiento, unos secanos situados á las inmediaciones de la villa, en medio de los cuales veíanse los restos y escombros de un antiguo castillejo, morabito ó atalaya árabe, cuyo nombre era todavía *La Torre del Moro.*

Excusado es decir que el tío Hormiga no se detuvo ni un instante á pensar en qué moro sería aquél, ni en la índole ó prístino objeto de la arruinada construcción: lo único que vió desde luego más claro que el agua fué que, con tantas desmoronadas piedras y con las que él desmoronara, podía hacer allí un hermoso y muy seguro corral para sus ganados; por lo que, desde el día siguiente, y como recreo muy propio de quien tan económico era, dedicó las tardes á derribar por sí mismo, y á sus solas, lo que en pie quedaba del vetusto edificio arábigo.

—¡Te vas á reventar!— le decía su mujer, al verlo llegar por la noche, lleno de polvo y de sudor y con la barra de hierro oculta bajo la capa....

—¡Al contrario! (respondía él.) Este ejercicio me conviene para no podrirme como nuestros hijos los estudiantes, que, según me ha dicho el estanquero, estaban la otra noche en el teatro de

Granada y tenían un color de manteca que daba asco mirarlos....

—¡Pobres! ¡De tanto estudiar!—Pero á ti debía darte vergüenza de trabajar como un peón, siendo el más rico del pueblo, y alcalde por añadidura.

—Por eso voy solo....—¡Á ver!.... Acércame esa ensalada....

—Sin embargo, convendría que te ayudase alguien.... ¡Vas á echar un siglo en derribar la Torre, y hasta quizás no sepas componértelas para volcarla toda!....

—¡No digas simplezas, Torcuata! Cuando se trate de construir la tapia del corral, pagaré jornales, y hasta llevaré un maestro alarife.... —¡Pero derribar sabe cualquiera! — ¡Y es tan divertido destruir!....—¡Vaya!.... quita la mesa y acostémonos!....

—Eso lo dices porque eres hombre. — ¡A mí me da miedo y lástima todo lo que es deshacer!

—¡Debilidades de vieja! ¡Si supieras tú cuántas cosas hay que deshacer en este mundo!

—¡Calla, francmasón!—¡En mal hora te han elegido Alcalde! ¡Verás cómo, el día que vuelvan á mandar los realistas, te ahorca el Rey absoluto!

—¡Eso.... lo veremos!—¡Santurrona! ¡Beata! ¡Lechuza!—¡Vaya!: apaga esa luz, y no te santigües más...., que tengo mucho sueño.

Y así continuaban los diálogos, hasta que se dormía uno de los dos consortes.

II.

Una tarde regresó de su faena el tío Hormiga muy preocupado y caviloso, y más temprano que de costumbre.

Su mujer aguardó á que despachase á los mozos de labor, para preguntarle qué tenía, y él respondió enseñándole un tubo de plomo con tapadera, por el estilo del cañuto de un licenciado del ejército: sacó de allí, y desarrolló cuidadosamente, un amarillento pergamino escrito en caracteres muy enrevesados, y dijo con imponente seriedad:

—Yo no sé leer, ni tan siquiera en castellano, que es la lengua más clara del mundo; pero el diablo me lleve si esta escritura no es de moros.

—¿Es decir, que la has encontrado en la Torre?

—No lo digo sólo por eso, sino porque estos garrapatos no se parecen á ningunos de los que he visto hacer á gente cristiana.

La mujer de Juan Gómez miró y olió el pergamino, y exclamó con una seguridad tan cómica como gratuíta:

—¡De moros es!

Pasado un rato, añadió melancólicamente:

—Aunque también me estorba á mí lo negro, juraría que tenemos en las manos la licencia

absoluta de algún soldado de Mahoma, que ya estará en los profundos infiernos.

—¿Lo dices por el cañuto de plomo?

—Por el cañuto lo digo.

—Pues te equivocas de medio á medio, amiga Torcuata; porque ni los moros entraban en quintas, según me ha dicho varias veces nuestro hijo Agustín, ni esto es una licencia absoluta.—Esto es.... un....

El tío Hormiga miró en torno suyo, bajó la voz, y dijo con entera fe:

—¡Estas son las señas de un Tesoro!

—¡Tienes razón! (respondió la mujer, súbitamente inflamada por la misma creencia.) ¿Y lo has encontrado ya? ¿Es muy grande? ¿Lo has vuelto á tapar bien? ¿Son monedas de plata, ó de oro? ¿Crees tú que *pasarán* todavía?—¡Qué felicidad para nuestros hijos! ¡Cómo van á gastar y á triunfar en Granada y en Madrid!—¡Yo quiero ver eso!—Vamos allá....—Esta noche hace luna....

—¡Mujer de Dios! ¡Sosiégate! ¿Cómo quieres que haya topado ya con el Tesoro, guiándome por estas señas, si yo no sé leer en moro ni en cristiano?

—¡Es verdad! Pues, mira.... Haz una cosa: en cuanto Dios eche sus luces, apareja un buen mulo; pasa la Sierra por el Puerto de la Ragua, que dicen está bueno, y llégate á Ugíjar, á casa

de nuestro compadre D. Matías Quesada, el cual sabes entiende de todo....—Él te pondrá en claro ese papel y te dará buenos consejos, como siempre.

—¡Mis dineros me cuestan todos sus consejos, á pesar de nuestro compadrazgo!.... Pero, en fin, lo mismo había pensado yo. Mañana iré á Ugíjar, y á la noche estaré aquí de vuelta; pues todo será apretar un poco á la caballería....

—Pero ¡cuidado que le expliques bien las cosas!....

—Poco tengo que explicarle. El cañuto estaba escondido en un hueco ó nicho, revestido de azulejos como los de Valencia, formado en el espesor de una pared. He derribado todo aquel lienzo, y nada más de particular he hallado. Debajo de lo ya destruído comienza la obra de sillería de los cimientos, cuyas enormes piedras, de más de vara en cuadro, no removerán fácilmente dos ni tres personas de puños tan buenos como los míos. Por consiguiente, es necesario saber de una manera fija en qué punto estaba escondido el Tesoro, so pena de tener que arrancar, con ayuda de vecinos, todos los cimientos de la Torre....

—¡Nada! ¡Nada! ¡Á Ugíjar en cuanto amanezca!—Ofrécele á nuestro compadre una parte...., no muy larga, de lo que hallemos, y, cuando sepamos dónde hay que excavar, yo

misma te ayudaré á arrancar piedras de sillería. —¡Hijos de mi alma! ¡Todo para ellos!—Por lo que á mí toca, sólo siento si habrá algo que sea pecado en esto que hablamos en voz baja.

—¿Qué pecado puede haber, grandísima tonta?

—No sé explicártelo.... Pero los Tesoros me habían parecido siempre cosa del demonio, ó de duendes....—Además, ¡tomaste á censo aquel terreno por tan poco rédito al año!.... ¡Todo el pueblo dice hubo trampa en el tal negocio!

—¡Eso es cuenta del Secretario y de los Concejales! Ellos me hicieron la escritura.

—Por otro lado, tengo entendido que de los Tesoros hay que dar parte al Rey....

—Eso es cuando no se hallan en terreno propio, como éste mío....

—¡Propio! ¡Propio!.... ¡Á saber de quién sería esa torre que te ha vendido el Ayuntamiento!

—¡Toma! ¡Del *Moro!*

—¡Á saber quién sería ese *Moro!*.... Por de pronto, Juan, las monedas que el *Moro* escondiera en su casa, serían suyas ó de sus herederos; no tuyas, ni mías....

—¡Estás diciendo disparates! ¡Por esa cuenta, no debía yo ser Alcalde de Aldeire, sino el que lo era el año pasado cuando se pronunció Riego! ¡Por esa cuenta, habría que mandar todos los años á África, á los descendientes de los Moros,

las rentas que produjesen las vegas de Granada, de Guadix y de centenares de pueblos!....

—¡Puede que tengas razón!.... En fin, ve á Ugíjar, y el compadre te aconsejará lo mejor en todo.

III.

Ugíjar dista de Aldeire cosa de cuatro leguas de muy mal camino. No serían, sin embargo, las nueve de la siguiente mañana cuando el tío Juan Gómez, vestido con su calzón corto de punto azul y sus bordadas botas blancas de los días de fiesta, hallábase ya en el despacho de D. Matías de Quesada, hombre de mucha edad y mucha salud, doctor en ambos Derechos y autor de la mayor parte de los *entuertos* contra la justicia que se hacían por entonces en aquella tierra. Había sido toda su vida lo que se llama un abogado picapleitos, y estaba riquísimo y muy bien relacionado en Granada y Madrid.

Oído que hubo la historia de su digno compadre, y después de examinar atentamente el pergamino, díjole que, en su opinión, nada de aquello olía á Tesoro; que el nicho en que halló el tubo debió de ser un *babuchero*, y que el escrito le parecía una especie de oración que los moros suelen leer todos los viernes por la mañana.... Pero que, sin embargo, no siéndole á él

completamente conocida la lengua árabe, remitiría el documento á Madrid, á un condiscípulo suyo que estaba empleado en la Comisaría de los Santos Lugares, á fin de que lo enviara á Jerusalén, donde lo traducirían al castellano; por todo lo cual sería conveniente mandarle al madrileño un par de onzas de oro, en letra, para una jícara de chocolate.

Mucho lo pensó el tío Juan Gómez antes de pagar un chocolate tan caro (que resultaba á diez mil doscientos cuarenta reales la libra); pero tenía tal seguridad en lo del *tesoro* (y á fe que no se equivocaba, según después veremos), que sacó de la faja ocho monedillas de á cuatro duros y se las entregó al abogado, quien las pesó una por una antes de guardárselas en el bolsillo; con lo que el tío Hormiga tomó la vuelta de Aldeire, decidido á seguir excavando en la Torre del Moro, mientras tanto que enviaban el pergamino á Tierra Santa y volvía de allá traducido; diligencias en que, según el letrado, se tardaría cosa de año y medio.

IV.

No bien había vuelto la espalda el tío Juan, cuando su compadre y asesor cogió la pluma y escribió la siguiente carta, comenzando por el sobre:

«SR. D. BONIFACIO TUDELA Y GONZÁLEZ, *Maestro de capilla de la Santa Iglesia Catedral de CEUTA.*

«Mi querido sobrino político:

»Solamente á un hombre de tu religiosidad confiaría yo el importantísimo secreto contenido en el documento adjunto. Dígolo, porque indudablemente están escritas en él las señas de un *tesoro*, de que te daré alguna parte, si llego á descubrirlo con tu ayuda. Para ello es necesario que busques un moro que te traduzca ese pergamino, y que me mandes la traducción en carta certificada, sin enterar á nadie del asunto, como no sea á tu mujer, que me consta es persona reservada.

»Perdona que no te haya escrito en tantos años; pero bien conoces mis muchos quehaceres. Tu tía sigue rezando por ti todas las noches al tiempo de acostarse. Que estés mejor del dolor de estómago que padecías en 1806, y sabes que te quiere tu tío político,

»MATÍAS DE QUESADA.

»UGIJAR *15 de Enero de 1821.*

»POSDATA.—Expresiones á Pepa, y dime si habéis tenido hijos.»

Escrita la precedente carta, el insigne juriscon-

sulto pasó á la cocina, donde su mujer estaba haciendo calceta y cuidando el puchero, y díjole las siguientes expresiones en tono muy áspero y desabrido, después de echarle en la falda las ocho monedas de á cuatro duros que ya conocemos:

—Encarnación: ahí tienes: compra más trigo, que va á subir en los meses mayores, y procura que lo midan bien. Hazme de almorzar, mientras yo voy á echar al correo esta carta para Sevilla, preguntando los precios de la cebada.—¡Que el huevo esté bien frito y el chocolate claro! ¡No tengamos la de todos los días!

La mujer del abogado no respondió palabra, y siguió haciendo calceta como un autómata.

V.

Dos semanas después, un hermosísimo día de Enero, como sólo los hay en el Norte de África y en el Sur de Europa, tomaba el sol en la azotea de su casa de dos pisos el Maestro de capilla de la catedral de Ceuta, con la tranquilidad de quien ha tocado el órgano en misa mayor y se ha comido luego una libra de boquerones, otra de carne y otra de pan, con su correspondiente dosis de vino de Tarifa.

El buen músico, gordo como un cebón y colorado como una remolacha, digería penosamen-

te, paseando su turbia mirada de apoplético por el magnífico panorama del Mediterráneo, del Estrecho de Gibraltar, del maldecido Peñón que le da nombre, de las cercanas cumbres de Anghera y Benzú y de las remotas nieves del Pequeño Atlas, cuando sintió acelerados pasos en la escalera y la argentina voz de su mujer, que gritaba gozosamente:

—¡Bonifacio! ¡Bonifacio! ¡Carta de Ugíjar! ¡Carta de tu tío! ¡Y vaya si es gorda!

—¡Hombre! (respondió el Maestro de capilla, girando como una esfera ó globo terráqueo sobre el punto de su redonda individualidad que descansaba en el asiento.) ¿Qué Santo se habrá empeñado para que mi tío se acuerde de mí? ¡Quince años hace que resido en esta tierra usurpada á Mahoma, y cata aquí la primera vez que me escribe aquel abencerraje, sin embargo de haberle yo escrito cien veces á él!— ¡Sin duda me necesita para algo!

Y, dicho esto, abrió la epístola (procurando que no la leyese la *Pepa* de la postdata), y apareció, crujiente y tratando de arrollarse por sí propio, el amarillento pergamino.

—¿Qué nos envía?—preguntó entonces la mujer, gaditana y rubia por más señas, y muy agraciada y valiente, á pesar de sus cuarenta agostos.

—¡Pepita, no seas tan curiosa!.... Yo te lo diré,

si debo decírtelo, luego que me entere. ¡Mil veces te he advertido que respetes mis cartas!....

—¡Advertencia propia de un libertino como tú!—En fin, ¡despacha!, y veamos si yo puedo saber qué papelote te manda tu tío. —¡Parece un billete de Banco del otro mundo!

En tanto que su mujer decía aquellas cosas y otras, el músico leyó la carta, y maravillóse hasta el extremo de ponerse de pie sin esfuerzo alguno.

Tenia, sin embargo, tal hábito de disimular, que acertó á decir muy naturalmente:

—¡Qué tontería! ¡Sin duda está ya chocheando aquel mal hombre! ¿Querrás creer que me remite esta hoja de una Biblia en hebreo, para que yo busque algún judío que la compre, imaginándose el muy bobo que darán por ella un dineral?—Al mismo tiempo.... (añadió, para cambiar la conversación, y guardándose en la faltriquera la carta y el pergamino): al propio tiempo.... me pregunta con mucho interés si tenemos hijos.

—¡Él no los tiene!.... (observó vivamente Pepita.) ¡Sin duda piensa dejarnos por herederos!

—¡Más fácil es que al muy avaro se le haya ocurrido heredarnos á nosotros!....—Pero ¡calla!: están dando las once, y yo tengo que afinar el órgano para las vísperas de esta tarde....—Me voy.—Oye, prenda: que la comida esté dispuesta á la una, y que no se te olvide echar dos

buenas patatas en el puchero.—¡Que si tenemos hijos!....—¡Vergüenza me da haber de contestarle que no!

—¡Escucha! ¡Espera! ¡Oye!—¡La culpa no es mía! (contestó como un rayo la parte contraria.) ¡Bien sabes que en mis primeras nupcias tuve un niño muerto!

—¡Ya! ¡Ya! ¡En tus primeras nupcias! ¡Como si eso pudiera servirme de satisfacción!—¡Un día vas á dar lugar á que yo te cuente todas mis habilidades de soltero!

—¡Anda, zambombo, tonel, desagradecido! ¿Quién te habrá amado á ti en el mundo como esta necia que, con ese barrigón y todo, te considera el hombre más hermoso que Dios ha criado?

—¿Sí? ¿Me has dicho *hermoso?* ¡Pues mira, Pepa (respondió el artista, pensando seguramente en el pergamino árabe); si mi tío llega á dejarme por heredero, ó yo me hago rico de cualquier otro modo, te juro llevarte á vivir á la plaza de San Antonio de la ciudad de Cádiz, y comprarte más joyas que tiene la Virgen de las Angustias de Granada!—Conque hasta luego, pichona.

Y tirando un pellizco en la barba á la que de antemano tenía ya el hoyo en ella, cogió el sombrero y tomó el camino...., no de la catedral, sino de las callejuelas en que suelen vivir las familias moras avecindadas en aquella Plaza fuerte.

VI.

En la más angosta de dichas callejuelas, y á la puerta de una muy pobre, pero muy blanqueada casucha, estaba sentado en el suelo, ó más bien sobre sus talones, fumando en pipa de barro secado al sol, un moro de treinta y cinco á cuarenta años, revendedor de huevos y gallinas, que le traían á las puertas de Ceuta los campesinos independientes de Sierra-Bullones y Sierra Bermeja y que él despachaba, á domicilio ó en el mercado, con una ganancia de ciento por ciento.—Vestía chilava de lana blanca y jaique de lana negra, y llamábase, entre los españoles, *Manos-gordas*, y, entre los marroquíes, Admet-Ben-Carime-el-Abdoun.

Tan luego como el moro vió al maestro de capilla, levantóse y salió á su encuentro, haciéndole grandes zalemas; y, cuando estuvieron ya juntos, díjole cautelosamente:

—¿Querer morita? Yo traer mañana cosa meleja; de doce años....

—Mi mujer no quiere más criadas moras.... —respondió el músico con inusitada dignidad.

Manos-gordas se echó á reir.

—Además.... (prosiguió D. Bonifacio): tus endiabladas moritas son muy sucias.

—Lavar....—respondió el moro, poniéndose en cruz y ladeando la cabeza.

—¡Te digo que no quiero moritas! (prosiguió D. Bonifacio.)—Lo que necesito hoy es que tú, que sabes tanto y que por tanto saber eres intérprete de la Plaza, me traduzcas al español este documento.

Manos-gordas cogió el pergamino, y, á la primera ojeada, murmuró:

—Estar moro....

—¡Ya lo creo que es árabe! Pero quiero saber qué dice, y, si no me engañas, te haré un buen regalo.... cuando se realice el negocio que confío á tu lealtad.

Á todo esto, Admet-Ben-Carime había pasado ya la vista por todo el pergamino y puéstose muy pálido.

—¿Ves que se trata de un gran tesoro?—medio afirmó, medio interrogó el maestro de capilla.

—Creer que sí,—tartamudeó el mahometano.

—¿Cómo creer? ¡Tu misma turbación lo dice!

—Perdona.... (replicó *Manos-gordas* sudando á mares). Haber aquí palabras de árabe moderno, y yo entender. Haber otras de árabe antiguo ó literario, y yo no entender.

—¿Qué dicen las palabras que entiendes?

—Decir *oro*, decir *perlas*, decir *maldición de Alá*.... Pero yo no entender sentido, explicacio-

nes ni señas. Necesitar ver al Derwich de Anghera, que estar sabio, y él traducir todo. Llevarme yo pergamino hoy, y traer pergamino mañana, y no engañar ni robar al Sr. Tudela. —¡Moro jurar!

Así diciendo, cruzó las manos, se las llevó á la boca y las besó fervorosamente.

Reflexionó D. Bonifacio: conoció que, para descifrar aquel documento, tendría que fiarse de algún moro, y que ninguno le era tan conocido ni tan afecto como *Manos-gordas*, y accedió á dejarle el manuscrito, bien que bajo reiterados juramentos de que al día siguiente estaría de vuelta de Anghera con la traducción, y jurándole él, por su parte, que le entregaría lo menos cien duros cuando fuese descubierto el Tesoro.

Despidiéronse el musulmán y el cristiano, y éste se dirigió, no á su casa ni á la catedral, sino á la oficina de un amigo, donde escribió la siguiente carta:

«Sr. D. Matías de Quesada y Sánchez.

»Alpujarra, *UGÍJAR*.

»Mi queridísimo tío:

»Gracias á Dios que hemos tenido noticias de V. y de tía Encarnación, y que éstas son tan buenas como Josefa y yo deseábamos. Nosotros,

querido tío, aunque más jóvenes que Vds., estamos muy achacosos y cargados de hijos, que pronto se quedarán huérfanos y pidiendo limosna.

»Se burló de V. quien le dijera que el pergamino que me ha enviado contenía las señas de un tesoro. He hecho traducirlo por persona muy competente, y ha resultado ser una sarta de blasfemias contra Nuestro Señor Jesucristo, la Santísima Virgen y los Santos de la Corte celestial, escritas en versos árabes por un perro morisco del Marquesado del Cenet durante la rebelión de Aben-Humeya. En vista de semejante sacrilegio, y por consejo del señor Penitenciario, acabo de quemar tan impío testimonio de la perversidad mahometana.

»Memorias á mi tía: recíbanlas Vds. de Josefa, que se halla por décima vez en estado interesante, y mande algún socorro á su sobrino, que está en los huesos por resultas del pícaro dolor de estómago,

»BONIFACIO.

»CEUTA 29 de Enero de 1821.»

VII.

Al mismo tiempo que el Maestro de capilla escribía la precedente carta y la echaba al co-

rreo, Admet-Ben-Carime-el-Abdoun reunía en un envoltorio no muy grande todo su hato y ajuar, reducidos á tres jaiques viejos, dos mantas de pelo de cabra, un mortero para hacer alcuzcuz, un candil de hierro y una olla de cobre llena de pesetas (que desenterró de un rincón del patinillo de su casa); cargó con todo ello á su única mujer, esclava, odalisca ó lo que fuera, más fea que una mala noticia dicha de pronto, y más sucia que la conciencia de su marido, y salióse de Ceuta, diciendo al oficial de guardia de la puerta que da al campo moro, que se iban á Fez á mudar de aires por consejo de un veterinario. Y, como quiera que esta sea la hora, después de sesenta años y algunos meses de ausencia, que no se haya vuelto á saber de *Manos-gordas* ni en Ceuta ni en sus cercanías, dicho se está que D. Bonifacio Tudela y González no tuvo el gusto de recibir de sus manos la traducción del pergamino, ni al día siguiente, ni al otro, ni en toda su vida, que por cierto debió de ser muy corta, puesto que de informes dignos de crédito aparece que su adorada Pepita se casó en Marbella en terceras nupcias con un tambor mayor asturiano, á quien hizo padre de cuatro hijos como cuatro soles, y era otra vez viuda á la muerte del Rey absoluto, fecha en que ganó por oposición en Málaga el título de comadre de parir y el destino de matrona aduanera.

Conque busquemos nosotros á *Manos-gordas*, y sepamos qué fué de él y del interesante pergamino.

VIII.

Admet-ben-Carime-el-Abdoun respiró alegremente, y aun hizo alguna zapateta, sin que por eso se le cayesen las mal aseguradas zapatillas, tan luego como se vió fuera de los redoblados muros de la Plaza española y con toda el África delante de sí....

Porque África, para un verdadero africano como *Manos-gordas*, es la tierra de la libertad absoluta; de una libertad anterior y superior á todas las Constituciones é instituciones humanas; de una libertad parecida á la de los conejos no caseros y demás animales de monte, valle ó arenal.

África, quiero decir, es la Jauja de los malhechores, el seguro de la impunidad, el campo neutral de los hombres y de las fieras, protegido por el calor y la extensión de los desiertos. — En cuanto á los Sultanes, Reyes y Beyes que presumen imperar en aquella parte del mundo, y á las autoridades y mílites que los representan, puede decirse que vienen á ser, para tales vasallos, lo que el cazador para las liebres ó para los corzos; un mal encuentro posible, que muy pocos tienen en la vida, y en el cual muere uno ó no

muere: si muere, tal día hizo un año; y, si no muere, con poner mucha tierra por medio no hay que pensar más en el asunto.—Sirva esta digresión de advertencia á quien la necesitare, y prosigamos nosotros nuestra relación.

—¡Toma aquí, Zama!—dijo el moro á su cansada esposa, como si hablase con una acémila.

Y, en lugar de dirigirse al Oeste, ó sea hacia el Boquete de Anghera, en busca del sabio santón, según había dicho á D. Bonifacio, tomó hacia el Sur, por un barranquillo tapado de malezas y árboles silvestres, que muy luego le llevó al camino de Tetuán, ó bien á la borrosa vereda que, siguiendo las ondulaciones de puntas y playas, conduce á Cabo-Negro por el valle del Tarajar, por el de los Castillejos, por Monte-Negrón y por las lagunas de Río-Azmir,—nombres que todo español bien nacido leerá hoy con amor y veneración, y que entonces no se habían oído pronunciar todavía en España ni en el resto del mundo civilizado.

Llegado que hubieron Ben-Carime y Zama al vallecillo del Tarajar, diéronse un punto de descanso á la orilla del arroyuelo de agua potable que lo atraviesa, procedente de las alturas de Sierra-Bullones, y, en aquella tan segura y áspera soledad, que parecía recién salida de manos del Criador y no estrenada todavía por el hombre; á la vista de un mar solitario, única-

mente surcado, tal ó cual noche de luna, por cárabos de piratas ó buques oficiales de Europa encargados de perseguirlos, la mora se puso á lavarse y peinarse, y el moro sacó el manuscrito y volvió á leerlo con tanta emoción como la primera vez.

Decía así el pergamino árabe :

«La bendición de Alá sea con los hombres buenos que lean estas letras.

»No hay más gloria que la de Alá, de quien Mahoma fué y es, en el corazón de los creyentes, Profeta y Enviado.

»Los hombres que roban la casa del que está en la guerra ó en el destierro viven bajo la maldición de Alá y de Mahoma y mueren roídos de escarabajos y cucarachas.

»¡Bendito sea, pues, Alá, que crió estos y otros bichos para que se coman á los hombres malos !

»Yo soy el caid *Hassan-ben-Jussef,* siervo de Alá, aunque malamente he sido llamado D. Rodrigo de Acuña por los sucesores de los perros cristianos que, haciéndoles fuerza y violando solemnes capitulaciones, bautizaron con una escoba, á guisa de hisopo, á mis infortunados ascendientes y á otros muchos islamitas de estos reinos.

»Yo soy capitán bajo el estandarte del que, desde la muerte de Aben-Humeya, titúlase legítimamente Rey de los Andaluces, Muley-Abdalá-

Mahamud-Aben-Aboó, el cual, si no está ya sentado en el trono de Granada, es por la traición y cobardía con que los moros valencianos han faltado á sus compromisos y juramentos, dejando de alzarse al mismo tiempo que los moros granadinos contra el tirano común; pero de Alá recibirán el pago, y, si somos vencidos nosotros, vencidos serán también ellos y expulsados á la postre de España, sin el mérito de haber luchado hasta última hora en el campo del honor y en defensa de la justicia; y, si somos vencedores, les cortaremos el pescuezo y echaremos sus cabezas á los marranos.

»Yo soy, en fin, el dueño de esta *Torre* y de toda la tierra que hay á su alrededor, hasta llegar por Occidente al barranco del Zorro y por Oriente al de los Espárragos, el cual debe tal nombre á los muchos y muy exquisitos que cultivó allí mi abuelo Sidi-Jussef-ben-Jussuf.

»La cosa no anda bien. Desde que el mal nacido D. Juan de Austria (confúndalo Alá) vino á combatir contra los creyentes, prevemos que por ahora vamos á ser derrotados, sin perjuicio de que, andando los años ó las centurias, otro Príncipe de la sangre del Profeta venga á recobrar el trono de Granada, que ha pertenecido setecientos años á los moros, y volverá á pertenecerles cuando Alá quiera, con el mismo título con que lo poseyeron antes vándalos y godos, y

antes los romanos, y antes aquellos otros africanos que se llamaban los cartagineses: ¡con el título de la Conquista! —Pero conozco, vuelvo á decir, que por la presente la cosa anda mal, y que muy pronto tendré que trasladarme á Marruecos con mis cuarenta y tres hijos, suponiendo que los austriacos no me cojan en la primera batalla y me cuelguen de un alcornoque, como yo los colgaría á todos ellos, si pudiera.

»Pues bien: al salir de esta *Torre*, para emprender la última y decisiva campaña, dejo escondidos aquí, en sitio á que no podrá llegar nadie sin topar primero con el presente manuscrito, todo mi oro, toda mi plata, todas mis perlas; el tesoro de mi familia; la hacienda de mis padres, mía y de mis herederos; el caudal de que soy dueño y señor por ley divina y humana, como es del ave la pluma que cría, ó como son del niño los dientes que echa con trabajo, ó como son de cada mortal los malos humores de cáncer ó de lepra que hereda de sus padres.

»¡Detente, por tanto, oh tú, moro, cristiano ó judío que, habiéndote puesto á derribar esta mi casa, has llegado á descubrir y leer los renglones que estoy escribiendo! ¡Detente, y respeta el arca de tu prójimo! ¡No pongas la mano en su caudal! ¡No te apoderes de lo ajeno! —Aquí no hay nada del fisco, nada de dominio público, nada del Estado. El oro de las minas

podrá pertenecer á quien lo descubra, y una parte de él al Rey del territorio. Pero el oro fundido y acuñado, el dinero, la moneda, es de su dueño, y nada más que de su dueño.—¡No me robes, pues, mal hombre! ¡No robes á mis descendientes, que ya vendrán, el día que esté escrito, á recoger su herencia!—Y si es que buenamente, por casualidad, encuentras mi tesoro, te aconsejo que publiques edictos, llamando y notificando el caso á los causa-habientes de Hassan-ben-Jussef; que no es de hombres honestos guardarse los hallazgos, cuando estos hallazgos tienen propietario conocido.

»Si así no lo hicieres, ¡maldito seas, con la maldición de Alá y con la mía! ¡Y pártate un rayo! ¡Y quiera Dios que cada una de mis monedas se vuelva en tus manos un escorpión y cada perla un alacrán! ¡Y que mueran de lepra tus hijos, con los dedos podridos y deshechos, para que no tengan ni tan siquiera el placer de rascarse! ¡Y que todas las mujeres que ames y engordes se diviertan y refocilen con tus esclavos! ¡Y que tu hija la mayor se escape de tu casa con un judío! ¡Y que á ti te metan un palo por mala parte, y te saquen así á la vergüenza, teniéndote en alto hasta que, con el peso de tu cuerpo, el palo salga por encima de la coronilla y quedes pati-abierto en el suelo, como indecente rana atravesada por un asador!

»Ya lo sabes, y sépanlo todos, y bendito sea Alá, que es Alá.

»Torre de Zoraya, en Aldeire del Cenet, á 15 días del mes de Saphar del año de la Egira 968.

»HASSAN-BEN-JUSSEF.»

IX.

Manos-gordas quedó profundamente preocupado con la nueva lectura de este documento, no por las máximas morales y por las espantosas maldiciones que contenía, pues el pícaro había perdido la fe en Alá y en Mahoma, de resultas de su frecuente trato con los cristianos y judíos de Tetuán y Ceuta, que, naturalmente, se reían del Corán, sino por creer que su cara, su acento y algún otro signo musulmán de su persona le impedían trasladarse á España, donde se vería expuesto á muerte segura tan luego como cualquier cristiano ó cristiana descubriese en él á un enemigo de la Virgen María.

Además, ¿qué apoyo (á juicio de *Manos-gordas*) podría hallar en las leyes ni en las autoridades de España un extranjero, un mahometano, un semi-salvaje, para adquirir la *Torre de Zoraya*, para hacer excavaciones en ella, para entrar en posesión del tesoro, ó para no perderlo inmediatamente con la vida?

—¡No hay remedio! (díjose por remate de largas reflexiones.) ¡Tengo que confiarme al *renegado* Ben-Munuza! Él es español, y su compaña me librará de todo peligro en aquella tierra. —Pero como no existe bajo la capa del cielo un hombre de peor alma que el tal renegado, no me estará de más tomar algunas precauciones.

Y, en virtud de esta cavilación, sacó del bolsillo avíos de escribir, redactó una carta, púsole el sobre, pególo con un poco de pan mascado, y echóse á reir de una manera diabólica.

En seguida fijó los ojos en su mujer, que continuaba haciendo la policía de todo un año, á costa de la limpieza física y.... moral del malaventurado arroyuelo, y, llamándola por medio de un silbido, dignóse hablarle de este modo:

—Cara de higo chumbo, siéntate á mi lado y óyeme.... Luego acabarás de lavarte, que bien lo necesitas, y puede que entonces te juzgue merecedora de algo mejor que la paliza diaria con que te demuestro mi cariño.—Por de pronto, sinvergüenzona, déjate de monadas, y entérate bien de lo que voy á decirte.

La mora, que, lavada y peinada, resultaba más joven y artística, aunque no menos fea que antes, se relamió como una gata, clavó en *Manos-gordas* los dos carbunclos que le servían de ojos, y díjole, mostrando sus blanquísimos y anchos dientes, que nada tenían de humanos:

—Habla, mi señor; que tu esclava sólo desea servirte.

Manos-gordas continuó:

—Si, desde este momento en adelante, llega á ocurrirme alguna desgracia, ó desaparezco del mundo sin haberme despedido de ti, ó, habiéndome despedido, no tienes noticias mías en seis semanas, procura volver á entrar en Ceuta, y echa esta carta al correo.—¿Te has enterado bien, cara de mona?

Zama rompió á llorar, y exclamó:

—¡Admet! ¿Piensas dejarme?

—¡No rebuznes, mujer! (contestó el moro.) —¿Quién habla ahora de eso?—¡Demasiado sabes que me gustas y que me sirves!—Pero de lo que ahora se trata es de que te hayas enterado bien de mi encargo....

—¡Trae! (dijo la mora, apoderándose de la carta, abriéndose el justillo y colocándola entre él y su gordo y pardo seno, al lado del corazón.) Si algo malo llega á sucederte, esta carta caerá en el correo de Ceuta, aunque después caiga yo en la sepultura.

Aben-Carime sonrió humanamente al oir aquellas palabras, y dignóse mirar á su mujer como á una persona.

X.

Mucho y muy regaladamente debió de dormir aquella noche el matrimonio agareno entre los matorrales del camino, pues no serían menos de las nueve de la siguiente mañana cuando llegó al pie de Cabo-Negro.

Hay allí un *aduar* de pastores y labriegos árabes, llamado «Medik», compuesto de algunas chozas, de un morabito, ó ermita mahometana, y de un pozo de agua potable, con su brocal de piedra y su acetre de cobre, como los que figuran en algunas escenas bíblicas.

El *aduar* se hallaba completamente solo en aquel momento. Todos sus habitantes habían salido ya con el ganado ó con los aperos de labor á los vecinos montes y cañadas.

—Espérame aquí.... (dijo *Manos-gordas* á su mujer). Yo voy á buscar á Ben-Munuza, que debe de hallarse al otro lado de aquel cerro, arando los pobres secanos que allí posee....

—¡Ben-Munuza! (exclamó Zama con terror.) ¡El Renegado de quien me has dicho....

—Descuida.... (interrumpió *Manos-gordas*). ¡Hoy puedo yo más que él! Dentro de un par de horas estaré de vuelta, y verás cómo se viene detrás de mí, con la humildad de un perro.—Esta es su choza.... Aguárdanos en ella, y haz-

nos una buena ración de alcuzcuz con el maíz y la manteca que hallarás á mano. ¡Ya sabes que me gusta muy recocido! — ¡Ah! Se me olvidaba.... Si ves que anochece y no he bajado, sube tú, y, si no me hallas en la otra ladera del cerro, ó me hallas cadáver, vuélvete á Ceuta y echa la carta al correo.... — Otra advertencia: suponiendo que sea mi cadáver lo que encuentres, regístrame, á ver si Ben-Munuza me ha robado, ó no, este pergamino....—Si me lo ha robado, vuélvete de Ceuta á Tetuán, y denuncia á las autoridades el asesinato y el robo.—¡No tengo más que decirte!—Adiós.

La mora se quedó llorando á lágrima viva, y *Manos-gordas* tomó la senda que llevaba á la cumbre del inmediato cerro.

XI.

Pasada la cumbre, no tardó en descubrir en la cañada próxima á un corpulento moro vestido de blanco, el cual araba patriarcalmente la negruzca tierra con auxilio de una hermosa yunta de bueyes.—Parecía aquel hombre la estatua de la Paz, tallada en mármol. Y, sin embargo, era el triste y temido *renegado* Ben-Munuza, cuya historia os causará espanto cuando la conozcáis.

Contentaos por lo pronto con saber que tendría cuarenta años, y que era rudo, fuerte, ágil

y de muy lúgubre fisonomía, bien que sus ojos fuesen azules como el cielo y rubias sus barbas, como aquel sol de África que había dorado á fuego la primitiva blancura europea de su semblante.

—¡Buenos días, *Manos-gordas!*—gritó en castellano el antiguo español, tan luego como divisó al marroquí.

Y su voz expresó la alegría melancólica propia del extranjero que halla ocasión de hablar la lengua patria.

—¡Buenos días, Juan Falgueira!—respondió sarcásticamente Ben-Carime.

El renegado tembló de pies á cabeza al oir semejante saludo, y sacó del arado la reja de hierro, como para defender su vida.

—¿Qué nombre acabas de pronunciar?—añadió luego, avanzando hacia *Manos-gordas.*

Éste lo aguardaba riéndose, y le respondió en árabe, con un valor de que nadie le hubiera creído capaz:

—He pronunciado.... tu verdadero nombre: el nombre que llevabas en España cuando eras cristiano, y que yo conozco desde que estuve en Orán hace tres años....!

—¿En Orán?

—¡En Orán, sí, señor!.... ¿Qué tiene eso de extraordinario? De allí habías venido tú á Marruecos, y allí fuí yo á comprar gallinas. Allí

pregunté tu historia, dando tus señas, y allí me la contaron varios españoles. Supe, por tanto, que eras gallego, que te llamabas Juan Falgueira, y que te habías escapado de la carcel-alta de Granada, donde estabas ya en capilla para ir á la horca por resultas de haber robado y dado muerte, hace quince años, á unos señores á quienes servías en clase de mulero.... ¿Dudarás ahora de que te conozco perfectamente?

—Dime, alma mía.... (respondió el renegado con voz sorda y mirando á su alrededor): ¿Y has contado eso á algún marroquí? ¿Lo sabe alguien más que tú en esta condenada tierra? —Porque es el caso que yo quiero vivir en paz, sin que nadie ni nada me recuerde aquella mala hora, que harto he purgado.—Soy pobre; no tengo familia, ni patria, ni lengua, ni el Dios que me crió. Vivo entre enemigos, sin más capital que estos bueyes y que esos secanos, comprados á fuerza de diez años de sudores.... Por consiguiente, haces muy mal en venir á decirme....

—¡Espera! (respondióle muy alarmado *Manos-gordas.)* No me eches esas miradas de lobo; que vengo á hacerte un gran favor, y no á ofenderte por mero capricho.—¡Á nadie he contado tu desgraciada historia! ¿Para qué?—¡Todo secreto puede ser un tesoro, y quien lo cuenta se queda sin él!—Hay, empero, ocasiones en que

se hacen *cambios de secretos*, sumamente útiles. Por ejemplo: yo te voy á contar un importante secreto mío, que te servirá como de fianza del tuyo, y que nos obligará á ser amigos toda la vida....

—Te oigo. Concluye....—respondió calmosamente el renegado.

Aben-Carime leyóle entonces el pergamino árabe, que Juan Falgueira oyó sin pestañear y como enojado; visto lo cual por el moro, y á fin de acabar de atraerse su confianza, le reveló también que había robado aquel documento á un cristiano de Ceuta....

El español se sonrió ligeramente, al pensar en el mucho miedo que debía de tenerle el mercader de huevos y de gallinas cuando le contaba sin necesidad aquel robo, y, animado el pobre *Manos-gordas* con la sonrisa de Ben-Munuza, entró al fin en el fondo del asunto, hablando de la siguiente manera:

—Supongo que te has hecho cargo de la importancia de este documento y de la razón por qué te lo he leído. Yo no sé dónde está la *Torre de Zoraya*, ni *Aldeire*, ni el *Cenet:* yo no sabría ir á España, ni caminar por ella; y, además, allí me matarían por no ser cristiano, ó, cuando menos, me robarían el tesoro, antes ó después de descubierto. Por todas estas razones, necesito que me acompañe un español fiel y leal, de cuya

vida sea yo dueño y á quien pueda hacer ahorcar con media palabra; un español, en fin, como tú, Juan Falgueira, que, después de todo, nada adelantaste con robar y matar, pues trabajas aquí como un asno, cuando con los millones que voy á proporcionarte podrás irte á América, á Francia, á la India, y gozar, y triunfar, y subir tal vez hasta Rey.—¿Qué te parece mi proyecto?

—Que está bien hilado, como obra de un moro....—respondió Ben-Munuza, de cuyas recias manos, cruzadas sobre la rabadilla, pendía balanceándose la barra de hierro á la manera de la cola de un tigre.

Manos-gordas se sonrió ufanamente, creyendo aceptada su proposición.

—Sin embargo.... (añadió después el sombrío gallego). Tú no has caído en una cuenta....

—¿En cuál?—preguntó cómicamente Ben-Carime, alzando mucho la cara y no mirando á parte alguna, como quien se dispone á oir sandeces y majaderías.

—¡Tú no has caído en que yo sería tonto de capirote si me marchase contigo á España á ponerte en posesión de.... medio tesoro, contando con que tú me pondrías á mí en posesión del otro medio!—Lo digo, porque no tendrías más que pronunciar media palabra el día que llegásemos á Aldeire y te creyeses libre de peligros,

para zafarte de mi compañía y de darme la mitad de las halladas riquezas....—¡En verdad que no eres tan listo como te figuras, sino un pobre hombre, digno de lástima, que te has metido en un callejón sin salida al descubrirme las señas de ese gran tesoro y decirme al mismo tiempo que conoces mi historia, y que, si yo fuera contigo á España, serías dueño absoluto de mi vida!....—Pues ¿para qué te necesito yo á ti? ¿Qué falta me hace tu ayuda para ir á apoderarme del tesoro entero? ¿Ni qué falta me haces en el mundo? ¿Quién eres tú, desde el momento en que me has leído ese pergamino, desde el momento en que puedo quitártelo?

—¿Qué dices?—gritó *Manos-gordas*, sintiendo de pronto circular por todos sus huesos el frío de la muerte.

—No digo nada....—¡Toma!—respondió Juan Falgueira, asestando un terrible golpe con la barra de hierro sobre la cabeza de Ben-Carime, el cual rodó en tierra, echando sangre por ojos, narices y boca, y sin poder articular palabra....

El desgraciado estaba muerto.

XII.

Tres ó cuatro semanas después de la muerte de *Manos-gordas*, el veintitantos de Febrero de 1821, nevaba si había que nevar en la villa de

Aldeire y en toda la elegantísima sierra audaluza á que la propia nieve da vida y nombre.

Era domingo de Carnaval, y la campana de la iglesia llamaba por cuarta vez á misa, con su voz delgada y pura como la de un niño, á los ateridos cristianos de aquella feligresía demasiado próxima al cielo, los cuales no se resignaban fácilmente, en día tan crudo y desapacible, á dejar la cama ó á separarse de los tizones, alegando acaso, como pretexto, que «los días de Carnestolendas no se debe rendir culto á Dios, sino al diablo.»

Algo semejante decía por lo menos el tío Juan Gómez á su piadosa mujer, la señá Torcuata, defendiéndose, en el rincón del fuego, de los argumentos con que nuestra amiga le rogaba que no bebiera más aguardiente ni comiese más roscos, sino que la acompañase á misa, á fuer de buen cristiano, sin miedo alguno á las críticas del maestro de escuela y demás electores liberales: y, muy enredada estaba la disputa, cuando cata aquí que entró en la cocina el tío Genaro, mayoral de los pastores de su merced, y dijo, quitándose el sombrero y rascándose la cabeza, todo de un solo golpe:

—¡Buenos días nos dé Dios, señor Juan y señá Torcuata! Ya se harán Vds. cargo de que algo habrá sucedido por allá arriba para que yo baje por aquí con tan mal tiempo, no tocándome

oir misa este domingo. — ¿Cómo va de salud?

—¡Vaya! ¡vaya! ¡no espero más! (exclamó la mujer del alcalde, cruzándose la mantilla con violencia.) ¡Estaría de Dios que hoy echases la misa en el puchero! ¡Ya tienes ahí conversación y copas para todo el día, sobre si las cabras están preñadas ó sobre si los borregos han echado cuernos! ¡Te condenarás, Juan; te condenarás, si no haces pronto las paces con la Iglesia, dejando la maldita alcaldía!

Marchado que se hubo la señá Torcuata, el Alcalde alargó un rosco y una copa al mayoral, y le dijo:

—¡Simplezas de mujeres, tío Genaro! Arrímese V. á la lumbre, y hable.—¿Qué ocurre por allá arriba?

—¡Pues nada!: que ayer tarde el cabrero Francisco vió que un hombre, vestido á la malagueña, con pantalón largo y chaquetilla de lienzo, y liado en una manta de muestra, se había metido en el *corral nuevo* por la parte que todavía no tiene tapia, y rondaba la *Torre del Moro*, estudiándola y midiéndola como si fuese un maestro de obras. Preguntóle Francisco qué significaba aquello, y el forastero le interrogó á su vez *quién era el dueño de la Torre;* y, como Francisco le dijese que *nada menos que el Alcalde del pueblo,* repuso que él hablaría á la noche con su merced y le explicaría sus planes.—Llegó presto la no-

che, y el hombre hizo como que se marchaba, con lo que el cabrero se encerró en su choza, que, como sabe V., dista poco de allí. — Dos horas después de obscurecer enteramente, notó el mismo Francisco que en la Torre sonaban ruídos muy raros y se veía luz, lo cual le llenó de tal miedo, que ni tan siquiera se atrevió á ir á mi choza á avisarme; cosa que hizo en cuanto fué de día, refiriéndome el lance de ayer tarde, y advirtiéndome que los tales ruídos habían durado toda la noche. Como yo soy viejo, y he servido al Rey, y me asusto de pocas cosas, me plantifiqué en seguida en la *Torre del Moro,* acompañado de Francisco, que iba temblando, y encontramos al forastero liado en su manta y durmiendo en un cuartucho del piso bajo, que tiene todavía su bóveda de hormigón. Desperté al sospechoso personaje, y le reconvine por haber pasado la noche en la casa ajena sin la voluntad de su dueño; á lo que me respondió que aquello no era casa, sino un montón de escombros, donde bien podía haberse albergado un pobre caminante en noche de nieves, y que estaba dispuesto á presentarse á V. y á explicarle quién era y todas sus operaciones y pensamientos. Le he hecho, pues, venir conmigo, y en la puerta del corral aguarda, acompañado del cabrero, á que V. le dé licencia para entrar....

—¡Que entre! — respondió el tío Hormiga,

levantándose muy alterado, por habérsele ocurrido, desde las primeras palabras del mayoral, que todo aquello tenía bastante que ver con el célebre *tesoro*, á cuyo hallazgo por sus solos esfuerzos había renunciado su merced hacía una semana, después de arrancar antes inútilmente muchas y muy pesadas piedras de sillería.

XIII.

Tenemos ya cara á cara y solos al tío Juan Gómez y al forastero.

—¿Cómo se llama V.?—interrogó el primero al segundo, con todo el imperio de un Alcalde de monterilla y sin invitarle á que se sentara.

—Llámome Jaime Olot,—respondió el hombre misterioso.

—¡Su habla de V. no me parece de esta tierra!....—¿Es V. inglés?

—Soy catalán.

—¡Hombre! ¡Catalán!.... Me parece bien.—Y.... ¿qué le trae á V. por aquí?—Sobre todo, ¿qué diablos de medidas tomaba V. ayer en mi *Torre?*

—Le diré á V.—Yo soy minero de oficio, y he venido á buscar trabajo á esta tierra, famosa por sus minas de cobre y plata.—Ayer tarde, al pasar por la *Torre del Moro*, vi que, con las piedras de ella extraídas, estaban construyendo

una tapia, y que aún sería necesario derribar ó arrancar otras muchas para terminar el cercado....—Yo me pinto solo en esto de demoler, ya sea dando barrenos, ya por medio de mis propios puños, pues tengo más fuerza que un buey, y ocurrióseme la idea de tomar á mi cargo, por contrata, la total destrucción de la *Torre* y el arranque de sus cimientos, suponiendo que llegase á entenderme con el propietario.

El tío Hormiga guiñó sus ojillos grises, y respondió con mucha sorna:

—Pues, señor; no me conviene la contrata.

—Es que haré todo ese trabajo por muy poco precio, casi de balde....

—¡Ahora me conviene mucho menos!

El llamado Jaime Olot paró mientes en la soflama del tío Juan Gómez, y miróle *á fondo,* como para adivinar el sentido de aquella rara contestación; pero, no logrando leer nada en la fisonomía zorruna de su merced, parecióle oportuno añadir con fingida naturalidad:

—Tampoco dejaría de agradarme recomponer parte de aquel antiguo edificio y vivir en él cultivando el terreno que destina V. á corral de ganado.—¡Le compro á V., pues, la *Torre del Moro* y el secano que la circunda!

—No me conviene vender,—respondió el tío Hormiga.

—¡Es que le pagaré á V. el doble de lo que

aquello valga!—observó enfáticamente el que se decía catalán.

—¡Por esa razón me conviene menos!—repitió el andaluz con tan insultante socarronería, que su interlocutor dió un paso atrás, como quien conoce que pisa terreno falso.

Reflexionó, pues, un momento, pasado el cual, alzó la cabeza con entera resolución, echó los brazos á la espalda, y dijo, riéndose cínicamente:

—¡Luego sabe V. que en aquel terreno hay un *Tesoro!*

El tío Juan Gómez se agachó, sentado como estaba; y, mirando al catalán de abajo arriba, exclamó donosísimamente:

—¡Lo que me choca es que lo sepa V.!

—¡Pues mucho más le chocaría si le dijese que soy yo el único que lo sabe de cierto.

—¿Es decir, que conoce V el punto fijo en que se halla sepultado el tesoro?

—Conozco el punto fijo, y no tardaría veinticuatro horas en desenterrar tanta riqueza como allí duerme á la sombra....

—Según eso, ¿tiene V. cierto documento?....

—Sí, señor: tengo un pergamino del tiempo de los moros, de media vara en cuadro...., en que todo eso se explica....

—Dígame V.; ¿y ese pergamino?....

—No lo llevo sobre mi persona, ni hay para

qué, supuesto que me lo sé de memoria al pie de la letra en español y en árabe....—¡Oh! ¡no soy yo tan bobo que me entregue nunca con armas y bagajes! Así es que, antes de presentarme en estas tierras, escondí el pergamino.... donde nadie más que yo podrá dar con él.

—¡Pues entonces no hay más que hablar! Señor Jaime Olot, entendámonos como dos buenos amigos....— exclamó el Alcalde, echando al forastero una copa de aguardiente.

—¡Entendámonos!—repitió el forastero, sentándose sin más permiso y bebiéndose la copa en toda regla.

—Dígame V. (continuó el tío Hormiga): y dígamelo sin mentir, para que yo me acostumbre á creer en su formalidad....

—Vaya V. preguntando: que yo me callaré cuando me convenga ocultar alguna cosa.

—¿Viene V. de Madrid?

—No, señor. Hace veinticinco años que estuve en la corte por primera y última vez.

—¿Viene V. de Tierra-Santa?

—No, señor. No me da por ahí.

—¿Conoce V. á un abogado de Ugíjar, llamado D. Matías de Quesada?

—No, señor: yo detesto á los abogados y á toda la gente de pluma.

—Pues, entonces, ¿cómo ha llegado á poder de V. ese pergamino?

Jaime Olot guardó silencio.

—¡Eso me gusta! ¡veo que no quiere V. mentir! (exclamó el Alcalde.)—Pero también es cierto que D. Matías de Quesada me engañó como á un chino, robándome dos onzas de oro, y vendiendo luego aquel documento á alguna persona de Melilla ó de Ceuta.... ¡Por cierto que, aunque V. no es moro, tiene facha de haber estado por allá!

—¡No se fatigue V. ni pierda el tiempo!—Yo le sacaré á V. de dudas.—Ese abogado debió de enviar el manuscrito á un español de Ceuta, al cual se lo robó hace tres semanas el moro que me lo ha traspasado á mí....

—¡Toma! ¡ya caigo! Se lo enviaría á un sobrino que tiene de músico en aquella catedral...., á un tal Bonifacio de Tudela....

—Puede ser.

—¡Pícaro D. Matías! ¡Estafar de ese modo á su compadre!—¡Pero véase cómo la casualidad ha vuelto á traer el pergamino á mis manos!....

—Dirá V. á las mías....—observó el forastero.

—¡Á las nuestras! (replicó el Alcalde, echando más aguardiente.)—¡Pues, señor! ¡Somos millonarios! Partiremos el Tesoro mitad por mitad, dado que, ni V. puede excavar en aquel terreno sin mi licencia, ni yo puedo hallar el Tesoro sin auxilio del pergamino que ha llegado á ser de V.—Es decir, que la suerte nos ha hecho hermanos.—¡Desde hoy vivirá V. en mi casa!—

¡Vaya otra copa!—Y, en seguidita que almorcemos, daremos principio á las excavaciones....

Por aquí iba la conferencia, cuando la señá Torcuata volvió de misa. Su marido le refirió todo lo que pasaba y le hizo la presentación del señor Jaime Olot. La buena mujer oyó con tanto miedo como alegría la noticia de que el *Tesoro* estaba á punto de parecer; santiguóse repetidas veces al enterarse de la traición y vileza de su compadre D. Matías de Quesada, y miró con susto al forastero, cuya fisonomía le hizo presentir grandes infortunios.

Sabedora, en fin, de que tenía que dar de almorzar á aquel hombre, entró en la despensa á sacar de lo más precioso y reservado que contenía, ó sea lomo en adobo y longaniza de la reciente matanza, no sin decirse mientras destapaba las respectivas orzas:

—¡Tiempo es de que parezca el *Tesoro;* pues entre si parece ó no parece, nos lleva de coste los treinta y dos duros de la famosa jícara de chocolate, la antigua amistad del compadre don Matías, estas hermosas tajadas, que tan ricas habrían estado con pimientos y tomates en el mes de Agosto, y el tener de huésped á un forastero de tan mala cara.—¡Malditos sean los tesoros, y las minas, y los diablos, y todo lo que está debajo de tierra, menos el agua y los fieles difuntos!

XIV.

Pensando estaba así la señá Torcuata, y ya se dirigía á las hornillas con una sartén en cada mano, cuando se oyeron sonar en la calle gritos y silbidos de viejas y chicuelos, y voces de gente más formal que decía:

—¡Señor Alcalde! ¡Abra V. la puerta! ¡La Justicia de la Ciudad está entrando en el pueblo con mucha tropa!

Jaime Olot se puso más amarillo que la cera al oir aquellas palabras, y dijo, cruzando las manos:

—¡Escóndame V., señor Alcalde! ¡De lo contrario no tendremos Tesoro! ¡La Justicia viene en mi busca!

—¿En busca de V.? ¿Por qué razón? ¿Es V. algún criminal?

—¡Bien lo decía yo! (gritó la tía Torcuata.) ¡De esa cara triste no podía venir nada bueno! ¡Todo esto es cosa de Lucifer!

—¡Pronto! ¡pronto! (añadió el forastero.) ¡Sáqueme V. por la puerta del corral!

—¡Bien! Pero deme V. antes las señas del Tesoro....—expuso el tío Hormiga.

—Señor Alcalde.... (seguían diciendo los que llamaban á la puerta). ¡Abra V.! ¡El pueblo está

cercado! ¡Parece que buscan á ese hombre que habla con V. hace una hora!....

—¡Abrid al Juzgado de primera instancia!—gritó por último una voz imperiosa, acompañada de fuertes golpes dados á la puerta.

—¡No hay remedio!—dijo el Alcalde, yendo á abrir, mientras que el forastero se encaminaba por la otra puerta en busca del corral.

Pero el mayoral y el cabrero, advertidos de todo, le cerraron el paso, y entre ellos y los soldados, que ya penetraban también por aquella puerta, lo cogieron y ataron sin contratiempo alguno, aunque aquel diablo de hombre desplegó en la lucha las fuerzas y la agilidad de un tigre.

El Alguacil del juzgado, á cuyas órdenes iban un Escribano y veinte soldados de infantería, contaba entre tanto al despavorido Alcalde las causas y fundamentos de aquella prisión tan aparatosa.

—Ese hombre (decía) con quien V. estaba encerrado.... no sé por qué, hablando de.... no sé qué asunto, es el célebre gallego Juan Falgueira, que degolló y robó hace quince años á unos señores, de quienes era mulero, en cierta casería de la vega de Granada, y que se escapó de la capilla la víspera de la ejecución, vestido con el hábito del fraile que lo auxiliaba, á quien dejó allí medio estrangulado.—El mismísimo Rey (Q. D. G.) recibió hace quince días una

carta de Ceuta, firmada por un moro llamado *Manos-gordas*, en que le decía que Juan Falgueira, después de haber residido largo tiempo en Orán y otros puntos de África, iba á embarcarse para España, y que sería fácil echarle mano en Aldeire del Cenet, donde pensaba comprar una torre de moros y dedicarse á la minería....—Al propio tiempo el Cónsul español en Tetuán escribía á nuestro Gobierno, participándole que una mora llamada Zama se le había presentado quejándose de que el renegado español Ben-Munuza, antes Juan Falgueira, acababa de embarcarse para España, después de asesinar al moro *Manos-gordas*, marido de la querellante, y de haberle robado cierto precioso pergamino....—Por todo ello, y muy principalmente por el atentado contra el fraile en la capilla, S. M. el Rey ha recomendado con particular encarecimiento á la Chancillería de Granada la captura del tal facineroso y su inmediata ejecución en aquella misma capital.

Imagínese el que leyere el espanto y asombro de todos los que oyeron esta relación, así como la angustia del tío Hormiga, á quien no podía caber ya duda de que el pergamino estaba en poder de aquel hombre ¡sentenciado á muerte!

Atrevióse, pues, el codicioso Alcalde, aun á riesgo de comprometerse más de lo que ya estaba, á llamar á un lado á Juan Falgueira y á

hablarle al oído, bien que anunciando antes al concurso, que iba á ver si lograba que confesase á Dios y á los hombres sus delitos.—Pero lo que hablaron en realidad ambos *socios* fué lo siguiente:

—¡Compadre! (dijo el tío Hormiga.) ¡Ni la Caridad lo salva á V.! Pero ya conoce que será lástima que ese pergamino se pierda.... ¡Dígame dónde lo ha escondido!

—¡Compadre! (respondió el gallego.) Con ese pergamino, ó sea con el Tesoro que representa, pienso yo negociar mi indulto. Proporcióneme V. la real gracia, y le entregaré el documento; pero, por lo pronto, se lo ofreceré á los Jueces, para que declaren que mi crimen ha prescrito en estos quince años de expatriación....

—¡Compadre! (replicó el tío Hormiga): es V. un sabio, y celebraré que le salgan bien todos sus planes. Pero, si fracasan, ¡por Dios le pido que no se lleve á la tumba un secreto que no aprovechará á nadie!

—¡Vaya si me lo llevaré! (contestó Juan Falgueira.) ¡De algún modo me he de vengar del mundo!

—¡Vamos andando!—gritó en esto el Alguacil, poniendo término á aquella curiosa conferencia.

Y, cargado que fué de grillos y esposas el condenado á muerte, salieron con él los curia-

les y los soldados en dirección á la ciudad de Guadix, de donde habían de conducirlo á la de Granada.

—¡El demonio! ¡El demonio! (seguía diciendo la mujer del tío Juan Gómez una hora después, al colocar de nuevo el lomo y la longaniza en sus respectivas orzas.) ¡Malditos sean todos los tesoros habidos y por haber!

XV.

Excusado es decir que ni el tío Hormiga halló medio de negociar el indulto de Juan Falgueira, ni los jueces se rebajaron á oir seriamente los ofrecimientos que éste les hizo de un *Tesoro* porque sobreseyesen su causa, ni el terrible gallego accedió á revelar el paradero del pergamino ni el sitio del Tesoro al impertérrito Alcalde de Aldeire,—quien, con tal pretensión, tuvo todavía estómago para ir á visitarlo á la capilla en la Cárcel Alta de Granada.

Ahorcaron, pues, á Juan Falgueira el Viernes de Dolores en el paseo del Triunfo, y regresado que hubo á Aldeire el tío Hormiga el Domingo de Ramos, cayó enfermo con calentura tifoidea, agravándose de tal modo en pocos días, que el Miércoles Santo se confesó é hizo testamento, y espiró el Sábado de gloria por la mañana.

Pero, antes de morir, mandó poner una carta á D. Matías de Quesada, reconviniéndole por su traición y latrocinio (que habían dado lugar á que tres hombres perdiesen la vida) y perdonándole cristianamente, á condición de que devolviese á la señá Torcuata los treinta y dos duros de la jícara de chocolate.

Llegó esta formidable carta á Ugíjar al mismo tiempo que la noticia de la muerte del tío Juan Gómez; todo lo cual afectó por tal extremo al viejo abogado, que no volvió á echar más luz, y murió de allí á poco, no sin escribir á última hora una terrible epístola, llena de insultos y maldiciones, á su sobrino el Maestro de la capilla de la catedral de Ceuta, acusándole de haberle engañado y robado y de ser causa de su muerte.

De la lectura de tan justificada y tremenda acusación, dicen que se originó la apoplejía fulminante que llevó al sepulcro á D. Bonifacio.

Por manera, que solamente los barruntos de la existencia de un Tesoro fueron causa de cinco muertes y de otras desventuras, quedando á la postre las cosas tan ignoradas y ocultas como estaban al principio, puesto que la señá Torcuata, única persona que ya sabía en el mundo la historia del fatal pergamino, guardóse muy bien de volver á mentarlo en toda su vida, por juzgar que todo aquello había sido obra del diablo

y consecuencia necesaria del trato de su marido con los enemigos del altar y del trono.

Preguntará el lector: ¿cómo es que nosotros, sabedores de que el Tesoro está allí escondido, no hemos ido á desenterrarlo y apoderarnos de él?—Y á esto le responderemos que la curiosísima historia del hallazgo y empleo de aquellas riquezas, con posterioridad á la muerte de la señá Torcuata, nos es también perfectamente conocida, y que tal vez la refiramos, andando el tiempo, si llega á nuestra noticia que el público tiene interés en leerla.

VALDEMORO 6 de Julio de 1881.

EL AÑO EN SPITZBERG

EL AÑO EN SPITZBERG

I.

.....

STOY viendo desaparecer hacia el Mediodía el buque ballenero que me deja abandonado en esta isla desierta, sobre la arena de una playa sin nombre.

¡Heme aquí solo; solo en un ámbito de mil leguas!

Yo amaba á una mujer.... El demonio de los celos me mordió el corazón, y he matado á mi rival en desafío....—¡Era un príncipe!....

Y el Gobierno ruso me ha condenado á pasar aquí *un año*....; es decir, me ha condenado á muerte.

¡Ah! ¿Por qué no me entregó al hacha del verdugo?—¿Por qué hacerme espirar de frío, de hambre, de tristeza, de desesperación, ó dispu-

tando mi cuerpo al terrible *oso blanco*, si mi delito no era más que uno?

. . . . . .

¡Spitzberg!....—¡Estoy en el terrible Archipiélago que ninguna raza ha podido habitar! ¡Me hallo á los 77 grados latitud Norte; á doscientas sesenta leguas del *Polo!*

Creo haber oído decir á mis asesinos que esta isla es la del *Nordeste*, la más meridional del horroroso grupo, la más *templada* de todas.... —¡Cruel compasión...., que prolongará algunas horas mi agonía!

Ignoro en cuál de estos témpanos de hielo eterno tiene la Rusia una Colonia para la peletería y la pesca de la ballena; pero lo que sí sé es que los colonos emigrarían á la Laponia á fines de Agosto, hace dos meses, y no volverán hasta la primavera....; ¡dentro de doscientos cuarenta días!

¡Estoy, pues, solo, sin hogar, sin amparo, sin víveres, sin consuelos!

¡Morir! He aquí mi inevitable y próxima suerte.

Hoy es 17 de Octubre.... El frío avanza por el Norte.... Dentro de pocos días me helaré sin remedio.

Entre tanto, me alimentaré con la caza. ¡Siquiera, esos crueles me han dejado una escopeta.... «*por si quería suicidarme de este modo!*»—

Mataré rengíferos, chuparé hielo y me procuraré un abrigo entre esas rocas.—El inglés Parry habitó cabañas de nieve en el Norte de América á los 73 grados.

¡Ah! Sí....; pero yo estoy cuatro grados más cerca del Polo, y no tengo fuego para calentarme!

¡Morir! ¡Morir! ¡He aquí mi infalible destino!

II.

Han transcurrido seis días.

Una ráfaga de esperanza brilla ante mis ojos....

Me he procurado fuego como Robinsón, rozando dos pedazos de cedro.

Ayer encontré en el centro de inmensa roca una profunda cavidad muy reservada del frío.

Todos los días mato cinco ó seis rengíferos, los despedazo y conservo la carne entre los témpanos de hielo.

Así se conservará incorrupta hasta el año que viene.

También hago provisión de combustibles.—No tengo hacha; pero el frío me sirve de leñador.—Todas las noches crujen algunos árboles, y saltan hechos astillas por el rigor de la helada, y yo traslado á mi gruta cada mañana miles de estos fragmentos, que alimentarán mi hogar hasta que me muera....

Voy, pues, á entablar una insensata lucha con

el invierno. — ¡ Porque deseo vivir y volver al lado de los hombres! ¡Porque la soledad me ha vuelto cobarde!.... ¡Porque adoro la vida!....

III.

El frío es ya irresistible....

Ha llegado el momento de encerrarme en las entrañas de esa peña; de incrustarme en su centro como un marisco en su concha.

Antes de sepultarme en la que acaso será efectivamente mi tumba; antes de vestirme esa mortaja de piedra, quiero despedirme del mundo, de la naturaleza, de la luz, de la vida....

Camina el sol tan poco elevado en el horizonte, que, desde que sale hasta que se pone, no hace más que *recorrer su ocaso*, como luminoso fantasma que da vueltas alrededor de su sepulcro.

Sus rayos pálidos y horizontales reverberan tristemente sobre el mar.

Las aguas empiezan á rizarse.... Pronto quedarán encadenadas por el hielo.

La bóveda celeste ostenta un azul cárdeno y sombrío, que la hace aparecer como más distante de la tierra.

El soplo del aquilón quema y marchita las tristes flores que osaron desplegar aquí sus encantos, y ata con lazos de cristal el curso de los torrentes.... ¡Helos ya mudos, inmóviles, petrifi-

cados en sus enérgicas actitudes, como trágicos héroes esculpidos en mármol!....

Reina un silencio sepulcral, un silencio absoluto. No se oye ni canto de ave, ni rumor de corriente, ni suspiro de brisa, ni columpio de planta....

¡Ni movimiento ni ruído!.... ¡Nada!—El mutismo del *no-ser:* he aquí todo.—La eternidad y lo infinito deben de parecerse á estas monótonas soledades, á estos páramos de inacción y muerte.

El calor de mi sangre, los latidos de mi corazón, el soplo de mi aliento, el eco de mis pasos, son los únicos síntomas de vida que ofrece la naturaleza. Me creo, pues, solo en un mundo cadáver, en un planeta posterior á su Apocalipsis; en la Tierra misma, pasado el Juicio final....

. . . . . .

Hoy tiene el *día* diez y seis minutos.

Mañana *no saldrá* el sol.

Mañana me ocultaré yo por seis meses; él por tres.

¡Oh, sol! ¿volveremos á vernos?

. . . . . .

¡Qué frío tan espantoso!....

La humedad del aire se convierte en agujas de hielo que punzan mi semblante.

Mi aliento me rodea de una especie de niebla que no puede elevarse á la condensada atmósfera.

El humo de mi escopeta se dilata también horizontalmente.

Ayer toqué el gatillo sin mis gruesos guantes, y mis dedos quedaron tan fuertemente unidos al acero, que, para separarlos, hube de dejarme allí la piel.

La sábana blanca que se extiende indefinidamente alrededor de mí, y las irradiaciones de la luz en ella, hánme producido en la vista una terrible inflamación....

Pronto vendrá el escorbuto....

—¡Oh! ¡qué espantosa es esta lucha de mi vida con la muerte de todo lo creado!

IV.

En efecto: ayer apareció el sol; no por el Oriente, sino por el Sur. Trazó en lontananza un ligero semicírculo, y se hundió al cabo de un cuarto de hora.

Hoy es el 7 de Noviembre, el tremendo día del *Spitzberg*, el último en que ve el sol....

Son las once y media de la mañana.

Hace tres horas que un esplendoroso crepúsculo luce en el remotísimo confín de los cielos.

Mas el sol no aparece....

¡Ah!.... ¡sí!.... ¡Helo pálido y entristecido, pugnando por asomar su frente!....

Pero el disco no se eleva....

El limbo solamente pasa rozando por el límite del cielo y de las olas....

¡Un momento más, y ha desaparecido!

¡Adiós para siempre, padre de la luz, corona de los cielos, alma del mundo!

¡Adiós, mi último amigo! ¡Adiós, y vuelve!

V.

¿Cuánto tiempo ha transcurrido?

No lo sé.

Mi reloj anduvo una semana: el frío lo paró después, ó, mejor dicho, lo mató.

El frío lo mata todo.

Ignoro, pues, qué día es hoy.

Pero ¿qué significa la palabra *hoy?*

El *hoy* no existe para mí.

Mi vida carece de horas.

Lo pasado, lo presente y el porvenir forman horrible grupo en mi imaginación.

Un momento *continuo:* tal es el tiempo dentro de este sepulcro.

Si los muertos pensaran en el panteón, padecerían lo que yo padezco.

Los siglos caminan más de prisa que aquí los instantes.

Un invierno en Spitzberg da una idea de la eternidad en el infierno.

¡Y qué abismo sin fondo el de mi tenaz meditación!

Mis ideas, indefinidamente desbordadas, explayadas, extendidas por el páramo de mi *no-ser*, concluirán por escapárseme...., y me volveré loco.

Vivo náufrago y sin tabla en un océano de negaciones. Paréceme un sueño la idea de que existe el mundo. Dudo hasta de mi propia existencia. Mi desesperación es más cruel que la de los ateos: ellos niegan el porvenir: yo niego lo presente. Yo no he perdido la esperanza, sino la realidad.

VI.

¡Qué lejos estoy de los hombres! ¡Qué olvidado sobre la tierra!

Hacia cualquier parte que dirijo el pensamiento, disto de la humanidad centenares de leguas.

Mil quinientas millas al Occidente se halla la Groenlandia, continente de hielo que enlaza dos mundos....

Al Norte.... ¡no hay más que el *Polo!*

El Océano Atlántico se dilata por el Sur.... Allá está el Continente Europeo, con su perdurable primavera.... Luego el África, ¡la patria del sol!.... Después las zonas antárticas, gozando ahora de los favores del estío....

Al Oriente, á dos mil cuatrocientas millas de este Archipiélago, solo se halla la Nueva Zembla.

¡Oh! ¡Qué pesadilla descorrió en mente humana ilusión tan negra como la realidad de mi desventura!

VII.

El *upas*, árbol venenoso de la Oceanía, no deja brotar ni una planta en el ámbito que cobija su ramaje.

Donde el caballo de Atila sentaba el pie, no volvía á nacer la hierba.

El envidioso no ve más que la sombra del bien ajeno.

El egoista está siempre asfixiado, por falta de otro mundo que absorber....

El escéptico vive negativamente.

¿Y yo? ¿Qué soy? ¿Qué hago? ¿Cómo vivo?

VIII

¡Cuántos brillantes salones se abrirán en este momento á una multitud alegre y bulliciosa!

El baile.... el amor.... la música....

¡Condenación para mí!

Allá imagino un perfumado gabinete, una chispeante chimenea, alfombras, butacas, pieles, café, rom, tabaco....; una plática tierna,

descanso del placer, incentivo de más placeres....; una alcoba tibiamente alumbrada, un lecho mullido y el sueño de la felicidad....—¡Ay, mi Alejandra!

Pero no....—Estoy en San Petersburgo. Es una tarde de Mayo. Tomamos el sol en embalsamados jardines. La gente ríe, habla acá y allá, me saluda....—¡Alejandra! ¡Alejandra mía!

¡Tampoco!

¡Ah! ¡qué perdurable noche!....

¿Cuándo llegará *mañana?*

IX.

Nuevas eternidades han rodado sobre mi cabeza.

Duermo mucho.

¿En qué hora, en qué día, en qué mes me encuentro?

¿Ha pasado ya un año, ó una semana solamente?

¿Abulto yo el tiempo con la imaginación? ¿ó no lo siento pasar, y lo achico?

¿De qué pecan mis cálculos? ¿de exagerados ó de cobardes?

¡Oh! ¿Qué es este *tiempo* sin medida, *pro-indiviso*, sin cronómetro, sin día ni noche, sin sol, luna ni estrellas?—¡Es el caos; es la Nada con un solo *ser*, con mi pobre espíritu, abismado en el eterno vacío!

Me he puesto á veces las manos sobre el corazón; he sumado luego los latidos que he contado en distintas ocasiones, y ha pasado de un millón la suma total.

¡Un millón de latidos!.... ¡Un millón de segundos!.... ¡Once días y medio!

¡Y luego se deslizan los años de nuestra ventura, como pájaros por el aire, sin dejar rastro en la memoria!

¡Cuántas veces me vió el crepúsculo de la tarde al lado de mi adorada, y llegó la noche, y pasó, y rayó el día...., y toda esta cantidad de tiempo no fué otra cosa que una larga mirada!

¡Oh! ¡cuántas inmensidades contiene un minuto de dolor!

Y ¡cuán pasajera es una inmensidad de dicha!

X.

Las rocas crujen sobre mi cabeza.

Parece que la Isla va á partirse en mil pedazos.

Este debe de ser el vendaval del Equinoccio....

Es decir, que Marzo habrá mediado ya, y que el sol lucirá en el horizonte....

¡Voy á salir! ¡Quiero ver el cielo! ¡Quiero ver el sol!

.....

Pero ¿qué oigo?

Los osos blancos rugen terriblemente....—¡Mejor! ¡Lucharemos!....

¡También yo tengo hambre de sangre caliente, de carne que palpite entre mis uñas!

.....

Cojo la escopeta; rompo el hielo que obstruye la entrada de esta gruta, y salgo....

¡Extraña debe ser mi aparición entre las nieves! ¡Pareceré una fiera que deja su cubil, un monstruo que sale del infierno, Lázaro que se levanta de la tumba!

XI.

¡Me he engañado miserablemente!

¡Creía hallarme en la Primavera; esperaba ver el sol; contaba con que habrían transcurrido cuatro ó cinco meses...., ¡y me hallo con el invierno, y es de noche, y estamos en Enero, á juzgar por la disposición de las estrellas!....

¡Aún no ha mediado mi sufrimiento, cuando yo no podía sufrir ya más!....—¿Qué va á ser de mí?

He allí la luna en el cenit oscuro del firmamento....

Parece una blanca paloma venida de otros horizontes á visitar un mundo olvidado por el Criador....

¡Doloroso espectáculo!

Por donde quiera que miro, veo sólo un interminable páramo, una soledad sin límites....

El mar, helado y cubierto además de nieve, no se diferencia de la tierra.

Los elementos se confunden aquí como las horas de mi ocio.

Todo ha mudado de sitio, de forma, de color.

El valle está repleto de nieve y nivelado con el monte.

El árbol se asemeja á una campana de cristal.

La superficie del Océano no es lisa: fantásticas breñas de hielo la cubren.

Y todo está mudo, blanco, frío, inmóvil.

¡Qué monotonía tan desesperadora!

El cielo aparece negro al lado de la reverberante claridad de la luna y de la nieve.

Las estrellas se ven tan lejos y tan atenuadas, que parecen pertenecer á otros mundos.

.....

Mas ¿por qué se extiende de pronto una obscuridad densísima?

¿Por qué las estrellas fulguran en la sombra con un brillo desusado?

¿Qué es esto?

Desbórdase de la luna un océano de claridad; la blanca sábana que envuelve la creación refleja una luz intensa; la lontananza del horizonte se rasga y se prolonga....

En seguida las tinieblas se tornaron espesísimas.

¿Qué misterio se obra en la naturaleza?

¡Oh! ¡La *Aurora boreal!*

El Septentrión se inflama con mil luces y colores: una llamarada de oro y fuego inunda el espacio ilimitado: las soledades se incendian: los monolitos de hielo brillan con todos los matices del arco iris. Cada carámbano es una columna de topacio; cada estalagmita una lluvia de zafiros. Rásgase la penumbra, y descúbrense océanos de claridad.... ¡Allá adivino el *Polo,* alumbrado intensamente; erial solitario que ningún pie humano llegará á hollar nunca! Y en aquella región de continuo espanto creo divisar el eje misterioso de la Tierra....

Único espectador de este sublime drama, caigo instintivamente de rodillas....

¡He aquí los confines del Globo trocados en esplendoroso templo, en una *capella ardente*, en un sagrario de purísimo oro derretido!

Dominando tan vasta iluminación, álzanse columnas de llama aérea, arcos de divina lumbre, bóvedas de flámulas desatadas....—Así se conciben la cuna del rayo, el manantial de la luz, el lecho del sol en la fulgente tarde....

¡Cuánta vida, cuánto ardor, cuánta belleza en el universo! ¡Qué lujo de fuego y de colores, después de tanto tiempo en que mis ojos sólo

vieron la atonía del color y de la existencia!

. . . . . .

Pronto se concentran en un punto tantos ríos de ebulliciente claridad, y fórmanse mil soles de fuegos fatuos, que se apagan sucesivamente, como la iluminación de terminada fiesta.—Los prismas se decoloran : la escarlata amarillea: la púrpura toma un tinte violado....

¡Otra vez desolación y tinieblas!

El meteoro ha desaparecido.

XII.

Heme de nuevo en mi sepulcro.

El ocio y el frío combaten otra vez mi cuerpo y mi alma.

¡El ocio!—Acurrucado frente á la hoguera, paso unas horas sin medida....

Mis ojos se nutren de la llama: mi corazón respira olas de fuego.—Sin este fuego no fluiría mi sangre....—El ocio y el frío son una misma cosa.

Y pasa el tiempo....

Ya pienso en nimiedades, en frívolas relaciones de un átomo de ceniza con un átomo de lumbre: ya se desentumecen mis ideas, y recorro el mundo de una ojeada.

Mi niñez y mis amores; toda la historia de mi vida pasa ante mi imaginación....

Cuando salga de aquí, si lo consigo, habré nacido de nuevo.

El frío y el ocio han cristalizado otro ser con los despojos de mi ser pasado.

¡Cuánto profundo y asolador pensamiento, cuánta negativa ciencia adivinada sacaré de esta prisión!

La soledad me ha engrandecido de un modo horrible, espantoso....

He visto el mundo y la sociedad tan á lo lejos, en tan graduada perspectiva, que he adquirido el conocimiento exacto de todas las cosas.

¡Cuánta pequeñez he dejado de apreciar!.... —¡Pequeñeces que allá juzgaba de alta trascendencia!

¡Oh! ¡Si vuelvo al mundo, viviré soberanamente, sin que el velo de la preocupación me oculte la felicidad, sin que la costumbre me aprisione entre sus redes!—¡Qué invulnerable me hizo la desesperación!

Entre mi corazón y el mundo no hay ya ningún lazo: el hielo nos separó para siempre.

¡Yo soy yo! Todos los hombres son una *unidad,* y yo soy *otra.*

¡Yo soy, pues, un mundo! ¡Un mundo rival de aquél!

¡Yo lo aplastaré mañana bajo mi egoismo, como él me arrojó ayer de su seno!

Yo era humilde; yo quería mi puesto en aque-

lla familia de hermanos; yo abdicaba mi individualidad por conseguir solidaridad en un poco de amor....—Hoy me han endurecido mi pensamiento y su crueldad.—¡Guerra á muerte! ¡Me basto contra todos!

¡Tengo frío en el alma como en el cuerpo!

XIII.

Después de otra eternidad de inacción, que así puede haber sido un día, como un año (pues no tengo conciencia de mi propia vida), abandono de nuevo esta caverna.

El frío material es insoportable....

¡Oh!.... ¡qué duda tan espantosa llevo en el cerebro!....

Acabo de pensar que acaso habrá transcurrido ya el verano; que bien puedo encontrarme con nuevas nieves; que quizás ha empezado otra noche de dos mil doscientas horas!....

¡Ah!.... Este pensamiento me hiela el corazón y el alma.

. . . . . .

He salido de la gruta.

¡Aún es de noche!

¡Tremendo problema!.... ¿Qué noche es esta que estoy mirando?

¿Es que no ha concluído el invierno de mi condena?

¿Es que ha empezado *otro?*

¿En *qué año* me encuentro?

XIV.

¡Oh ventura! ¡El horizonte se tiñe de color de rosa hacia el Mediodía!

Dijérase que la Aurora Boreal brilla en el punto opuesto de la bóveda celeste....

Pero no es la fatua *aurora boreal*.... ¡Es la verdadera *aurora*, la aurora del día!....

El aliento del Ecuador enrojece las brumas del Océano....

Los hielos sonríen por todas partes, al recibir las caricias de la *primera alborada*....

Las estrellas se borran en el cárdeno firmamento....

La luna se oculta por el Septentrión....

¡Está amaneciendo!

¡Salve, primera luz del alba!

¡Salve, rayo perdido del astro deseado, que vienes á alegrar estos desiertos!

¡Salve, cabello luminoso, desprendido de la dorada frente del sol!

¡Ya es de día!

Así despertaría el mundo el día de la creación.

Así saldría la creación de las tinieblas del caos.

Así renacería la especie humana, cuando volvió la paloma al arca de Noé con el ramo de oliva.

En cuanto á mí, hoy despierto de la nada del *no-ser*, de esa negación sin nombre en que he vivido tantos meses.

Hoy sacuden mis sentidos su letargo, y la luz turba la monotonía de la noche y de la nieve.

Hoy renazco á la vida, y ese rayo matinal que colora el Oriente viene á ser el iris que me presagia mejores dias.

Hoy, en fin, se reanuda mi dulce consorcio con la esperanza de vivir.

. . . . . .

Una hora ha durado la alborada.

Hubo un momento en que me pareció que el sol iba á salir....

La cerrazón de niebla que entolda el horizonte amenazaba romperse....

Todo ha desaparecido.

He contemplado, pues, sin intervalo alguno el crepúsculo de la mañana y el de la tarde. ¡Espectáculo grandioso!—Mi corazón rebosa de entusiasmo y de alegría.

Hoy debe ser el 4 de Febrero.

XV.

Día 5.

Los resplandores del sol han durado hora y media.

La cúspide de una montaña elevadísima ha reflejado por un momento los rayos del sol.

¡Yo lo veré mañana!

XVI.

¡El sol! ¡El sol!

¡Al fin has brillado ante mis ojos, astro divino, manantial de luz, foco de la vida!

¡Cómo me alegra el alma esta corta visita que hoy haces al Spitzberg!

¡Bendito seas mil veces, Rey de la naturaleza, coronado de rayos y vestido de oro, que te anuncias al mundo con la risueña aurora y te despides con el melancólico suspiro de la tarde!

¿Qué son las estrellas, sino tu brillante séquito, tu numerosa corte, que tarda una noche entera en desfilar por los cielos?

XVII.

Han transcurrido tres meses más, abreviados por la esperanza.

¡La primavera! La diosa de los perfumes y de la armonía sonríe ya en el cielo, en la tierra, en el mar y en el ambiente.

Todo vive; todo se agita; todo se alegra.

El sol acaba de ocultarse por el Norte: ¡dentro de una hora volverá á salir!

Pasado mañana, que deberá ser el 5 de Mayo, empezará el día de tres meses, durante el cual vendrá algún buque *groenlandero* á este archipiélago, y me volverá al mundo habitado por los hombres.

En este instante iluminan la tierra cinco distintos resplandores: el crepúsculo de la tarde, la claridad del amanecer, un perdido destello de la agonizante *aurora boreal,* el moribundo resplandor que desde el Sur envía la menguada luna y la vacilante luz de las remotísimas estrellas.

El *blinc,* ó sea la refracción de la nieve, mezcla su fulgor á tantos fulgores, dando á la naturaleza cierto vislumbre fantástico.

XVIII.

He aquí á la Creación revestida de todos los encantos que se atreve á desplegar en esta latitud.

El mar ha roto sus cadenas de hielo y mece en lontananza sus verdes olas.

El viento ha recobrado elasticidad.... ¡Siquiera

el ruído es ya una distracción en esta ociosidad perdurable!

Óyense hacia el Norte estruendos misteriosos....

Es que se hunden los alcázares de cristal que edificó la mano del invierno.

Incesantemente se deslizan por el Océano, viniendo del *Polo*, mil flotantes islas, que pasan ante mis ojos como fantasmas, hijos del espanto de estas regiones, ó como ambulante cordillera....

Son témpanos de hielo que desharán mañana las brisas del *Círculo polar*.

Esto sucede en el Océano. En la tierra todo sonríe, murmura, canta y se desenvuelve.

Las campiñas se cubren de cierta verdura, algunos vegetales cuelgan por los laderos de las montañas, y hasta en la nieve brotan amarillos fresales.

Mil cascadas y torrentes, formados por el deshielo, corren, saltan y se derrumban con alegre estrépito, comunicando al aire estremecido placidísimos rumores.

Las adormideras blancas y las doradas siemprevivas inclinan sus lánguidas cabezas sobre la espuma de las aguas, como náyades voluptuosas.

Los cedros seculares y los desgajados abetos se cubren de obscuras hojas.

El liquen festonea los zócalos de las montañas.

Donde quiera hay variedad, colores, vida, movimiento.

La isla canta, el mar se lamenta, la atmósfera murmura.... ¡Magnífico concierto!

El *burgomaestre,* el buitre polar, arroja su prolongado grito.

Los *mallemaks* trinan con blanda melodía.

Los *rotger* modulan su patético gorjeo, semejante al arrullo de la tórtola.

El *apura-nieves*, el pájaro de oro, revolotea de acá para allá, como una estrella sin destino.

¡Qué transformación, qué resurrección tan admirable!

Y, sin embargo, esta primavera sería aterradora comparada con el más rudo invierno de Escocia.

XIX.

¡Ah! ¿Qué es aquel punto negro que se destaca sobre los confines del Océano, bajo la cúpula azul del firmamento?

Mi corazón late con una violencia irresistible.

¿Me habré engañado?

¡Gracias, Dios mío! ¡Es un buque ballenero!

Viene hacia aquí....

Irá al estrecho de Henlopen, y pasará á un cuarto de milla de esta isla.

Mi escopeta le avisará....

¡Me he salvado!

. . . . . .

¡Desesperación!

El frío ha destruído el organismo de mi escopeta.

¡No podré hacer señal á ese buque!

Lo estoy viendo.... Dista de aquí una milla.... Es un *groenlandero*....

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

¡Ah! No puedo más: mi voz enronquece.... ¡Estoy tan extenuado!

—¡Socorro!....

¡No me oyen!

¡Oh, estar tan cerca de los hombres, y no salvarme!

¡Ver el puerto después del naufragio, y morir sin tocar la orilla!

¡Morir, como Prometeo, encadenado en una roca!

¡Morir, después de un año de martirio; después de haber comprado la vida con diez meses de sepultura!

¡Y no hay remedio!

¡Ya doblan el cabo de Henlopen!....

¡Desaparecieron!.... ¡Ay!.... ¡Desaparecieron!

¡Tremenda ironía de mi destino!

¡Necio de mí, que me reconcilié con la esperanza! ¡Necio de mí.... que....—¡Ah! ¡No hu-

yas de esa manera ante mis ojos, Dios mío!

. . . . . .

¿Y qué?

¿He de confiarme de nuevo á una suerte cruel que se burla de mis lágrimas?

¡No!

Estoy decidido.

Yo mismo me daré la muerte.

Esto es mejor que pasar otro invierno enterrado vivo en un sepulcro.

¡Los sepulcros se han hecho para los muertos!

. . . . . .

XX.

A bordo del *Grande Esberrer*.

Día 8 de Agosto.

Camino hacia los lares patrios.

Acabo de perder de vista la última montaña del *Spitzberg*.

El buque que me ha recogido es el mismo que vi alejarse hacia el estrecho de Henlopen.

Cuando me desangraba por cuatro cisuras que me hice en pies y manos, la tripulación del *Grande Esberrer*, que había desembarcado en otra rada de la isla del Nordeste, me encontró tendido en tierra y me salvó la vida....

Llegué al Spitzberg á la edad de diez y nueve años, y he permanecido allí diez meses. Sin em-

bargo, los marineros que me acompañan, al ver encanecidos mis cabellos, mi frente surcada de arrugas y mis ojos tétricos y apagados, me creen llegado á la edad de treinta y cinco ó cuarenta años....

GUADIX, 1852.

EPÍLOGO.—DEDICATORIA.

Á MI BUEN AMIGO EL SR. D. JOSÉ J. VILLANUEVA.

Te remito un puñado de canas de mi cabeza.

El papel en que van envueltas es mi fe de bautismo.

Por ella verás que tengo veintiun años: de consiguiente, tenía diez y nueve cuando escribí el anterior monólogo.

Dice un refrán que *por todas partes se va á Roma.*

Y yo añado que *por cualquier parte se va á Spitzberg.*

Este epílogo es también la dedicatoria de la presente obrilla.

Recíbelo todo con indulgencia, y devuélveme la fe de bautismo.

MADRID, 1854.

SOY, TENGO Y QUIERO

SOY, TENGO Y QUIERO.

HISTORIA LITERARIA.

I.

LA MUSA.

Yo gusto de los poetas que no tienen un cuarto;

De las niñas pálidas y bellas que montan sobre su nariz unos aristocráticos *quevedos*;

De las tardes de otoño, si hubo tormenta por la mañana,

Y de una ópera de Bellini, oída desde el *paraíso* del Teatro Real.

Pues este *paraíso*, como todos los prometidos en las religiones de que me acuerdo, es el consuelo de los pobres.

Y las tardes de otoño recuerdan al hombre la muerte.

Y las niñas con anteojos son muy coquetas.

Y la pobreza pone al genio en su carro de Dios terrenal.

Divinidad, coquetismo, muerte y consolación y demás cosas mencionadas que *soy*, *tengo y quiero*.

II.

ALONSO IDEM.

Alonso Alonso vive en Madrid.

Su Musa (porque todo poeta tiene su Musa, y Alonso Alonso es poeta) lo encontró un día en la calle de Fuencarral.

—Adiós, Alonso.... —dijo la Musa.

—Adiós, muchacha....—contestó él.

—¿Adónde vas?

—Á cualquier parte.

—¿Qué tienes?

—Voy muy triste.

—¿Por qué?

—Porque me aborrezco.

—¡Siempre lo mismo!

—¡Hoy más que nunca!—Vengo de estar solo en el paseo del Prado entre dos ó tres mil personas.

—¿En qué trabajas?

—En nada.

—¿Por qué?

—Porque no tengo dinero.

—Razón de más para que trabajes.

—No tengo tiempo.

—Pues ¿qué haces?

—Pensar en que no tengo dinero.

—Compón una comedia.

—¿Y entre tanto?

—¿Qué importa?—Comerás ó ayunarás tantas veces como ayunarías ó comerías sin componerla.

—Pero ¿la comprarás tú luego?

—Yo no. ¡Harto hago con hallar quien compre las quisicosas que tú te desdeñas en escribir, como, por ejemplo, la historia de esta conversación, que escribirá cierto amigo tuyo.—Pero, si tu comedia es buena, no faltará un teatro que la represente.

—Te equivocas, Musa.—Los empresarios me odian tanto como yo desprecio al público.

—Y ¿por qué te odian los empresarios?

—Porque he sido crítico.

—Y ¿por qué desprecias al público?

—Porque el público no desprecia á los empresarios.

—Haz un tomo de poesías....

— No las quiere de balde ningún editor, ni el pueblo las lee aunque le den dinero encima.

—¿Qué piensas, pues, hacer?

—¡Nada! He dedicado mi juventud á una carrera demasiado ilustre, á las bellas letras, y mi

huéspeda conviene conmigo en que no produce la literatura lo bastante para comer ; de lo cual me alegro, porque odio á los lectores y á mi huéspeda tanto como me aborrezco á mí propio.

—Entonces.... solicita un destino.

—¡Seis mil pretendientes hay en Madrid esperando una vacante!—Además, yo aborrezco también al Gobierno.

—En ese caso, escribe un periódico de oposición....

—¡No tengo opinión política, y aborrezco por igual á todos los partidos!....

—Forja tú uno nuevo....

—No me gusta mentir.

—Busca una novia rica, y cásate....

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque estoy enamorado de una mujer que no me amará nunca.

—¡Al fin amas algo!—¿Quién es ella?

—La marquesa de ***....

—¡Pobre Alonso!—exclamó la Musa.

—¡Maldita sociedad! (exclamó Alonso.) Figúrate una mujer pálida, bellísima, de risa despreciativa, atrevido peinado y talle delicioso.... Añade, para colmo de tortura, unos impertinentes *quevedos* sobre su nariz delicada; una cara que se levanta con osadía para mirar por los lentes; una mano fina que cae á lo largo del cuerpo; una

mirada que nunca se fija, que todo lo desdeña.... —¡Oh! Y el lacayo de esa mujer será acaso mi pariente, mi amigo.... ¡Y esa mujer no puede ser mía!—¡Desesperación! Pues que ella no pertenece á la región de mis deseos, al mundo de mis esperanzas, ¿por qué hace gala ante mí de unos tesoros que no me ha de conceder!....—¡Tanto valiera enseñar pan á un mendigo y rehusárselo en seguida!—¡Ni pasión ni virtud reconozco en vos, señora Marquesa!.... ¡Tenéis mal corazón! ¡Dios os pedirá cuenta del mal que hacéis!

El joven calló: la Musa meditó un momento, y dijo con gravedad:

—¿Crees en el infierno, Alonso?

—No.

—Pues ahórcate.

—Lo pensaré.

Dijo, y se alejó hacia la red de San Luís.

Á poco se volvió, para preguntar á la Musa:

—¿Y tú, chica, crees en el infierno?

—Yo creo en ti,—contestó la Musa.

Y le volvió la espalda.

Así hacemos todos con los poetas.

Y así viven, sienten y piensan casi todos los poetas hoy en día.

¡Y así anda la literatura!

Por lo cual, á esto que yo estoy escribiendo, con sujeción al último figurín literario de Fran-

cia, se le hace el honor de publicarlo en letras de molde....

¡Quién me lo dijera cuando estudiaba el *Arte poética* de Horacio!

III.

OTRA VEZ LA MUSA.

El Autor y Alonso Alonso tienen una misma Musa, como podrían tener una misma lavandera.

Deseoso, pues, de saber qué había sido del melancólico y desesperado poeta, llamó el Autor una tarde á su Musa, y entabló con ella el siguiente diálogo:

El Autor.—Responde, diosa: ¿Qué es de Alonso Alonso?

La Musa.—¿Alonso Alonso?.... ¡Ah! *(Fingiendo que se desmaya.)*

El Autor.—Cuéntame, y déjate de melindres....

La Musa.—Ayer al medio día hubo tormenta en Madrid....

El Autor.—¡Gran noticia, Musa!

La Musa (imperturbable).—Y, por consiguiente, Alonso Alonso pasó la tarde en el campo.—Yo estuve con él, porque me evocó tres veces con las lágrimas en los ojos....

«Paseábase tu amigo por la Montaña del Príncipe Pío, aspirando los efluvios eléctricos que la

tempestad había dejado en la atmósfera, y el viejo corazón del niño se dilataba queriendo absorber océanos de ambiente. Alonso Alonso era feliz, porque pensaba en muchas cosas tristes: en los siglos pasados, desvanecidos como humo; en su existencia y sus penalidades, que se desvanecerían como los siglos pasados; en los amigos que había perdido; en las mujeres que había amado; en la brevedad de la vida y en las ridiculeces de que está poblada; en la vanidad de la ciencia, en la nada de la ambición, en toda esta comedia, en fin, que representáis sobre la Tierra.—Entonces Alonso era grande, rico, feliz, sabio, rey, ángel! Su imaginación abarcaba el universo entero. Aquella agonía de la naturaleza le representaba el término de sus dolores. La caída del sol le hablaba de su vejez, á que no llegaría; de su muerte, que no lloraría nadie....—Quedó, pues, abismado en una extática somnolencia, que ya no era la vida: su alma había huído de nuestro globo: no tenía conciencia de sí mismo, ni sabía dónde se encontraba: ¡era libre!....

»De pronto.... (ya había anochecido) siente el crujido de un traje de seda.... La forma de una mujer se destaca en los cielos, y quedan tras ella mil astros, invisibles á los ojos de Alonso. La aparición se acerca; siéntase junto al joven, y rodea su cuello con los brazos.

»Alonso reconoce á la Marquesa de ***, á la

señora de los quevedos.... —Cree que se vuelve loco; cree que sueña; cree.... ¡hasta en un milagro!

»Á la primera palabra de la beldad, arroja Alonso tan brutal carcajada, que rueda sobre la tierra como herido de un rayo, y la visión huye, riéndose también....—¡Era la *Traviata!*....

El Autor.—¡Diosa, tú deliras; tú me engañas; tú me cuentas imposibles! — ¡Esto no es literatura!.... Esto es un galimatías....—¡Siento muchísimo tener que publicar las extravagancias que me inspiras hoy!....

La Musa.—Te cuento la verdad. Alonso se había dormido sobre el banco, y su aparición era un sueño de poeta.... de los de ahora.

El Autor (con desaliento).—Prosigue, Musa.

La Musa. — Perdida aquella suprema ilusión; creyendo que había sido un sarcasmo de la suerte; viéndose tan pobre y tan solitario, recordó que el Canal estaba próximo, se dirigió á él, con firme propósito de suicidarse....

Llegó á la pradera. La noche estaba espléndida. Los árboles, rejuvenecidos por la lluvia, exhalaban acres y vigorosos perfumes. Los astros, más que mundos tan infelices como el nuestro, parecían faros del puerto de la bienaventuranza. El último reflejo vespertino semejaba el broche de oro del manto de las tinieblas....

(La Musa se entusiasma, pierde los estribos y se

pone á hablar en verso, plagiando una poesía del Autor, que no le había inspirado ella, sino otra Musa, rimadora de oficio, que tuvo antes.)

Mas no penséis por esto, provincianos,
que el lugar de esta escena
es un edén.... Los pobres cortesanos
moran en cierta orilla nada amena
de un arroyo que emigra los veranos....
Clorótica parece ó pervertida
Naturaleza allí: pálido arde
el sol, como cansado de la vida;
es la vegetación pobre y cobarde,
flaca la aurora, cual mujer perdida,
y, cual vieja soez, sucia la tarde.
¡Oh! bien hayan tan lejos de los hombres
y tan ocultos á los madrileños
los países sin pueblos y sin nombres
que abriga la feraz Sierra-Morena!....
¡De los montes rondeños
bien hayan las augustas soledades,
y la tierra fructífera y amena
que sirve de colchón y de almohada
á Jaén, á Sanlúcar y á Lucena,
ó á Córdoba, á Sevilla y á Granada!

El Autor.—Señora Musa, quisiera que, en vez de hablar de geografía, me hablase V. de Alonso Alonso.

La Musa.—¡Yo hablo de lo que quiero!

El Autor.—Entonces, para nada la necesito.... —¡Váyase V.!

La Musa.—¡Insolente!

El Autor.—¡Bachillera!

La Musa.—¡V. me llamará algún día!

El Autor.—¡Yo!—Pierda V. cuidado.—Mañana pido turrón al Gobierno.

La Musa.—¡Agur, ingrato, pérfido, materialista!....

El Autor.—¡Vaya V. con Dios, señora!

IV.

EL AUTOR TOMA LA PALABRA.

Entre estas y las otras, querido lector, han dado las cuatro y media de la mañana.

El alba se ríe de mí, asomando su rubia cabeza por el ajimez oriental del palacio de la noche.

El reflejo del lucero matinal viene á poner más blanco el papel en que escribo.

La luz de mi lámpara empalidece como una virgen moribunda ó como un disoluto arruinado.

Por el balcón de mi gabinete entra un aire frío y ligero como un beso de hipócrita.

Las estrellas desaparecen poco á poco, como esos jeroglíficos misteriosos que el tiempo borra de las pirámides egipcias.

La luna se ha ido á América: acaba de ponerse aquí, y va á aparecer allá, como una actriz que, terminada la función de la tarde, se viste para la de la noche.

Esta es la hora en que las niñas de Andalucía que han trasnochado pelando la pava, dicen á su novio: «*adiós*....», y cierran la reja, procurando al hacerlo ponerse muy bonitas, á fin de que se vaya lo uno por lo otro.

Esta es la hora en que los estudiantes que han pasado las vacaciones en su aldea, llegan al lecho de su madre y le dicen: — *Me voy*.... Á lo que contesta la madre, ocultando la cabeza entre las sábanas:—*¡Adiós, hijo de mi alma!*.... Después de lo cual el estudiante sube, llorando, en un burro que lo lleva á la Universidad.

Esta es la hora en que van á venir de la imprenta á buscar el presente artículo....

Esta es la hora en que el enfermo se duerme, ó se muere, y en que el enfermero, dormido también, retarda veinte minutos la poción más importante.

Hasta el sabio que vela sobre los libros da una cabezada al llegar esta hora....

En cambio, el sereno despierta y se va á su casa....

Entre tanto, el arriero y el campesino echan el aguardiente....

El jugador hace el último arqueo....

El adúltero baja por el balcón....

Y el escudero de Marte canta tres veces en el corral, porque San Pedro negó tres veces á Cristo....

¡Buenos días, lectores; voy á acostarme!

. . . . . .

El Autor (al tiempo de dormirse).—¿Qué habrá sido de Alonso Alonso?....—¿Se suicidaría?....—¡Pobre.... muchacho!.... *(El Autor se duerme.)*

MADRID, 1854.

LOS OJOS NEGROS

LOS OJOS NEGROS

(HISTORIA ESCANDINAVA, IMAGINADA POR UN ANDALUZ.)

I.

Tienes los ojos negros,
ojos de luto....
Mi corazón lo lleva
desde que es tuyo.

Más allá del Círculo polar ártico, en los confines de la Laponia, cerca de Hammesfert,—último punto habitable del Continente europeo,—se levanta, sobre un mar helado cada año durante seis meses, la negra, escarpada y colosal isla de *Loppen*.

Caían las primeras escarchas de 1730: era el 15 de Agosto.

Las noches tenían ya cerca de tres horas, y la *aurora boreal* lucía en ellas, cerrando el arco esplendoroso de los crepúsculos simultáneos de la mañana y de la tarde.

Hacía una semana que la luna aparecía en aquel cielo, después de mes y medio de absoluta ausencia.

Todo anunciaba la proximidad del invierno, cuyo blanco fastasma, no bien asoma por el Polo, envuelve en su inconmensurable sudario todas aquellas tristes latitudes.

Los nobles se encerraban ya en sus castillos, los pobres en sus cuevas, los osos blancos entre los témpanos de hielo secular.

Algunas aves hacían su nido en las grietas de los desgajados abetos, en tanto que otras levantaban el vuelo hacia el Mediodía, buscando nuevas primaveras.

Los *balleneros* y los *groenlanderos* dábanse á la vela con dirección á Europa, temerosos de quedar clavados en una mar helada....

Los campos, los puertos, los pueblos mismos veíanse desiertos y abandonados. No parecía sino que una horrible epidemia había pasado por ellos, ó que se aproximaba, amenazándoles, un desastroso Conquistador.

Y así habían de permanecer aquellas regiones durante ocho meses, ó sea hasta el 15 de Abril, que comienza el derretimiento de los hielos.

II.

Sobre las áridas peñas de la isla de Loppen asiéntase un Castillo que parece riscosa excrecencia de la montaña: tan musgosos y viejos son sus muros, tallados casi todos en la roca viva.

Aquella guarida de buitres no ha sido obra de *edificación*, sino de *excavación* y *desbaste*.—Es un monolito ahuecado, coronado de almenas.

Algunos óvalos abiertos en la peña para llevar aire al interior, indican vagamente el *descenso* á los siete pisos del castillo, en el último de los cuales, inaccesible completamente á los rigores del invierno, habitan los señores de aquel alcázar subterráneo.

No tenemos para qué decir qué hora era....—Allí es siempre de noche.

En un salón triangular, tapizado y alfombrado de ricas pieles de marta y de rengífero, y alumbrado por tres grandes lámparas, ardía un enorme tronco de teoso pino. Huía el humo arremolinado, semejando movible columna salomónica, por el techo horadado de aquella aristocrática gruta, excavada á cien pies de profundidad, en tanto que una inmensa galería, abierta enfrente de la chimenea, traía ráfagas de aire tibio y perfumado....

Dos personajes había en este aposento.

Dormía el uno, sentado en disforme sillón de encina, y era Magno de Kimi, el *Jarl* ó Conde reinante de la isla de Loppen.

Tendría veinticinco años: vestía larga túnica de pieles negras, por debajo de la cual asomaba un traje medio guerrero, medio cortesano, sumamente lujoso. Este joven, que en el Mediodía

hubiera pasado por feo, ó cuando menos por raro, no carecía de cierta belleza *local*. Era pequeño de talla, un poco grueso, ó, por mejor decir, muy recio y fornido; moreno de cara, ó, más bien, pardo tirando á rojo; pero con cabellos rubios como el oro, sumamente largos y espesos, y ojos de un azul tan claro como el cielo de España en despejado día de Enero. Su rostro, en fin, imberbe como el de una mujer, tenía, sin embargo, tal aire de fuerza y de entereza varonil, que nadie hubiera puesto en duda el salvaje valor del noble escandinavo.

Enfrente de él, é iluminada dulcemente por los resplandores del hogar, rezaba en silencio una mujer, que más parecía una niña; blanca como el alabastro; rubia también, con ojos celestes, semejantes á dos turquesas, y hermosa y triste como las siempre moribundas flores de aquellas fugaces primaveras.—Envolvía todo su cuerpo anchísima bata de dobles pieles de armiño, cuya blancura deslumbraba, y cubría su cabeza gracioso capuchón de blondas....—Con aquel traje, parecía la joven una rosa flotando en golfos de nacarada espuma, un elegante cisne de albo plumaje, la luz matutina reflejada en intacta nieve.

Era la jarlesa Fœdora, la esposa del joven Magno.

Mucho tiempo hacía que los cónyuges estaban

en aquella actitud.... Él haciendo como que dormía, y ella haciendo como que rezaba.

Fœdora, en cuyo rostro se veían las huellas de un dolor sin consuelo, clavaba los ojos en las juguetonas llamas del hogar.... Mas, si por acaso los tornaba un momento hacia la sombría figura de Magno, no era sin que leve temblor la agitase, ni sin que al punto volviera á fijar la vista en la lumbre, prosiguiendo con más fervor sus oraciones.

Una vez abrió Magno los ojos repentinamente, y sorprendió la tímida mirada que le dirigía su esposa.

—¿Dormíais? — murmuró ésta con voz dulce y apagada.

—Yo no duermo nunca.... (respondió ásperamente Magno).—¿Por qué me mirábais de aquella manera?

Fœdora tembló de nuevo, y cruzó las manos.

—¡Porque os amo mucho!—respondió al cabo de un momento.

Y se enjugó las lágrimas; y tornó á sus oraciones.

Pero sus dedos no atinaban á pasar las cuentas de ámbar del rosario.

Y ya no hablaron más, y habían hablado más que de costumbre.

III.

Tres años contaban de matrimonio Fœdora y el jarl de Kimi, y era aquél el primer invierno que pasaban en el castillo de Loppen.

Íbanse antes á Cristianía, donde la vida de los nobles es una fiesta continua durante los grandes fríos; pero el año en que acontece esta historia, y después de haber viajado por toda la costa de Noruega en los hermosos días de Junio y Julio, Magno decidió sepultarse con su esposa en el alcázar de piedra y hielo que hemos descrito, en donde, solos, taciturnos, sentados el uno enfrente del otro, llevaban quince días de reclusión, y de donde no podrían salir ya en ocho meses, á causa de haberse helado las primeras nieves sobre las puertas del castillo.

. . . . . .

IV.

Habían pasado otras quince noches.

Magno de Kimi pidió su arpa escandinava, y cantó el siguiente romance á su aterrada esposa:

De rodillas en la tumba,
en la tumba de mi padre,
amor eterno
tú me juraste....

Si al juramento un dia
faltas, cobarde....
te lo ruego, amor mío,
¡no pases por la tumba de mi padre!

La voz de Magno retumbó como un trueno en las concavidades del castillo, al repetir el último verso de su canción.

Volvióse luego el Conde á la angustiada Jarlesa, y le preguntó, sonriendo amargamente:

—¿Qué hacéis, Fœdora?

—¡Rezo por el alma de vuestro padre!—contestó ella, cerrando los ojos para no ver la sonrisa de su marido.

Magno pulsó de nuevo el arpa, y prosiguió su romance:

Luz de los cielos,
flor de los valles,
aqui nacerán mis hijos,
aquí murieron mis padres.
Si, por tu desdicha,
mis hijos no nacen;
si es tu seno la tumba de mis hijos,
¡no pases por la tumba de mi padre!

El rosario de ámbar se desprendió de las manos de Fœdora y fué á caer sobre las brasas del hogar....

Allí se desgranaron sus cuentas, que al poco rato eran otras tantas ascuas.

Un delicioso aroma inundó la habitación.

—¿Cómo os sentís, señora?—preguntó el Jarl, como si no hubiera visto nada.

—¡Bien, Magno!—respondió ella, que tampoco parecía haber reparado en aquel accidente de tan mal agüero.

—¿Tenéis todavía *duda* acerca de vuestro estado?

—No, señor....

—¡Vais á ser madre!.... ¡oh ventura!—¡Ved cumplidos mis votos de tres años!

—¡Sí!....—murmuró mansamente la joven.

—¡Sí! (repitió el esposo con voz terrible.)—Pero no olvidéis el otro cantar escandinavo....

Y, riéndose con satánica furia, cantó de este modo:

Cruza los montes
un extranjero,
negros los ojos,
negro el cabello....
¡Todos sus hijos
tendrán de cierto
negros los bucles,
los ojos negros!

—¡Ah! ¡Callad!....—murmuró Fœdora, arrodillándose.

—¿Conocisteis á vuestros abuelos?—exclamó Magno, levantando á su esposa con un rugido de fiera.

—¡Ah! Señor.... (respondió la pobre mujer,

estrechando sus manos.) —¡Matadme de un solo golpe! ¡No prolonguéis mi agonía!

—¿De qué color tenían los ojos? ¡Responded!

—Ya lo sabéis....—Los tenían azules....

—¿Y á mis abuelos? ¿los conocisteis?

—No, señor....

—¡Vais á conocerlos!— replicó el joven, cogiendo á su esposa de un brazo y arrastrándola hacia la galería próxima.

Había en ella una larga hilera de retratos, alumbrados por lámparas colocadas de trecho en trecho.—Los señores de Kimi parecían vivos dentro de los marcos que los encerraban....

—¡Estos son mis antepasados! (exclamó el Jarl.) ¡Vedlos, señora! Todos tienen los ojos azules, como vos y como yo, como nuestros padres y abuelos, como todos los escandinavos! ¡Comprenderéis, en consecuencia, que nuestro hijo ha de tener también los ojos azules!—¡Ay de vos si los tiene negros, como el español D. Alfonso de Haro!

Dijo, y se alejó riendo convulsivamente, mientras que la joven caía de rodillas sin voz ni aliento.

Así permaneció largas horas; y, cuando ya todo era silencio en el Castillo, y las lámparas espiraban consumidas, y la hoguera del próximo salón se apagaba también, levantóse quebrantada y moribunda, y tomó el camino de su aposento.

—Hijo mío.... (murmuró allí con voz honda y sepulcral, apoyando ambas manos sobre su corazón, como si las pusiese sobre el del hijo que llevaba en su seno): —Hijo mío, ¿por qué quieres ser el verdugo de tu madre?

Y echó una mirada sobre sí, y huyó con horror hacia otro lado de la estancia, tapándose el rostro con las manos.

Era la estatua del remordimiento, maldiciéndose á sí misma.

V.

Han transcurrido cuatro meses.

Magno de Kimi está en su cámara.

Vedlo sentado, con los codos apoyados en una mesa, con la frenta caída sobre las calenturientas manos, y fijos los ojos en objetos que parece querer grabar en lo más recóndito de su alma, según la fuerza de atención con que los mira.

Aquellos objetos son una carta y un retrato.

Representa el retrato á un hermosísimo joven vestido con el lujoso traje español del reinado de Felipe V. Sus cabellos, negros como el ébano, sombrean un bello rostro moreno y descolorido; sus ojos, más negros aún, brillan como azabache entre las obscuras y largas pestañas. Una sedosa línea de bozo cubre su labio superior,

graciosamente dibujado bajo clásica nariz caucasiana.

En cuanto á la carta, decía así:

«Al jarl Magno de Kimi, su siervo Estanislao.

»Señor: ¡Venid! ¡Venid á Cristianía! ¡Habéis perdido su amor!.... ¡Salvad la honra! La jarlesa Fœdora os es infiel. Hay en esta corte, desde pocos días después de vuestra marcha, un joven extranjero, embajador y marino, bello como el ángel de las tinieblas, el cual os ha robado el corazón de vuestra esposa. Miradas y suspiros, palabras y sonrisas, todo revela la criminal pasión de los dos traidores.—Yo he sido arrojado de la casa como un perro; pero como un perro fiel á su señor.—¡Venid, os digo!....

»El asesino de vuestra dicha es español.—Tiene los ojos negros como la noche, y negra la cabellera como las alas del cuervo que cae sobre los cadáveres.—Es noble y poderoso, y se llama D. Alfonso de Haro.—Venid, y contad con el brazo de vuestro siervo

»ESTANISLAO.»

Mucho tiempo permaneció Magno de Kimi contemplando aquel retrato y aquella carta.

Levantóse al fin; miró un reloj que señalaba las doce, y dijo:

—Han pasado *veinticuatro horas de noche*, y empieza otro día de tinieblas....—Estamos á 22 de Diciembre. Dentro de sesenta días nacerá el acusador de Fœdora.... Su mirada de luto, su primera mirada, dará la señal de la muerte de la esposa infiel, que ya no podrá negarme la consumación de mi deshonra. ¡No dirá entonces, como cuando hallé aquí, entre sus alhajas, el retrato del infame español, «que D. Alfonso de Haro *sólo había sido su amigo!*»—Llegará luego el 20 de Abril; se deshelará el Océano; me daré á la vela en el *Thor;* buscaré al través de todos los mares del Universo al asesino de mi ventura...., y morirá. ¡Morirá, aunque sea Lucifer en persona!

VI.

Dos meses después, el 22 de Febrero, la jarlesa Fœdora de Kimi dió á luz un niño.

El niño tenía los ojos negros.

Magno, con ser tan feroz, no se atrevió á matar á una mujer moribunda, ni á arrebatarle el hijo que estrechaba convulsivamente entre sus brazos.

—Os mataré después.... (dijo á la madre). Os mataré á los dos cuando estés buena.—¡Es la última prueba de amor que puedo darte!

VII.

Comenzó la primavera en la isla de Loppen. Rompiéronse las cadenas de hielo que tenían amarrado el mar al pie del Castillo. Tornaron las aves á aquel cielo. Fluyeron los arroyos. Crecieron fresales en la ablandada nieve.

Magno de Kimi se presentó á su esposa, á quien no había vuelto á ver, y le habló en estos términos:

—No me he atrevido á matarte hasta hoy, porque estás criando á tu hijo. Y no he matado á tu hijo, porque debo esperar para ello á que sea hombre y pueda defenderse.—¡No en vano soy noble! ¡En algo se han de diferenciar mis acciones de las tuyas!—¡Tú has manchado el nombre que heredaste y el que yo te di!.... ¡Yo no debo manchar el mío!—Me dispongo á partir en busca de tu cómplice, á quien mataré, si Dios no me niega su ayuda.—Ni uno solo de nuestros servidores quedará en esta morada.... Á todos me los llevo en mi bergantín.—Te dejo, pues, aquí sola con tu hijo. Clavaré las puertas de hierro que comunican con el exterior, y cortaré el puente que une este escollo con la isla de Loppen, de modo y forma que nadie podrá entrar en tu auxilio, ni tú podrás salir á demandarlo. —Tienes á tu disposición víveres para seis me-

ses.—Si al cabo de ellos no he venido, será señal de que he muerto, y entonces tú y tu hijo moriréis de hambre.... Mas, si logro volver, te daré á elegir muerte.

Fœdora estrechó al corazón á su hijo, y no respondió ni una palabra.

VIII.

Era la brevísima noche del 25 de Abril.

La aurora boreal abrasaba con su misterioso incendio la lontananza del horizonte.

Hacía un frío espantoso.

En la isla de Langœ rèinaba el silencio de las tumbas.

En una ensenada de su costa meridional estaban anclados el *Thor*, el bergantín de Magno de Kimi, y el *Finisterre*, la goleta de D. Alfonso de Haro.

.....

En lo más bravo y erizado de aquella costa levántase un dolmen colosal, resto de los altares malditos en que los escandinavos daban á Odín sangriento culto.

La luna, magnífica y resplandeciente en las regiones polares, donde el sol es tan pálido y melancólico, asomó por el Sudeste su blanca faz, iluminando el ara abandonada.

Á su fulgor vióse á dos hombres, sentado el

uno sobre el tronco de un pino roto por los hielos, y apoyado el otro en el antiguo dolmen.

Parecían dos blancos fantasmas, dos sombras de las víctimas inmoladas antiguamente sobre aquella peña.

El hombre sentado era el jarl Magno de Kimi.

El que permanecía de pie era D. Alfonso de Haro.

Los dos empuñaban corvo sable marino.

Su anhelosa respiración demostraba la violencia con que habían luchado....

Pero ambos estaban ilesos.... No porque sus fuerzas ó su habilidad hubieran resultado iguales, sino porque D. Alfonso, más diestro y ágil que el Conde, lo había desarmado ya tres veces, renunciando las tres á su derecho de matarlo.

El combate había sido furioso, tenaz, violentísimo.

—¡Mátame! — gritó Magno la segunda vez que el español hizo saltar de sus manos el sable.

—Yo no quiero que mueras (respondió D. Alfonso), sino regalarte cien veces la vida, para que me respondas en cambio de la de Fœdora, puesto que me has dicho que morirá si tú mueres....

—¡Luchemos otra vez!—replicó Magno.

Y el tercer combate había sido más terrible que los dos anteriores....

¡Pero también inútil!—El ímpetu del noruego siguió estrellándose en la serenidad y en la pe-

ricia del español; y, cuando volvió á ser desarmado por éste, era tal su fatiga, que se tambaleó, como un abeto que se derrumba, y exclamó dolorosamente:

—¡Yo me mataré!.... ¡Yo me mataré!....—¡Me sería insoportable una vida regalada por ti!

Y fué á reclinarse en el tronco del pino caído, tal como lo hemos visto al salir la luna.

—Me dejaré matar por tu flaca mano, ó me mataré yo ahora mismo.... (díjole á su vez don Alfonso), si me juras no matar á Fœdora....

—Te juro lo contrario.... (respondió el noruego). ¡Te juro que Fœdora sucumbirá de todos modos! — Si yo muero, nadie podrá socorrerla donde la he dejado, y perecerá de hambre.— Si tú mueres, iré á matarla, como ya te he dicho.... —Mátame, pues.... ¡Quítame la vida, como me has quitado la honra y la ventura!

—Yo no puedo matarte.... (repuso el español). ¡Pero ni tú matarás á Fœdora ni Fœdora morirá donde la tienes encarcelada!—Corro á mi barco, y con él apresaré el tuyo. Tus marineros me conducirán á precio de oro, ó por no morir á manos de los míos, á la prisión de Fœdora, y la libertaré, y será mía para siempre.

—¡Acepto el duelo de tus españoles contra mis escandinavos, de mi raza contra la tuya, de mi bergantín contra tu goleta! (exclamó el jarl de Kimi, levantándose y cogiendo su sable.)—

Si el infierno te dió una destreza diabólica en el manejo de las armas; si mi corazón y mi brazo han sido impotentes contra tu satánica astucia, no ocurrirá lo mismo en el nuevo combate á que me provocas!....—¡Al mar, Alfonso de Haro! ¡Al mar!

—¡Al mar!—contestó el español, tomando el camino de la playa.

IX.

Era el obscurecer del día siguiente. Reinaba en el mar la más formidable tormenta.

El *Thor*, montado por Magno de Kimi, y el *Finisterre*, mandado por D. Alfonso de Haro, estaban acribillados de balas de cañón y de fusil, y tan cerca el uno del otro, que sus bandas se tocaban á veces á impulsos del huracanado viento.

—*¡Al abordaje! ¡Al abordaje!*—rugían ambas tripulaciones con espantosa furia.

—*¡Al abordaje!*—gritaron al fin los dos jefes.

Pero la tempestad, que por momentos iba siendo más terrible, impedía el trasbordo de los combatientes, hasta que, por último, la propia fuerza del vendaval unió á las dos embarcaciones, se echaron las amarras, y comenzó la lucha cuerpo á cuerpo.

Magno y Alfonso se encontraron sobre la cu-

bierta del *Finisterre*, cada cual con un hacha en la mano y ambos heridos.

Iban á acometerse de nuevo en aquel otro género de lid, cuyo éxito podía ser favorable á Magno de Kimi, cuando se oyó un grito horrible, pavoroso, fúnebre, que salía de cien bocas heladas de espanto, y que llegó á estremecer hasta á los dos héroes:

—¡El MAELSTROOM! ¡El MAELSTROOM!

Todos repitieron este siniestro nombre, y todos arrojaron las armas.—Ya no había rivales ni enemigos.... ¡Ya no había más que sentenciados á una misma muerte, segura, infalible, próxima, que los heriría á todos de un solo golpe, que no dejaría rastro de ellos ni de sus naves, y de que únicamente los bardos tendrían noticia en el mundo!

X.

—¿Qué es el MAELSTROOM?—preguntó un grumete muy joven al más viejo marino del buque de Magno de Kimi.

—El MAELSTROOM.... (respondió tristemente el anciano) es un remolino del mar, un sumidero de la tierra, un abismo sin fondo, una sepultura abierta por Dios á todos los navegantes en esta parte del Océano.—El MAELSTROOM es para un buque lo que la culebra boa para el pájaro: ¡lo

mira; lo atrae; lo devora! — ¡Es un monstruo, que nos enseña ya los dientes; que nos abre ya sus fauces, y que dentro de pocos minutos nos habrá tragado!—¿No lo oyes rugir?—Inútiles son las velas, inútil el timón, inútil el remo.... ¡Todo es inútil!—Ponte de rodillas como yo, y reza....; ¡porque el MAELSTROOM es la muerte!

El grumete se precipitó al mar.

Muchos marineros de ambas embarcaciones habían hecho ya lo mismo. —Otros se mataban con sus armas. Los menos animosos pedian á sus amigos que les quitasen la vida. —¡De todas las muertes, ninguna horrorizaba tanto como la de ser tragado vivo por el MAELSTROOM!

Magno y Alfonso se miraban en silencio.

Pensaban en Fœdora.

El remolino mugía cada vez con más fuerza.... La tempestad había callado.... La atracción del sumidero se sobreponía al ímpetu del huracán.... —El viento parecía allí esclavo del agua.

La mar, negra, tersa, muda, semejante á dura lámina de plomo, formaba una especie de plano inclinado, sobre el cual se deslizaban los dos buques con espantosa velocidad, pegados el uno al otro por la propia fuerza de la corriente.

Aún distaban una legua del oculto abismo; pero no podían tardar ni cuatro minutos en llegar á él.

Los dos nobles, animados de súbito é idéntico pensamiento, arrojaron las hachas lejos de sí, se

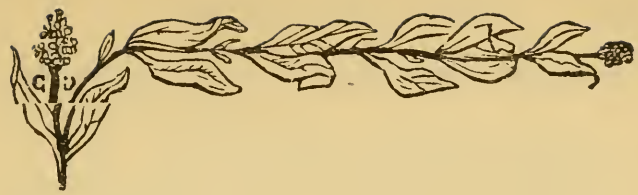
dieron la mano con solemne religiosidad, y avanzando unidos á la proa del *Finisterre*, aguardaron allí la tremenda catástrofe.

Pronto crujieron ambos buques, deshaciéndose el uno contra el otro, comprimidos por la atracción....—Abrazáronse entonces ferozmente Alfonso y Magno, como para asegurarse cada uno de que su rival no podría sobrevivirle ni volver á ver á Fœdora....; y un minuto después, los dos enemigos, sesenta hombres más, y los destrozados restos del *Thor* y del *Finisterre*, una suprema explosión de oraciones, gemidos y blasfemias; todo...., todo se hundió para siempre en aquella espantable sima, apenas señalada, los días serenos, por una movible corona de leve espuma.

GUADIX, 1883.

LO QUE SE OYE

DESDE UNA SILLA DEL PRADO.



LO QUE SE OYE

DESDE UNA SILLA DEL PRADO.

(VERANO DE 1874.)

. . . . . .

UÉ noche tan hermosa!

—¡Hermosísima!

—Y ¡qué calor ha hecho hoy!.... Figúrese V. que esta mañana....

. . . . . .

—Agur....

—Adiós....

—Muy buenas noches....

. . . . . .

—Pues, sí, señor: como le iba diciendo á V.....

. . . . . .

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¿Has conocido á ese? Es aquel que el año pasado....

. . . . . .

—¡Agua, aguardiente y azucarillos! ¡Agua!

. . . . . .

—¡Niñas! ¡niñas! ¡más despacio!

—Tenga V. cuidado, Arturo; ¡que nos llama mamá!

. . . . . .

—¡Barquillero!

. . . . . .

—Matilde, ¡eres un ángel.... ¡eres una diosa!.... ¡eres una....

. . . . . .

—Pero, ¡hombre! ¡Esa mujer es una arpía! Gustavo debía divorciarse....

. . . . . .

—¡Ramitos y camelias! ¡La vara de nardo á dos reales!—Señorito, cómpreme V. una!....

. . . . . .

—¡Allá van! ¡Ella es! ¡Aprieta el paso!... ¡Bendita sea la gracia!

—¡Aquí vienen! ¡Ellos son!.... ¡Qué tontos!

. . . . . .

—¡Caballero! ¡que no tengo padre! ¡Una limosnita por el amor de Dios!

. . . . . .

—*¡La Correspondencia!*

. . . . . .

—Pues bien: ¡desde entonces estoy cesante!.... ¡Esto no es país!

. . . . . .

—¡Chico! ¡Chico! ¡Buen turrón! ¿Y cómo te las has compuesto?

. . . . . .

—Es un cuadro muy bonito. Pero á mí me gusta más aquel en que *Pepita Jiménez* y el teólogo....

. . . . . .

—Lo que V. oye. Murió abintestato, y me correspondió la mitad de la herencia. Yo no le había hablado nunca....

. . . . . .

—Lo mismo creo yo. La crisis es infalible. ¡Así no podemos seguir! Cristino será ministro antes de un mes.

. . . . . .

—Y ¿qué hiciste tú? ¿Le devolviste su carta con una bala?

—¡Le di dos bastonazos, y en paz! No tenía él la culpa, sino ella....

. . . . . .

—Pues dicen que los carlistas están en Guadalajara....

—¡Mejor!

—¡Lo mismo me da!.... ¡Esto es horroroso!

. . . . . .

—¡Señorita! ¡merengues! ¡Acabaditos de hacer!

. . . . . .

—Adiós. Yo me voy al Concierto del Retiro. Aquello estará más fresco.

. . . . . .

—¡Oh! ¡Si yo encontrara una mujer que me comprendiese! ¡Una mujer....

. . . . . .

—¡Ay! ¡Si yo encontrara un hombre digno de ser amado! ¡Un hombre....

. . . . . .

—Hoy se cierra el juego. ¡Cómpremelo V., señorito, que va á salir!

. . . . . .

—Entonces me apretó la mano, y espiró.... Tenía veintiseis años.

—¡Pobre Adelaida!

. . . . . .

—Pues yo los clasifico de otro modo: Frascuelo es Shakespeare, y Lagartijo es Corneille. Frascuelo representa una revolución en el arte, mientras que Lagartijo....

. . . . . .

—¡Nada! Convénzase V..... Todas las cuestiones se resumen en una, que es la cuestión teológica. En mi concepto, la presciencia de Dios y el libre albedrío del hombre son los dos únicos puntos que hay que dilucidar al discurrir sobre la pena de muerte.

. . . . . .

—¡De manera que el traje completo te ha venido á costar unos seis mil reales! Para estar hecho en París, no es caro....

. . . . . .

—¿Y cree V. que pronto habrá elecciones?

—No sé. Pero los distritos hay que cultivarlos sin cesar. Si logro que me quiten el estanquero de....

. . . . . .

—¡Señora! ¡que tengo tres hijos, y soy viuda, y estoy enferma!....

—¡Jesús! ¡qué mendigos estos! ¡No la dejan á una pasear! ¡Perdone V. por Dios, hermana! Dios la ampare.

—Mamá, llévanos al Café Suízo....

—Todavía es muy temprano. Luego iremos....

. . . . . .

—Está V. equivocado. Donde reside el alma es debajo de la *dura mater*, al principio del cerebelo. Drelincourt dice....

. . . . . .

—¡Mañana sale, jugadores! ¡El 8,250! ¡El premio de 60,000 duros!

. . . . . .

—Pero, Manuel: ¿cómo duda V. de mí? ¿Me cree V. capaz?....

. . . . . .

—Pues, sí, chico: al poco tiempo supe que amaba á otro....

. . . . . .

—Oye.... ¡Pero no te acerques mucho!....

—¿Qué? ¡Habla!.... ¡habla, bien mío!

—Mañana sigue la novena. ¡Que no faltes!....

—¡Bendita seas!

.....

—¿Yo?.... Veinte cuartos. ¿Y tú, cuánto tienes?

—¿Yo?.... Una pesetilla....

—Entonces podemos ir. ¡Verás qué mujer y qué manera de bailar el *can-can!*

.....

—¿Y nuestras pérdidas?

—Nuestras pérdidas han sido insignificantes: veinte muertos y un contuso. Los carlistas, en cambio, han tenido más de mil bajas y.... tres prisioneros....

.....

—¿Y de qué es el aderezo?

—De perlas. Me ha costado un dineral. ¡Oh! Es una mujer encantadora. Mañana cenamos juntos.

.....

—Igual me pasa á mí con este reuma de todos lo diablos. Estoy peor que antes de ir á Archena.

.....

—De modo, ¿que se casaron anoche?

—Anoche mismo.

.....

—¡Qué barbaridad! ¡Jugar *un dos* á la derecha contra *un cinco!* Es una carta que no se da nunca.

.....

—¡Mañana, á las seis, en el baño de la Elefanta! Mi doncella se quedará atrás....

. . . . . .

—Según eso, ahora está amaneciendo en la Habana, y son las once del día en la Nueva Zembla?

—Justamente, hijo mío.

—Dime, papá: ¿y creen los moros que todos los cristianos vamos al infierno?

—Te diré....

. . . . . .

—Mañana, á las ocho, en la iglesia de San Sebastián.... Capilla de la Virgen.—Pero ten cuidado, pues mi cochero empieza á escamarse....

. . . . . .

—¿Y nada más que por eso se ha suicidado? ¡Qué animal! ¡Habiendo tantas Clotildes en el mundo!

. . . . . .

—Señores: los derechos individuales son anteriores y superiores á la ley escrita. El derecho es inmanente y consubstancial de....

. . . . . .

—¿Quién es ese?

—Ruíz el peluquero.

. . . . . .

—¡Fósforos y cerillas!

. . . . . .

—La verdadera felicidad consiste para mí en oir una buena ópera. La música es el arte por ex-

celencia, por lo mismo que no expresa nada terminante.

. . . . . .

—¡Señor! ¡que me falta un ochavo para una rosca!

. . . . . .

—Tranquilícese V. Nuestro negocio es segurísimo. El trigo no puede menos de subir este año á noventa reales. Vendemos entonces las diez mil fanegas, y compramos cebada....

. . . . . .

—¡Oh! ¡pues lo que es V., se conserva perfectamente! ¡Parece hermana de sus hijas!.... ¿Se acuerda V. de Valencia?

—¿No me he de acordar? ¡Qué mundo este, D. Francisco!

. . . . . .

—¡Nada! No puedo pagarle á V..... Ejecúteme si quiere. Cargue V. con mi mujer y con mi suegra....

. . . . . .

—¡Hombre! Extranjero por extranjero, prefiero un Rey alemán. ¡Ahora, la cuestión es que quiera venir!—En cuanto á Inglaterra....

. . . . . .

—¡Partís de un error! El cólera morbo existía ya en tiempo de los Faraones.... Cuando yo haga el grado de licencia, escribiré una Memoria....

. . . . . .

—Eduardo, ¡mire V. qué hermosa sale la luna!

. . . . . .

—¡Oh! Sí, los radicales tienen la culpa de todo.

. . . . . .

—¡Más hermosa es V., Condesa!....

. . . . . .

—Pues, en ese caso, tendrá que marcharse como D. Amadeo.

. . . . . .

—Á mí me robaron los cantonales....

. . . . . .

—¡Oh! ¡Yo te adoro! ¡Yo te idolatro!

—¡Calla! ¡Que te oyen!....

. . . . . .

—Y á mí me han robado los carlistas....

. . . . . .

—El cólera fué una de las siete plagas de Egipto....

. . . . . .

—¡Eso.... lo veremos! Si tu padre se opone, te depositaré judicialmente.

. . . . . .

—¡Pobre muchacho! ¡Haberle tocado la quinta! ¡Un pintor tan bueno!

. . . . . .

—Yo lo compré á 48, y hoy ha quedado á 11.

—Pues yo lo he comprado hoy á 11. ¡Veremos lo que el tiempo da de sí!

. . . . . .

—¡Hemos roto las sillas, los espejos, todo! En fin, nos hemos divertido mucho.

. . . . . .

—Mañana predicará en el Carmen. ¡Ya verá V.! Es un verdadero apóstol.

. . . . . .

—¡Pobre Enrique mío! ¿Quién habia de decirme que se moriría antes que yo?—Crea V. que, si he vuelto á casarme, ha sido solamente....

. . . . . .

—Eso va en gustos. Yo prefiero el melón valenciano á la piña de América. La piña tiene demasiada fibra leñosa.

. . . . . .

—¡Pura superstición! ¡El espiritismo es la ciencia de las ciencias y la religión de las religiones!

. . . . . .

—Pero, hombre.... ¿Dice V. que se ha vuelto loco? ¡Parece imposible! El fué siempre tonto de remate.

—¡Ahí verá V.!

. . . . . .

—Señores.... ¡al tiempo!

—¡Pues yo le repito á V. que el príncipe Alfonso es la fórmula del porvenir!

—Y ¿qué tal lo pasan Vds. en la Granja?

—¡Oh! ¡allí se vive admirablemente! ¡Con tal

que los carlistas no vayan á darnos un susto!

. . . . . .

—*¡ El Cencerro ! ¡ El Cencerro !*

. . . . . .

—Vuelvo á aconsejarle á V. que se suscriba. Es un periódico de primer orden.

—¿Y cómo dice V. que se titula?

—*La Ilustración Española y Americana.*

—¡Ah! Sí, he oído hablar de ella en casa del tío.

. . . . . .

—¿Vámonos?

—Vámonos, que principia á sentirse mucha humedad.

. . . . . .

—Hasta mañana.

. . . . . .

—Adiós....

. . . . . .

—Hasta mañana, Antonio....

—Pepita, hasta mañana.

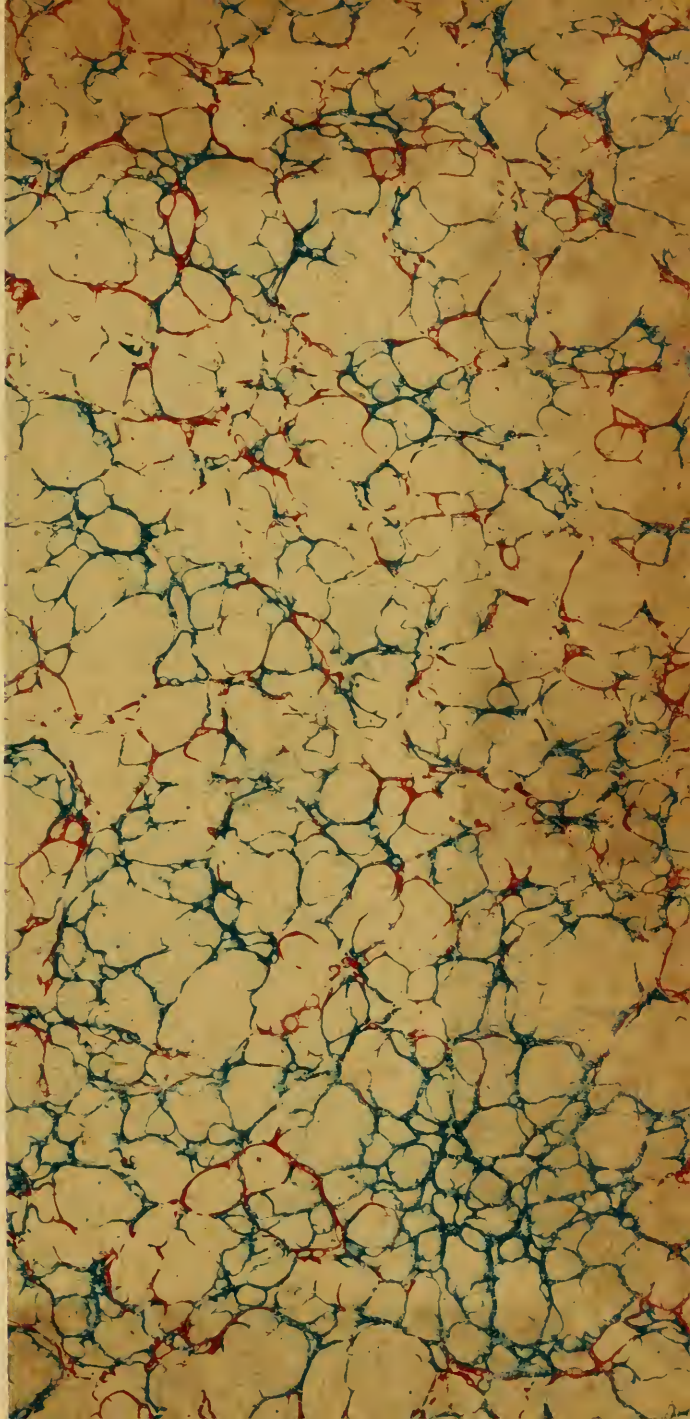
—¡ Niñas ! ¡ niñas ! ¡ Más despacio !

. . . . . .

—Buenas noches.

— ¡ Agur !

—*¡ La Correspondenciaaaa !*

ÍNDICE

	Págs.
Á Dióscoro Puebla	5
El Amigo de la muerte	7
La Mujer alta	117
Los seis velos	147
Moros y cristianos	195
El año en Spitzberg	249
Soy, tengo y quiero	277
Los ojos negros	291
Lo que se oye desde una silla del Prado	313